

SANDOVAL, PRUDENCIO DE (¿1560?-1620)

HISTORIA DE LA VIDA Y HECHOS DEL EMPERADOR CARLOS V_Libro I

LIBRO PRIMERO

Año 1500

I

Nacimiento y muerte del príncipe don Juan

II

Margarita de Austria

III

Sucesión de los Reyes Católicos

IV

Nace el príncipe don Carlos en Gante a veinte y cinco de hebrero, día de Santo Matía, año de bisiesto. Profetiza la reina doña Isabel la sucesión de su nieto Carlos

V

Bautismo de don Carlos. Trece días después de su nacimiento se bautizó Carlos. Don Diego Ramírez, fundador del colegio de Cuenca en Salamanca: fue varón notable en su tiempo. Llámase duque de Lucemburg el Emperador, siendo niño. Ofrecen dones al infante

VI

Quién crió a Carlos. Adriano Florencio, maestro del príncipe. Ayos que tuvo

VII

Inclinaciones de Carlos. Ejercicios de Carlos en su niñez

VIII

Muere el príncipe de España don Miguel de la Paz. Pasa la sucesión de España en doña Juana

IX

Por qué escribió los años antes que don Carlos reinase. Discurso de la historia

Año 1501

X

Vienen a Castilla los príncipes don Felipe y doña Juana. Conciértase casamiento entre Carlos y Claudia, niños. Título justo de España a Milán. Muerte de don Alonso de Aguilar en Sierra Morena

Año 1502

XI

Llegan los príncipes a Fuenterrabía. Recíbelos el marqués de Denia. Daño que han hecho los judíos en España. Juran en Toledo a los príncipes don Felipe y doña Juana. Muere el cardenal Mendoza. Lealtad de los Mendozas. Muere don Diego de Sandoval, marqués de Denia

XII

Pendencias entre españoles y franceses

Años 1502-1503

XIII

Casa don Manuel, rey de Portugal, con doña María, infanta de Castilla, de los cuales nació la Emperatriz, reina de España. Nace doña Isabel, que fue Emperatriz y reina de Castilla. Nace el infante don Fernando en el Alcalá, a las once del día. Solemnidad del bautismo. Don fray Francisco Jiménez, arzobispo de Toledo, bautizó al infante

XIV

Vi otra relación escrita por fray Álvaro Osorio, fraile de Santo Domingo, maestro del infante

XV

Cercan los franceses a Salsas. Queda contra los franceses en ella el marqués de Denia

XVI

Vuelve don Felipe a Flandes: trata de casar a Carlos con Claudia. Juicio sobre el nacimiento de don Carlos

Año 1504

XVII

Júranse en la Mejorada las paces con Francia. Terremotos en Castilla. Muertes de personas notables. Marqués de las Navas. Muere la Reina Católica en Medina del Campo, día de Santa Catalina. Alzaron pendones en Medina por don Felipe y doña Juana

XVIII

Dignas alabanzas de la Reina Católica

Año 1505

XIX

Cortes de Toro. Juran por reyes a don Felipe y doña Juana. Chancillería en Granada. Nace María, que fue reina en Hungría. Llévase a Miraflores el cuerpo de la reina doña Isabel, mujer de don Juan el II

XX

Jornada contra Mazalquivir. Año recio en Castilla. Mueren personas señaladas

XXI

Desabrimientos entre el rey don Fernando y don Felipe. Quiere el rey don Fernando casar con la Excelente. Casa con madama Germana de Foix, sobrina de Luis, rey de Francia, hija del señor de Foix. Larga paz entre España y Francia

Años 1505-1506

XXII

Llaman los castellanos a sus reyes. Vienen los reyes a Castilla. Ánimo de la reina doña Juana en una tormenta. Desembarcan en La Coruña: venía la reina tan enferma, que públicamente se decía no tener juicio. Va el rey don Fernando a recibirlos. Título de provisiones reales. Muerte temprana del rey don Felipe el Hermoso. Cometa que precedió su muerte. Sepúltanlo en Granada

XXIII

Hijos que dejó. No quiere doña Juana reinar. Retírase a Tordesillas, y sírvenla

Años 1506-1507

XXIV

Velóse don Fernando con la Germana en Dueñas. Condiciones de la reina Germana. Retiróse el rey don Fernando a Nápoles, dejando a Castilla antes que su yerno muriese. Los castellanos llaman al rey don Fernando. Bandos en Castilla. Encárganse del gobierno del reino el cardenal de Toledo y otros. Llaman al Rey Católico. Vuelve el rey don Fernando a Castilla. Parte la reina doña Juana de Burgos. Nace en Torquemada la infanta doña Catalina

XXV

Corren y dañan corsarios la costa de Granada. Jornada del rey don Fernando de Nápoles a Castilla. Capelo a fray Francisco Jiménez

Año 1508

XXVI

Prende el marqués de Pliego un alcalde de Corte en Córdoba. Va el rey a castigar al marqués

XXVII

Va el conde Pedro Navarro contra Berbería. Toma el peñón de Vélez. Socorre a Arcila

Año 1509

XXVIII

La reina doña Juana, en Tordesillas. Nace en Valladolid doña Juliana Ángela de Velasco, nieta del Rey Católico. Parto mal gozado de la reina Germana en Valladolid. Fiestas en Valladolid por el casamiento de doña Catalina, reina de Inglaterra

XXIX

Cosarios de Berbería

XXX

Jornada contra Berbería. Conquista de Orán. Motín en el campo. Ganan los españoles la ciudad de Orán. Caballeros señalados que conquistaron a Orán. Desafío singular entre don Alonso de Granada y un infante moro

XXXI

Universidad de Alcalá. Desabrimiento de las indias. Pregónase en Valladolid la Liga de Cambray

Año 1510

XXXII

Corre la armada española la costa de Berbería. Da la armada española sobre Bugía. Cura maravillosa que cirujanos hicieron en el rey moro de Bugía

XXXIII

Desgraciada muerte del conde de Altamira, don Rodrigo Moscoso. Los de Argel dan parias al rey de Castilla

XXXIV –

Guerra de Julio II con venecianos. Da el Papa la investidura de Nápoles al Rey Católico. Socorre el Rey Católico al Papa

XXXV

Cortes en Monzón. Orden y servicio de la Casa Real en Tordesillas

XXXVI

Capitulaciones con los de Bugía y barbaruces. Destruyen los moros con rabia a Bugía

XXXVII

Va el conde Pedro Navarro a la Fabiana. Multitud de venados en tierra de la Fabiana.
Toman los españoles a Trípol

XXXVIII

Jornada contra los Gelves

XXXIX

Habla el conde, animando su gente. Viene al campo don García de Toledo

XL

Llegan a los Gelves. Trabajo, sed, calor y desorden de los españoles. Astucia grande de los moros. Hecho valeroso de don García de Toledo. Muere don García de Toledo. Piérdese el conde en los Gelves

XLI

Los que murieron en los Gelves

XLII

Varios diseños y inquietos pensamientos en Italia

Año 1511

XLIII

Da favor el Rey Católico al Papa contra franceses. Alonso de Caravajal, de Jódar. Cisma que procuró el rey Luis de Francia. Leen en Valladolid las censuras del Papa contra el rey de Francia. Comienza la guerra entre el Papa y el rey de Francia. Lígase el Rey Católico con el Papa y venecianos, y socorre

XLIV

Desgraciada suerte del conde Pedro Navarro. Querquenes, bárbaros africanos. Soberbia costosa del capitán Bionelo, y lo que costó. Sed mortal que padeció la armada de León de Pedro Navarro. Cortesía grande del jeque de los Gelves. Pasa el conde en Italia. Extraño comer de un hombre

Año 1512

XLV

Guerra de la liga contra franceses. La de Rávena. Valor de españoles en la batalla de Rávena. Marqués de Pescara, preso con el conde Pedro Navarro. Cruel ánimo del francés vendedor. Miedo de Roma. Rehácese el Papa y ligados, y vuelven sobre sí. Retírase el francés. Álzase Lombardía por la parte del Pontífice. Envía el Rey Católico gente contra Francia: duque de Alba, general. Pide paso por Navarra. Niéganle. Da el Papa por cismáticos a los reyes de Navarra, y la conquista Castilla

XLVI

Guerra contra Navarra. Conquista de Navarra. Dicho notable de la reina doña Catalina de Navarra (lo mismo dicen del rey moro de Granada). Prende el rey de Navarra a don Antonio de Acuña, embajador del Rey Católico. Los ingleses no quieren seguir la guerra contra Francia. Cercan franceses a Pamplona. Socorre el duque de Nájara. Los nobles que defendieron a Pamplona. Antonio de Leyva, el famoso español. Pide el francés batalla, y desafía al español. Cercan los franceses a San Sebastián, por divertir al duque de Alba. Incorporase Navarra con Castilla. Paga el tributo el rey de Tremecén en Burgos, y la gallina y pollos de oro. Prisión del duque de Calabria. Muere el condestable de Castilla

XLVII

Maximiliano Esforcia, duque de Milán. Antiguo derecho que Carlos V tenía a Milán

XLVIII

Monstruo que nació de una monja

Año 1513

XLIX

Merced que hizo el rey a los guipuzcoanos. Es Guipúzcoa provincia distinta de Vizcaya y de Álava, y una de las cuatro que contenía Cantabria. Muerte de Julio II. Papa León X. Enfermó el Rey Católico en Medina

L

Mueve guerra el rey de Francia contra Milán. Las primeras armas que Carlos V envió contra Francia

LI

Don Ramón de Cardona hace guerra a venecianos. Prisión del capitán Caravajal

LII

Continúa la guerra don Ramón de Cardona contra venecianos. Muestra del campo imperial. Don Pedro de Castro, capitán de españoles. Guerra cruel en los campos venecianos. Afrenta que se hace a Venecia. Quieren los venecianos dar la batalla a don Ramón

LIII

Hállase confuso don Ramón, embarazado del veneciano. Hecho animoso del marqués de Pescara

LIV

Aprieto grande en que se vio don Ramón con su gente. Próspero Colona, capitán valiente y acertado. Rompen la batalla venecianos y tudescos. Son vencidos los venecianos, aunque valientes. Matanza grande

Año 1514

LV

Paz entre Francia y España. Pide el rey de Inglaterra que Carlos se case con su hermana, como estaba concertado. Muere el rey Luis de Francia, recién casado. Reina Francisco. Comienza a reinar de veintidós años.

Año 1515

LVI

Entra Carlos en el gobierno de Flandes. Casamientos de las infantas hermanas de Carlos

LVII

Incorpórase de Navarra con Castilla. Enfermó gravemente el rey don Fernando. Micer Antonio, Chanciller de Aragón, preso por atrevido. Sábado 15 de septiembre partió el rey. Muere don Gutierre Padilla. Muerte del Gran Capitán, de edad de sesenta y dos años

LVIII

Adriano viene a España. Madrigalejo, lugar diputado para el fin del Rey Católico

Año 1516

LIX

Aprieta la enfermedad al rey, y ordena su testamento. Licenciado Francisco de Vargas, colegial de Santa Cruz, de Valladolid, por quien se dijo: « Averígüelo Vargas... », porque le remitían los reyes todos los negocios para que los averiguase en muchos oficios de gran confianza que tuvo en estos reinos. Consejo sano y prudente que los de la Cámara dieron al Rey Católico

LX

Revoca el Rey Católico lo que había ordenado en Burgos. Nombran los del Consejo a fray Francisco Jiménez por gobernador de Castilla. Que los maestrazgos no se diesen al infante don Fernando. Señala cincuenta mil ducados en Nápoles para el infante

LXI

Viene la reina Germana a la posta. Muere el rey don Fernando

LXII

Talle y condiciones del Rey Católico

LXIII

Pronóstico de la muerte de don Fernando. Condiciones de los Reyes Católicos. Nobleza y antigüedad grande de los cantábricos, vizcaínos, navarros y guipuzcoanos. Notable prudencia de la Reina Católica

LXIV

Breve relación del infante don Fernando, hermano del Emperador. Conde de Lemos tomó a Ponferrada. La marquesa de Moya toma los alcázares de Segovia. En este año, Deza dejó el oficio de inquisidor y lo fue Jiménez. Monteros de Espinosa. Talle hermoso del infante

LXV

Desafío entre Gaspar Méndez de Salazar y un valiente moro

HISTORIA DE LA VIDA Y HECHOS DEL EMPERADOR CARLOS V

Máximo, fortísimo, Rey Católico de España y de las Indias, Islas y Tierra firme del mar Océano

Fray Prudencio de Sandoval

Preliminares

Al Rey nuestro señor

Diversos autores han escrito los hechos del Emperador Carlos Máximo, Fortísimo, abuelo de Vuestra Majestad y señor nuestro, pero no todos uno, ni todos los que escribieron como merecen. Y si bien yo solo me he puesto a decirlos todos, cuando lo sean, no será posible contarlos como merecen, porque fueron muchos y de grandeza heroica, y yo soy muy poco.

Entendiendo el servicio que a Vuestra Majestad hacía, dejé otros cuidados en que gasté la parte mayor de mi vida, y púselos en buscar lo que a mí fue posible, para sacar cumplida esta obra de la vida y hechos de tan gran monarca, procurando tanto decir la virtud grande del alma que tuvo, como la fortaleza de su corazón, jamás vencido.

Leído he las vidas de muchos príncipes gentiles y cristianos; no sé cuál igual, y sé que muchas juntas no son semejantes en las continuas guerras, sucesos varios, suertes dudosas, levantamientos de Estados y rendimiento de ellos. Así que, mirando con

atención el progreso o discurso de cincuenta y siete años, o poco más tiempo, que el César vivió, veremos un retrato de la vida humana y varias fortunas della.

De Vuestra Majestad es esta obra, pues es la imagen viva que Dios nos dio del César. Dedícala al real nombre de Vuestra Majestad, que será el oro, el fino azul y olio perpetuo con que la memoria del César fuera eterna si el mundo lo fuera. La que sin fin reina en los Cielos, guarde a Vuestra Majestad largos y felicísimos años para bien destos Reinos.

El maestro Don Fray Prudencio de Sandoval, *Obispo de Pamplona*.

Al emperador Carlos V, máximo, fortísimo

Si hubo dos Martes, éste el primero,
Y Marte es el segundo destos Martes:
Porque éste es Carlos Máximo, que fiero
Más que Alcides domó remotas partes,
Y en el opuesto y ártico hemisfero
De Cristo enarboló los estandartes,
Ganando con mil ínclitas victorias
A España reinos, y a su nombre glorias.

A la gloriosa espada fulminante
Del magno augusto Carlos, Marte ardiente,
Postró sus lises el francés valiente
y humilló el turco el cándido turbante.
Siempre invicto lo vio, siempre triunfante
La tierra del ocaso al rojo oriente;
Y el padre de las ondas vio su frente
Rota con sus columnas de diamante.

Mas cubierta estuviera de silencio
Fama tan justamente celebrada,
Y España sin la luz de tal memoria,
Si tú, Livio español, docto Prudencio,
No igualaras tu pluma con su espada,
Y con sus altos hechos tu alta historia.

Del doctor Augustín de Tejada Páez.

Muy poderoso señor

Por mandado de Vuestra Alteza vi la Corónica del emperador Carlos V nuestro señor, compuesta por el padre maestro fray Prudencio de Sandoval. Y la parte de Teología trata el autor con mucha erudición y propiedad, y los Pontífices y Concilios con la veneración debida; y conviene mucho salga a luz esta obra insigne para gloria de Dios y bien de su Iglesia, y para honra de nuestra nación, y para refrescar la memoria de tan valerosas hazañas como el mundo vio en tan gran monarca, y para que las naciones extranjeras conozcan tal planta como España produjo. Esto hace bien la pluma del padre maestro, y ésa había menester la lanza valerosa de tal príncipe. Y aunque cada virtud por grande pedía un coronista entero, la Justicia, la Prudencia, la Piedad y la Fe y Religión; pero de todo da buena cuenta el padre maestro, y a cada cosa su tanto, que no tiene Aquiles que llorar, como Alejandro dijo, pues tuvo tan buen historiador como Homero. Reparte Dios sus gracias, y a unos da la del bien hacer, y a otros la del bien decir, y todo es don de Dios. Filón pedía una lengua en el mundo que declarase las excelencias de los Cielos y elementos, para que todos la supiesen: esto hace muy bien la pluma del padre maestro en declarar las guerras, la paz del Emperador, la justicia, la religión y toda su vida admirable, y, sobre todo, el fin y muerte con que el Señor le llevó para sí al Cielo, para trocar la corona mortal en la de la gloria sempiterna. Así me lo parece, en San Francisco,

Valladolid, 22 de abril 1.603.

Fray Gregorio Roiz.

El Rey

Por cuanto por parte de vos el maestro fray Prudencio de Sandoval, nuestro coronista, nos fue hecha relación que habíades compuesto la historia del Emperador y rey mi señor y abuelo que está en el Cielo, en la cual se trataba de la vida tan notable y hechos dignos de memoria de Su Majestad Cesárea, en lo cual habíades tenido mucha ocupación y trabajo, nos pedistes y suplicastes os mandásemos dar licencia y facultad para le poder imprimir y privilegio por veinte años, o como la nuestra merced fuese. Lo cual visto por los de nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hicieron las diligencias que la premática por nos últimamente fecha sobre la impresión de los libros dispone, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula por vos en la dicha razón, y nos tuvimoslo por bien. Por la cual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que vos o la persona que vuestro poder hubiere y no otra alguna, podáis imprimir la dicha historia que de suso se hace mención, en todos estos nuestros reinos de Castilla por tiempo y espacio de diez años que corran y se cuenten desde el día de la data de esta nuestra cédula, so pena que la persona o personas que sin tener vuestro poder lo imprimiere o vendiere, o hiciere imprimir o vender, por el mismo caso pierda la impresión que hiciere con los moldes y aparejos della, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís cada vez que lo contrario hiciere. La cual dicha pena sea la tercera parte para la persona que lo acusare y la otra tercera parte para nuestra Cámara y la otra tercera parte para el juez que lo sentenciare, con tanto que todas las veces que hubiéredes de hacer imprimir el dicho libro durante el tiempo de los dichos diez años, le traigáis al nuestro Consejo juntamente con el original que en él fue visto, que va rubricado cada plana y firmado al fin del Juan

Gallo de Andrada, nuestro escribano de Cámara de los que residen en el nuestro Consejo, para que se vea si la dicha impresión está conforme al original o traigáis fe en pública forma de cómo por corretor nombrado por nuestro mandado se vio y corrigió la dicha impresión por el original, y se imprimió conforme a él, y quedan impresas las erratas por él apuntadas para cada un libro de los que así fueren impresos, para que se tase el precio que por cada volumen hubiéredes de haber. Y mandamos al impresor que ansí imprimiere el dicho libro, no imprima el principio ni el primer pliego de él, ni entregue más de un solo libro con el original al autor o persona a cuya costa lo imprimiere, ni a otro alguno, para efeto de la dicha corrección y tasa, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo. Y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego y sucesivamente ponga esta nuestra cédula y la aprobación, tasa y erratas, so pena de caer y incurrir en las penas, contenidas en las leyes y premáticas de estos nuestros reinos, y mandamos a los del nuestro Consejo y a otras cualquier justicias de ellos que guarden y cumplan esta nuestra cédula y lo en ello contenido. Fecha en Lerma a diez días del mes de junio de mil y seiscientos y tres años.

Yo el Rey

Por mandado del Rey nuestro Señor, Juan de Amezqueta.

Genealogía del emperador Carlos V, máximo, fortísimo, rey de España

Antes de comenzar la historia, haré lo que los antiguos usaron escribiendo los hechos de sus príncipes. No contaré patrañas, ni ficciones fabulosas en la genealogía de Carlos, rey de España y Emperador de los cristianos, como las dijeron de Alejandro Magno, haciéndole decendiente del gran Hércules, y a Hércules hijo de Júpiter. Y de Julio César afirmaron que traía su origen de la diosa Venus. De Ciro, rey potentísimo de los persas, lisonjeándole dijeron que lo había criado y dado leche una perra. De Rómulo y Remo, fundadores de Roma, tuvieron por cierto que los crió una loba, como los veo colgados de sus pechos en monedas de aquel tiempo. De esta manera fingieron tales y otros disparates por engrandecer sus príncipes, y hacerlos de otra masa diferente de la natural de los hombres. Diré breve y verdaderamente las dos líneas de padre y madre del César rey de España, que son tales, que sin fingir parecerá ser dos sucesiones las más antiguas, continuas y nobles que de reyes ha habido en el mundo, después que Dios lo formó criando al primer hombre.

Sucesión de Carlos V por los reyes de España

Si el rey don Pelayo de Asturias era de la sangre real de los godos, o de la muy antigua y ilustre que hubo en España antes que godos, alanos ni suevos en ella entrasen, se dirá en otra obra, donde es su propio lugar. Agora ordenaré una cadena de los reyes de Asturias, Galicia, León y Castilla, no diciendo más de sólo nombrarlos, hasta llegar a la reina doña Juana. Sus casamientos de estos reyes fueron muy pocos fuera de España, hasta el rey don Hernando el Santo. Los de Navarra y Aragón, como eran vecinos de las tierras de Francia, muchas veces casaron fuera de estos reinos.

Don Pelayo fue el primero que se coronó después que se perdió España, año 714. Su reino fue en la tierra más pobre y áspera de España, que es en Asturias. Sucedióle don Favila, único de este nombre. Don Alonso, llamado el Católico, con su mujer Hermisenda. Don Fruela, primero de este nombre. Don Aurelio, primero de este nombre. Don Silo, primero de este nombre. Don Alonso el Casto, rey bienaventurado. Don Bermudo, primero de este nombre, (no nombro a Mauregato, porque no hay gota de su sangre en la casa real, ni aun memoria en piedra ni en papel). Don Ramiro, primero de este nombre. Don Ordoño, primero de este nombre, llamado el Magno. Don García, primero de este nombre. Don Ordoño, segundo de este nombre. Don Alonso, cuarto de este nombre. Don Ramiro, segundo de este nombre. Don Ordoño, tercero de este nombre. Don Sancho, primero de este nombre. Don Ramiro, tercero de este nombre. Don Bermudo el Gotoso, segundo de este nombre. Don Bermudo el Malo, tercero de este nombre. Don Alonso, quinto de este nombre, rey excelentísimo. Don Bermudo el Junior, rey malogrado. Don Hernando el Magno. Don Sancho, segundo de este nombre, que mataron en Zamora. Don Alonso el sexto, que ganó a Toledo. Doña Urraca. Don Alonso el séptimo, emperador de toda España. Don Sancho el Deseado, y Don Hernando el segundo. Don Alonso el Noble, que fundó las Huelgas de Burgos, y Don Alonso de León. Doña Berenguela, Reina propietaria de Castilla. Don Hernando el Santo, que ganó a Sevilla. Don Alonso el Sabio. Don Fernando de la Cerda. Don Sancho el Bravo. Don Hernando, cuarto de este nombre, a quien emplazaron los Caravajales y murió el mismo día. Don Alonso el oncenno, príncipe valerosísimo. Don Pedro el Recio, o Cruel, y su hermano Don Enrique el Noble. Don Juan, primero de este nombre, que se perdió en Portugal. Don Enrique el Enfermo, a quien un judío médico suyo le dio ponzoña. Don Juan el segundo, en cuyo tiempo vivió Castilla con harta desventura por ser demasiado de bueno. Don Enrique, cuarto de este nombre, y su hermana la serenísima Reina Católica doña Isabel, que casó con su primo segundo Don Fernando, príncipe de Aragón. Y fueron reyes de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Mallorca, y de otras provincias y estados anejos a éstos. Tuvieron un solo hijo que se llamó don Juan, y cuatro hijas, la segunda que fue doña Juana, casó con Felipe el Hermoso, hijo del emperador Maximiliano año 1496, y de los dos nació el emperador Carlos V Máximo, como se dice en su historia.

Nació más el infante don Fernando, que fue archiduque de Austria, rey de Bohemia y de Hungría, rey de romanos y sucesor en el Imperio de su hermano Carlos V, tan querido de su abuelo el Rey Católico y de los castellanos, que le desearon mucho levantar por rey, por haberse criado en Castilla y tener el amable nombre de Fernando, que son fuerzas de la misma naturaleza.

Tuvo este príncipe muchos hijos y hijas, como aquí diré. De ellos fue uno Carlos, archiduque de Austria, el cual casó con María, hija del duque de Baviera. De estos señores nació la serenísima reina de España, Margarita, nuestra señora, mujer del rey don Filipe, nuestro señor, su primo segundo. Nació la reina nuestra señora en Graz de Estiria, año 1584, en el día que nació el hijo de Dios, entre las nueve y las diez de la mañana, cuando tocaban la campana para alzar el Santísimo Sacramento, que parece fue la señal de la gran cristiandad de esta princesa. Tuvo tres hermanas mayores, Catalina, Gregoria, Maximiliana, en las cuales pudiera el rey de España poner los ojos, y llevólas Dios antes.

Quedó otra también mayor que se llama Leonor, y quiso Dios dar los reinos de España a la menor.

Salió de Graz (casa de sus padres) hecha princesa de España, y antes que saliese de Alemaña, en un lugar que se dice Vilaco en Tirol, llegó nueva que Filipe II, rey de España, era muerto, y que reinaba su esposo el Rey Católico nuestro señor. Y así, se llamó luego reina de España. Desposólos el papa Clemente VIII en Ferrara, cosa pocas veces vista, y notable y de harta consideración, que pasó el mar en febrero sin perderse un batel, ni padecer detrimento, ni pesadumbre de consideración. No diré otra cosa (si bien la dicen muchos) que el rey don Felipe nuestro señor, cuando se veló, era tal como la reina nuestra señora: de suerte que estaban como los primeros padres en el paraíso terrenal, y así los vemos agora con igual virtud. Y espero en la Majestad de Dios, que les ha de hacer mil mercedes, y por ellos a sus reinos.

LIBRO PRIMERO

Año 1500

Escribo los hechos famosos de un siglo inquieto. Digo los Imperios, las coronas, los cetros estimados y gloriosos de la vanidad del mundo. Refiero las guerras, las muertes de quinientos mil hombres, los mejores del orbe; las armas continuas de cincuenta años; las prisiones de reyes; el saco de Roma; los desacatos hechos a lo humano, sin perdonar lo divino; los desafíos coléricos y palabras pesadas entre los príncipes; las ligas, contratos, juramentos, amistades reales de diversas maneras violadas; los intereses, las ambiciones, las invidias mortales en los más altos y reales corazones; las voluntades fingidas; el confederarse unos con turcos, otros con herejes, vencidos del odio y por vengar sus pasiones; los incendios de los pueblos y campos; derramamientos de sangre que con rabia infernal hubo entre la gente común cuando sus príncipes se hacían cruda guerra, siendo tantos males causa principal para que la gente vil y ordinaria se levantase contra Dios y su Iglesia, sembrando en el mundo mil desatinos, sacando las brasas que, entre cenizas, antiguos herejes dejaron cubiertas, con que abrasaron los juicios humanos; pervirtiendo la luz del Evangelio con herejías desatinadas y bárbaras opiniones, que hasta estos días permanecen y valen entre gentes dañadas.

Tales, pues, y otros semejantes fueron los accidentes en la Corona que los Cielos pusieron sobre la cabeza del Emperador Carlos Máximo: que si la conociera en el principio, como en los fines, dijera della lo que un rey gentil cuando la vio puesta en el suelo: *Preciosa Corona, más que dichosa, si fueras bien conocida, ninguno de la tierra te levantara: porque ni la púrpura noble, ni la diadema ni cetro real, son más que una honrada servidumbre y carga penosa.* Sintióla Carlos, si bien merecedor del renombre de Máximo y Fortísimo, y lo consumió la vida en pocos años, pues cuando eran en él verdes y de edad floreciente, no siendo aún cumplidos los treinta y tres, le tocaba la gota y fatigaban otros males, y siendo ya de cincuenta no era señor de sí el que de tantos

ejércitos y mayor parte del mundo lo había sido, ni tenía pies, ni manos, ni fuerzas, trabado de tanto mal. Pues para carga semejante nació Carlos V.

I

Nacimiento y muerte del príncipe don Juan

Cuando acababa España de echar de sí el imperio de los moros africanos, que ochocientos años habían reinado en ella, siendo los Reyes Católicos don Hernando y doña Isabel, señores de la mayor parte que ciñen los dos mares Océano y Mediterráneo con los montes Pirineos, cuyo hijo único, heredero de esta monarquía, era el príncipe don Juan, que estando casado con madama Margarita hija del emperador Maximiliano, archiduque de Austria, y de la emperatriz madama María, su mujer, hija única heredera de Carlos, duque de Borgoña, murió en la flor de su juventud, en Salamanca, año 1497, miércoles a 4 de octubre, siendo el príncipe de diez y nueve años y tres meses y seis días, dejando a los reyes sus padres y a estos reinos con gran dolor y sentimiento.

II

Margarita de Austria

Madama Margarita, princesa de España, digna de memoria, faltóle la fortuna en las suertes de este mundo. Estuvo en su niñez concertada de casar con Carlos, rey de Francia, que sin tener efeto fue ocasión de guerras y desabrimientos entre el emperador Maximiliano y Luis, rey de Francia. Casó, como dije, con el príncipe don Juan, dando los elementos señales de lo mal que se había de lograr este casamiento, porque embarcándose la princesa por el mes de hebrero, año 1497, en la villa de Flissinga, hasta donde la acompañó su hermano don Felipe, que fue rey de Castilla, engolfada en alto mar, se levantó borrasca y temporal tan recio, que pensaron perderse. Donde la princesa mostró un valor extraño, porque teniéndose ya por perdidos todos los de la armada, sin alteración alguna ni mudar color ni muestra de melancolía, se ató a los brazos unas joyas de oro de mucho valor, y tomando tinta y papel, con la elegancia que en prosa y verso tenía en lengua francesa, hizo el epitafio de su sepultura.

Ci gist Margote, noble damoiselle
Deux fois mariée: môte pucelle.

Que son en latín:

*Margoris hoc tegitur tumulo clarissima, quae bis
Nupta quidem mansit, sed sine labe pudor.*

Y en castellano:

A Margarita preclara
Aqueste túmulo cubre,
Que aunque casada, descubre
Su virginidad más clara.

Envolvi  el papel con los dos versos en un paño encerado, y at lo juntamente con las joyas de oro al brazo, para que echando su cuerpo el mar a la ribera, fuese conocida y sepultada como merecía; libr la Dios de este peligro y muerte. Vencidas tantas dificultades, perdiéndose algunos navíos y hacienda, aportaron a Santander y de all  a Burgos, donde se celebraron las bodas, y se lograron tan poco como queda dicho. Viuda volvió a Flandes, casó con el duque de Saboya con la misma ventura que la vez primera; retir se a Flandes, donde la hallaremos muchos años gobernando aquellos Estados.

III

Sucesión de los Reyes Católicos

Tuvieron más los Reyes Católicos cuatro hijas, que nacieron: doña Isabel, primogénita, año de 1470; doña Juana, en el de 1479, a seis de noviembre; doña María, 1483; doña Catalina, 1486. Casó la princesa doña Isabel con don Alonso, primogénito de Portugal, hijo del rey don Juan el segundo, con intento y providencia bien advertida de los Reyes Católicos, que faltando el príncipe don Juan de Castilla quedasen los reinos en príncipes naturales. La infanta doña Juana casó con don Felipe el Hermoso, archiduque de Austria, hijo del emperador Maximiliano y de la emperatriz duquesa de Borgoña, madama María. Por manera que casaron el príncipe y su hermana, infantes de Castilla, con hermano y hermana hijos del emperador: y de este casamiento de los cuatro príncipes, los dos de la casa de Castilla, y dos de la de Austria, resultó la unión de los Estados de Flandes, Borgoña y Austria con España; porque, como dije, murió el príncipe don Juan sin dejar sucesión: y la princesa doña Isabel, viuda del príncipe don Alonso de Portugal, casada con el rey don Manuel, que había de suceder en Castilla, y estaba ya jurada, murió dejando un solo hijo, a quien llamaron don Miguel de la Paz, porque del casamiento de sus padres resultó entre Castilla y Portugal, el cual también murió niño malogrado como después dir .

IV

Nace el príncipe don Carlos en Gante a veinte y cinco de hebrero, día de Santo Matía, año de bisiesto. Profetiza la reina doña Isabel la sucesión de su nieto Carlos.

En el año, pues, de 1500 de Cristo, cuando el mundo, según la cuenta de los hebreos, tenía cinco mil y cuatrocientos y sesenta y un años, y habían corrido desde el diluvio universal tres mil y ochocientos y cinco, y de la venida de T bal a poblar en España tres mil y seiscientos y sesenta y tres, y de la era de César, mil y quinientos y treinta y ocho, y

de la entrada de los godos en España mil y ochenta y seis, y finalmente, de la venida y señorío de los moros africanos setecientos y ochenta y seis, siendo Sumo Pontífice en Roma Alejandro VI, habiendo veinte y seis años que los Reyes Católicos reinaban, cuando los moros de las Alpujarras habían recibido la fe católica y hecho de las mezquitas iglesias, estando ya limpio el reino de las sinagogas y juderías, año del jubileo plenísimo de Roma; para consuelo de las lágrimas que España derramaba por la muerte de sus príncipes en Gante, lunes a veinte y cinco de hebrero, día bisiesto de Santo Matía Apóstol, a las tres y media de la mañana, nació don Carlos, príncipe de gloriosa memoria, cuya vida y hechos escribo, habiéndose engendrado en estos reinos de Castilla, de los cuales había muy poco que los príncipes sus padres habían partido, y estaban en Gante. Vivía el príncipe don Miguel de la Paz cuando nació don Carlos, aunque con pocas esperanzas de larga vida. Llegó la nueva del nacimiento de don Carlos a los Reyes Católicos, sus abuelos, que estaban en Sevilla; y oyendo la reina el día de su nacimiento, dijo con no sé qué espíritu: *Cecidit sors super Mathiam*, cayó la suerte sobre Matías, anunciando la sucesión en los reinos que habían de ser de Carlos, como fue.

V

Bautismo de don Carlos. Trece días después de su nacimiento se bautizó Carlos. Don Diego Ramírez, fundador del colegio de Cuenca en Salamanca: fue varón notable en su tiempo. Llámase duque de Lucemburg el Emperador, siendo niño. Ofrecen dones al infante.

Para celebrar la fiesta del bautismo de don Carlos, quiso mostrar la ciudad de Gante el amor grande que a sus príncipes tenía. Hizo con magnificencia un pasadizo desde el palacio a la iglesia de San Juan, con muchas y varias columnas, puestas con todo el primor que pide el arte, de tal manera que parecía quedar vencido lo que es natural del artífice que lo imitaba. Tenía el pasadizo en largo tres mil y quinientos pies, y siete en ancho, y de la tierra se levantaba otros siete. Los colores de la pintura eran de oro, rojo y blanco. Había en este pórtico o pasadizo cuarenta arcos triunfales a manera de grandes y hermosas puertas. Cada uno de estos arcos tenía nombre del reino o estado que en él estaba pintado, de los que el infante se esperaba que había de tener en su tiempo. Las armas del reino que cada arco representaba estaban en el medio de la vuelta del arco, y a los lados del escudo de armas dos imágenes asidas de él; la una era de Flandes y la otra de Gante. Destos arcos, los tres eran más eminentes y de mayores claros: el uno era de la sabiduría y el otro de la justicia, y el tercero de la paz y concordia. A los lados de estos arcos estaban, al uno las armas de Castilla y Aragón, y al otro las de Austria. Pusieron veinte y una hileras de hachas de cera blanca, encendidas con tanto concierto, que cada quinientos pies tenían tres órdenes de hachas, que por todas eran 700. Entre muchas figuras de varias historias había siete más ricas, de las cuales cuatro eran del Testamento Viejo, y tres del Nuevo, y las cuatro figuras del Testamento Viejo se mostraban cumplidas en las del Nuevo.

Estaba otro pórtico o pasadizo colgado en el aire desde lo alto del templo de San Nicolás, y de la torre Capitolina, que llaman Belforte, lleno de hachas que, con su luz, de la noche

hacían día; allí estaban muchos hombres mirando como admirados el artificio y primor de aquella obra. Había una nao llena de hachas encendidas y cubierta de ricos paños de oro y seda de hermosísimas figuras, y puesto un aparador de ricos vasos de oro y plata. Y muchas banderetas. Tocábanse varios instrumentos de música y eran trecientas y cincuenta hachas de cera las que ardían en esta nao, puestas con muy buen orden por los costados desde la popa a la proa. Tardaron trece días en hacer esta obra, y puesta en perfección, a siete de marzo se hizo el bautismo.

Salieron primero los cónsules y magistrados de Gante con todos los ministros de justicia, que serían trecientos. Luego iba el presidente de Flandes acompañado de muchos varones ilustres. En el tercero lugar iban los caballeros y nobles ciudadanos en gran número. Seguíanse luego siete caballeros del Tusón ricamente vestidos; y después de ellos, con el niño en los brazos, salió madama Margarita de Bretaña, hermana de Eduardo quinto de este nombre, rey de Ingalaterra, mujer segunda de Carlos, duque de Borgoña, bisabuelo del infante. Llevábanla en hombros, sentada en una rica silla, y a su lado iba doña Margarita, princesa de Castilla viuda, que había solos dos días que llegara de España. Y estas señoras fueron las madrinas. Junto iban Carlos de Croy, príncipe de Simay, y el príncipe de Vergas, que fueron padrinos. El uno llevaba un rico estoque desnudo, el otro un yelmo o celada de oro que le ofrecieron. Salió luego la infanta doña Leonor, hermana de Carlos, que después fue reina de Portugal y de Francia.

Últimamente, como cabeza de esta procesión, iban catorce perlados, arzobispos y obispos, vestidos de pontifical, que habían de celebrar el bautismo, y por principal el obispo de Tornay, en cuya diócesis está Gante, con otros tres obispos como ministros a su lado. El uno de estos obispos era don Diego Ramírez de Villaescusa, obispo de Málaga, que después fue de Cuenca, capellán mayor de la Infanta archiduquesa, el cual fundó el insigne colegio que llaman de Cuenca en la Universidad de Salamanca.

Diéronle el nombre de Carlos en memoria de su bisabuelo Carlos de Valoys, duque de Borgoña. Tratóse qué título de estado darían al infante, porque el de los hijos primogénitos de Borgoña, antes de este tiempo, era conde de Carloys, y como, el título del archiduque era de mayor dignidad, no satisfacía el de conde de Carloys, y así, su padre le dio el Estado de Lucemburg con título de duque, como lo habían tenido los Césares, sus pasados, el emperador Sigismundo, el emperador Carlos, cuarto de este nombre, y Wincislao, reyes de Bohemia y Césares famosísimos. De donde comenzaron a adivinar y echar juicios, que no se engañaron, que el nuevo duque de Lucemburg había de ser un príncipe notable en el mundo. Ofrecieron al infante ricos dones. Carlos de Croy le dio la celada de oro y plata muy rica, con un ave fénix toda de oro; el príncipe de Vergas dio la espada; madama Margarita de Bretaña, un vaso de oro con muchas piedras de gran valor; doña Margarita de Austria le dio otro vaso como barquillo de oro, sembrado de piedras preciosas; la ciudad de Gante le ofreció, una gran nave de plata.

VI

Quién crió a Carlos. Adriano Florencio, maestro del príncipe. Ayo que tuvo

Quedó el cuidado de la crianza del duque de Lucemburg a madama Margarita, viuda del príncipe don Juan, que vivió gran parte de su tiempo en la ciudad de Malinas y después fue gobernadora de los Estados de Flandes, juntamente con Margarita Eboracense o de Bretaña, viuda del duque Carlos que llamaron el Peleador.

Siendo el duque de siete años, le dieron el emperador, su abuelo, y madama Margarita, por su maestro y preceptor a Adriano Florencio, que aunque era de gente humilde, sus buenas letras y clara virtud le pusieron en merecerlo, y ser deán de la Universidad de Lovaina, y después Sumo Pontífice. No fue muy elocuente Adriano, mas en la Facultad escolástica fue único en su tiempo. Mereció por todo sentarse en la silla de San Pedro en Roma, como se dirá.

Los años que el duque estuvo en Malinas, fue su ayo y maestro el obispo de Bisanzon, varón grave y religioso. Después el emperador Maximiliano, su abuelo, por consejo de este obispo, encomendó su crianza a Guillelmo de Croy, marqués de Ariscocia o Ariscot, que comúnmente se llamaba príncipe de la Curia.

Tuvo otros muchos ayos el duque en su juventud, y si bien el rey don Fernando el Católico, su abuelo, y el rey de Ingalaterra se los quisieron dar de su mano, el emperador, que por la muerte del rey don Felipe era su curador, y madama Margarita, no lo consintieron, dándole siempre caballeros naturales de Flandes.

VII

Inclinaciones de Carlos. Ejercicios de Carlos en su niñez.

Quisiera Adriano que el duque se aficionara a las letras, y, por lo menos, que supiera la lengua latina; pero el duque más se inclinaba a las armas, caballos y cosas de guerra. Y así, cuando ya era Emperador, dando audiencia a los embajadores, como le hablaban en latín y él no lo entendía ni podía responderles se dolía de no haber querido en su niñez hacer lo que su maestro Adriano le aconsejaba. Culpan en esto a Guillelmo de Croy, señor de Xevres, su ayo, que por hacerse muy dueño del niño y ganarlo para sí solo le quitaba los libros y ocupaba en armas y caballos, que sería bien fácil por ser más inclinada aquella edad a estos ejercicios que a las letras. Hacía que leyese las historias españolas y francesas, escritas en las proprias lenguas y con el mal estilo que las antiguas tienen. Lo uno porque supiese los hechos de sus pasados en paz y en guerra; lo otro porque este caballero entendía poco la elegancia y primor de las historias latinas: que ninguno ama lo que no entiende. Supo bien el duque Carlos las lenguas flamenca y francesa, alemana, italiana, y mal la española hasta que fue hombre. Entendió algo de la latina. Los ejercicios de su juventud, demás de las armas, eran luchas, pruebas de fuerzas, juego de pelota y la caza, y todo lo que hace ágil y habilita un cuerpo para el uso de las armas y guerra.

VIII

Muere el príncipe de España don Miguel de la Paz. Pasa la sucesión de España en doña Juana

Murió el príncipe de España, don Miguel de la Paz, heredero de estos reinos, sin haber cumplido dos años de edad, sábado a veinte de julio de este año de 1500. Fue grande el sentimiento de los Reyes Católicos, sus abuelos, y de toda España, pareciéndoles que perdían un señor natural, nacido en este suelo (que es general en todas las naciones del mundo querer las propias cenizas para cubrir sus brasas).

Sepultaron el cuerpo malogrado del príncipe en la capilla real de Granada, donde murió, que los Reyes Católicos habían fundado para su real entierro. Por la muerte del príncipe y de su madre la princesa doña Isabel, reina de Portugal, que murió de parto dél, pasó la sucesión de estos reinos en la infanta doña Juana, hija segunda de los Reyes Católicos, mujer de don Felipe, archiduque de Austria y conde de Flandes, padres dichosos del bienaventurado príncipe don Carlos, duque de Lucemburg.

IX

Por qué escribió los años antes que don Carlos reinase. Discurso de la historia

Las vidas que de los príncipes y reyes se escriben, son más los actos de paz o guerra de los reinos y Estados de su gobierno, que sus acciones naturales y particulares; y así, contando el reino, imperio o vida de Carlos V (que verdaderamente podemos decir que comenzó desde este año en España), escribiré, si bien sumariamente, lo que tocare a los reinos de Castilla, en cuyo nombre se escribe esta historia, porque sería demasiado silencio callar lo que sucedió desde el año de mil y quinientos hasta el de mil y quinientos y diez y ocho, que Carlos vino a reinar en España.

Será esta historia española desde este año de mil y quinientos hasta el de mil y quinientos y cincuenta y seis, que renunció los reinos y Estados en su único hijo don Felipe II, y acabaré brevemente los dos años restantes, que retirado en un monasterio vivió el gran Emperador, diciendo su vida ejemplar y de verdadero penitente. En los diez y seis años primeros, desde éste de quinientos, escribe el secretario Jerónimo de Zurita largamente desde el año de 1504 en que murió la reina doña Isabel, hasta el de 1516, en que murió el rey don Fernando. Todo lo que pasó sobre venir a reinar en Castilla doña Juana con su marido don Felipe, quien desto quisiere ser bien informado vea el tomo sexto de los Anales de este autor, que yo no he de decir aquí sino lo que él dejó de escribir.

Año 1501

X

Vienen a Castilla los príncipes don Felipe y doña Juana. Conciértase casamiento entre Carlos y Claudia, niños. Título justo de España a Milán. Muerte de don Alonso de Aguilar en Sierra Morena

No había paz segura entre el emperador Maximiliano y el rey Luis de Francia; eran muchas las sospechas y celos cuales suelen ser entre los príncipes. Ardía la ambición, del rey de Francia por conservar a Milán y ganar el reino de Nápoles. Procuró con estos fines ligarse con el emperador Maximiliano y casar a su hija Claudia, que era niña, con el príncipe don Carlos, que tenía sólo un año. El emperador y su hijo don Felipe, archiduque de Austria, eran de ello contentos, porque Claudia era única hija del rey Luis y heredera de los Estados de Bretaña.

La reina doña Isabel de Castilla tenía poca salud. Deseaban en Castilla ver a los príncipes don Felipe y doña Juana, sucesores de estos reinos, y así, en este mismo año de 1501 vinieron por Francia. Fueron bien recibidos y regalados del rey Luis, con el cual capitularon el casamiento de los dos niños, y uno de los capítulos fue que si este casamiento no llegase a efecto por culpa del rey Luis de Francia, que el emperador diese el escudo e investidura del Estado de Milán al príncipe Carlos, su nieto, duque de Lucemburg, y es así que el casamiento no se hizo por culpa del rey Luis, que es uno de los buenos títulos que la corona de España tiene contra Francia en la pretensión de Milán.

En este año, miércoles diez y ocho de marzo, mataron los moros en Sierra Bermeja, cerca de Ronda, a don Alonso de Aguilar, por ser más temerario que valiente, teniendo por punto de honra morir antes tomándose con muchos, que retirarse guardando su persona para mejor ocasión. Quitóle la vida el celo de su generosa sangre, que jamás volvió el rostro al enemigo.

Año 1502

XI

Llegan los príncipes a Fuenterrabía. Recíbelos el marqués de Denia. Daño que han hecho los judíos en España. Juran en Toledo a los príncipes don Felipe y doña Juana. Muere el cardenal Mendoza. Lealtad de los Mendozas. Muere don Diego de Sandoval, marqués de Denia.

Llegaron los príncipes don Felipe y doña Juana a Fuenterrabía, día de San Valerio, a veinte y nueve de enero de este año de 1502. Allí esperaba para recibirlos, por mandado de los Reyes Católicos, don Bernardo de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, con otros muchos caballeros. Estaban a esta sazón los Reyes Católicos en Sevilla ordenando cómo acabar de limpiar los reinos de la inmundicia de moros y judíos que en ellos había. Mandóseles primero que saliesen todos; después acordaron que quedasen los que quisiesen ser cristianos, que no han servido de más que de poblar los tablados de la Inquisición y manchar linajes honrados, y revolver las comunidades donde entran, y gozar los mejores frutos de España.

Llegaron los príncipes a Toledo, donde estaban ya los reyes esperándolos, sábado siete de mayo, habiéndose detenido ocho días en el camino porque el príncipe los tuvo en la cama enfermo de sarampión. Domingo a veinte y dos de mayo, fueron jurados por príncipes de Castilla y de León en la iglesia mayor de Toledo, hallándose a este acto los Reyes Católicos, sus padres, y el cardenal don Diego Hurtado de Mendoza, don fray Francisco Jiménez, arzobispo de Toledo, don Bernardino de Velasco, condestable de Castilla y de León, el duque del Infantado, el duque de Alba, el duque de Béjar, el duque de Alburquerque, don Bernardo de Sandoval, marqués de Denia, el conde de Miranda, el conde de Oropesa, el marqués de Villena, el conde de Benalcázar, el conde de Siruela, el conde de Fuensalida, el conde de Ribadeo, el de Ayamonte, con otros muchos señores de título y caballeros de Castilla, con los obispos de Palencia, Córdoba, Osma, Salamanca, Jaén, Ciudad Rodrigo, Calahorra, Mondoñedo y Málaga. Aquí les vino nueva como el príncipe de Arles, de Ingalaterra, que estaba casado con la infanta doña Catalina de Castilla, era muerto.

Estuvieron los reyes y príncipes en Toledo hasta trece de julio, que el Rey Católico partió para Zaragoza pasando por Alcalá de Henares, y a 29 de agosto la reina doña Isabel con los príncipes sus hijos fueron a Ocaña y Aranjuez, y a veinte y ocho de setiembre fue la reina a Torrijos, donde estuvo ocho días, y a Fuensalida. Y de ahí a Casa Rubios, y entró en Madrid viernes cuatro de octubre, y lunes a treinta de octubre llegó el rey a Madrid, volviendo de Zaragoza, y vino por la posta porque tuvo correo que la reina estaba indispuesta.

En este mes de octubre, a catorce de él, falleció en Madrid don Diego Hurtado de Mendoza, cardenal de Santa Sabina y arzobispo de Sevilla, patriarca de Alejandría, hermano del conde de Tendilla y de doña Catalina de Mendoza, mujer de don Diego de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, y de doña Mencía, mujer de Pero Carrillo de Albornoz. Fue un notable perlado y gran servidor de los Reyes Católicos, como lo han sido con mucha lealtad todos los caballeros de esta familia.

También murió en este mes de octubre don Diego de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, que en la conquista del reino de Granada sirvió valerosamente a los Reyes Católicos, y llevó del monasterio de San Pedro de Arlanza un hueso del cuerpo del conde Fernán González, por la devoción grande que tenía con él, por tenerle por caballero santo y traer la decendencia de su sangre de él. Restituyóse el hueso antes que muriese el marqués, y así está en la sepultura del conde con un testimonio de esta verdad. Sucedió al marqués don Diego, su hijo don Bernardo en el Estado, en el servicio, en la gracia y amor de los Reyes Católicos, cuyo mayordomo mayor fue.

XII

Pendencias entre españoles y franceses

En este año movieron guerra los franceses en Nápoles a los españoles sobre los términos, que les costó caro. Y fue el desafío tan nombrado en Trana, entre once franceses y once

españoles a caballo, sobre decir los franceses que los españoles no eran hombres de a caballo sino de a pie, y que su rey tenía mejor derecho a Nápoles. Fueron los españoles Diego García de Paredes, que rindió a su contrario; Diego de Vera, que después fue muy conocido por lo de Argel y Fuenterrabía; el alférez Segura, y Moreno su hermano, Andrés de Olivera, Gonzalo de Arévalo, Jorge Díaz Portugués, Oñate, Martín de Triesta, mayordomo del Gran Capitán; Rodrigo Piñán; Gonzalo de Aller, que por su desventura fue rendido, aunque era muy valiente. Los jueces fueros venecianos; no se declaró la vitoria por ninguna parte. Edificóse este año el castillo de Salsas que los franceses habían derribado seis años antes.

Años 15021503

XIII

Casa don Manuel, rey de Portugal, con doña María, infanta de Castilla, de los cuales nació la Emperatriz, reina de España. Nace doña Isabel, que fue Emperatriz y reina de Castilla. Nace el infante don Fernando en el Alcalá, a las once del día. Solemnidad del bautismo. Don fray Francisco Jiménez, arzobispo de Toledo, bautizó al infante

El rey don Manuel de Portugal, viudo por muerte de la princesa doña Isabel, casó segunda vez con la infanta doña María, hija de los Reyes Católicos, y hermana de la misma princesa. Fue grande el fruto que Dios les dio, y miércoles 25 de octubre, a la hora de media noche, en la ciudad de Lisboa, la reina doña María, mujer del rey don Manuel, parió una hija que llamaron doña Isabel, emperatriz que fue de Romanos, y reina de España por ser única mujer del emperador Carlos V, como en su lugar se dirá.

«Y viernes diez de marzo, año 1.503, estando la princesa doña Juana en Alcalá de Henares, parió al infante don Fernando, y el domingo adelante lo bautizaron con gran regocijo de la reina doña Isabel y de todos los caballeros de su corte. Salió la reina a misa este día, vestida de una saya francesa de carmesí pelo colorado y un joyel en los pechos; alrededor de él sacó una medalla riquísima y más un brazaletes en el brazo derecho, que llegaba de la muñeca hasta cerca del codo, en el cual había rubíes y esmeraldas. Salieron con Su Alteza estas señoras: la del adelantado de Murcia traía vestida una basquiña de carmesí y sobre ella un monjil de carmesí altibajo forrado en armiños; traía unas mangas muy acuchilladas y todas las aberturas guarnecidas de oro de martillo; las mangas de la camisa eran ricas y muy grandes. Salió la mujer de Juan Velázquez con una saya francesa de carmesí, y falda muy larga aforrada con armiños, ceñida con una cinta de oro de martillo, y en ella muchas piedras de valor. Traía unas cuentas de oro, labradas con mucho primor, colgadas de la cinta, que llegaban casi al suelo, con una mantilla de raso, y todo lo al muy rico. Salieron más todas estas damas ricamente aderezadas, su hija del adelantado, y doña Leonor Manrique, y doña Inés Enríquez con infinitos cabos de oro y los cabitos de los tocados con mucho oro, y sus hijas de don Álvaro sacaron gorgueras y collares de oro y todas las otras muy bien vestidas que vinieron a oír misa con la reina en la sala grande. Vinieron el duque de Nájara y el marqués de Villena. El duque traía vestido un jubón de carmesí altibajo forrado con sus mangas anchas, y un sayo frisado sin

mangas y un capuz abierto, guarnecidas las orillas, y una espada toda de oro, y la vaina y correas de hilo de oro labradas. Sacó una caperuza de terciopelo con un joyel muy rico en ella; sacó borceguíes leonados y un cinto rico. Sacó el marqués de Villena una loba de paño morado muy fino y un sayo de grana muy singular, una caperuza de terciopelo morado. Sacó monsieur de Melu una loba de terciopelo negro y un sayo con sus mangas anchas de oro tirado, y unas vueltas muy ricas. Salieron Fonseca, Juan Velázquez y Garcilaso vestidos de negro. Sacó Juan Velázquez un capuz negro y una caperuza de terciopelo. Sacó Garcilaso una cadena que pesaba tres mil castellanos; y Fonseca sacó una cadena que le dio el emperador cuando fue por embajador de Sus Altezas. Salieron muchas cadenas y muy ricas. Este día predicó el obispo de Málaga, y todo el sermón fue de alegrías y de alabanzas de la princesa nuestra señora, alabándola sobre todas las cosas de cristianísima, y que por esto le ha dado Dios tanta gracia, contando su vida desde su niñez, y de allí cómo y cuán honradamente la enviaron a Flandes con armada que nunca, sobre las aguas del mar, semejante vieron los hombres. Y después cómo Dios le deparó un marido tal y tan a su contentamiento que nunca semejante se vido, y después cómo Dios le ha dado tales hijos y, sobre todo, por ser como es cristianísima ha permitido Dios con ella que no reciba dolor en su parto, y así, estando riendo y burlándose, entre juego y burla pare, cuando no se acatan, sin más pasión ni tribulación; y de otras cosas muchas la alabó, diciendo que si hubiese de contar sus excelencias no acabaría en cincuenta años con sus noches. Y así fue acabado el sermón y la misa muy solemnemente, y la reina nuestra señora con sus dueñas y damas fue a ver a la señora princesa, donde el marqués de Villena la llevaba de brazo y el duque de Nájara iba delante, y así la vido, y estuvieron hablando un poco, y Su Alteza se volvió a comer. Luego que acabaron de comer, estaba ordenado ya el juego de cañas en el corral grande del palacio que está hacia la huerta, y la reina nuestra señora se puso a una ventana, donde estaba aderezado para Su Alteza, y sus dueñas y damas se pusieron en unos corredores apartados de allí, y así estando salió el duque de Nájara con cincuenta caballeros muy ricamente ataviados. Sacó el duque seis caballos de diestro con muy costosos jaeces, y de la misma manera todos sus caballeros muy lucidos; sacó muchas trompetas y atabales, y púsose al puesto hacia donde estaba la reina nuestra señora. Salió el marqués de Villena, que era el competidor, vestido todo de grana y morado, y otros seis caballos ricamente enjaezados. Salieron con él los continos de la reina nuestra señora, y don Alonso de Cárdenas y don Pedro Manrique, y otros caballeros, muy ricamente vestidos, y pasóse al otro puesto. Sacó asimismo muchas trompetas y atabales. Jugó el duque de Nájara las cañas, y no se tañían trompetas sino cuando él salía. El marqués no salió vez ninguna de su puesto, donde duró el juego una hora, y de allí comenzaron a escaramuzar: los unos se hicieron moros y los otros cristianos. Duró la escaramuza bien media hora, y después pasaron carrera el duque y el marqués y otros muchos, y de allí hicieron sus reverencias y acatamientos a Su Alteza, con que se fue cada cuadrilla con su cabeza hasta su posada y de allí se despidieron los unos de los otros. Y así se dio fin a la fiesta con mucha alegría, lo que no suele acaecer entre los grandes, y Su Alteza, con sus damas, se retrajo a su palacio. El sábado siguiente, que se contaron diez y ocho de marzo, entoldaron toda la calle del palacio hasta San Juste muy ricamente y con mucha compostura para el bateo, pero llovió tanto aquel día que en todo él no cesó, y fue fuerza dejarlo para el siguiente, aunque quedaron bien mojados los paños franceses. Luego, el domingo siguiente, que se contaron 19 de marzo, se dijo la misa en el palacio con mucha solemnidad y predicó el obispo de Burgos muy

singularmente, y en su sermón, entre otras cosas curiosas, dijo que los niños, aunque fuesen hijos de príncipes y de grandes señores, tenían mucha necesidad de bautizarse con la mayor brevedad que ser pudiera, y que pecaban mortalmente los que pudiéndolo hacer lo dilataban de un día para otro por el peligro que hay de sus ánimas. Movi6 esto a la reina nuestra señora para que en todo caso se bautizase aquel día, aunque llovió lo más de él, y así se comenzó a disponer lo necesario para ponerlo en ejecución. Y dando principio a la fiesta salió la reina nuestra señora de la misma suerte vestida que el día antes y con el mismo contento y regocijo, y las señoras y damas no menos costosamente vestidas que antes, sino mucho más. Salieron las damas flamencas de la princesa vestidas a la española muy ricamente. Salieron infinitos galanes, y fueronse a palacio en acabando de comer, y fueron a la cámara de la princesa, donde tomó al infante en sus brazos el duque de Nájara y revolviéndole un mantillo de brocado altibajo aforrado en armiños por las espaldas y por los hombros y por enciña del niño, que no se le parecía sino la cabeza. Llevaba las fuentes, muy ricas y muy grandes, todas de oro, el adelantado de Castilla; y sus tobajas encima muy ricas. Llevaba la copa en que iba la sal el conde de Fuensalida. La copa era de oro, y tan grande, que un paje ayudaba al conde a llevarla. Llevaba el plato en que iban los cirios el conde de Miranda. Llevaba el plato en que iba el capillo e todo lo otro musiur de Muhi. Todos éstos iban muy ricamente aderezados de ricos vestidos, y detrás del infante iba madama de Aluya, y cerca de ella don Álvaro de Portugal. Llevaba de brazo el marqués de Villena al duque; con el infante iba el ama que le criaba, y la llevaban de brazo dos continos de la reina nuestra señora, y tras ella iba su mujer del adelantado de Murcia, la de Juan Velázquez, y tras ellas las damas de la reina nuestra señora, y tras ellas las de la señora princesa, y los galanes que las llevaban de brazo, y así ellos como ellas muy ricamente ataviados. Así fueron todos a pie desde palacio hasta San Juste, que es la iglesia mayor, la cual se aderezó en esta manera: Entoldóse toda al derredor y por los postes de ella con paños franceses ricos, y donde es el altar mayor se hicieron unas gradas a modo de cadalso bien altas, y todas al derredor entoldadas de paños y doseles de brocado, y un altar muy rico y un dosel con las armas de la señora princesa, de gran valor. A las espaldas, encima de estas gradas, pusieron cuatro pilares de carmesí raso y un cielo de brocado que sostenía sobre ellos. Debajo de este cielo se puso una grande bacía de plata de la señora princesa, en que se han bautizado los otros sus hijos, encima de un artificio de madera, y este artificio cubierto con paño labrado de oro con las mismas armas, y encima un paño de brocado que cubría la bacía. Vistióse de pontifical el arzobispo de Toledo, y con él los obispos de Burgos, Jaén, Córdoba, Málaga y Catania, y vestidos todos de pontifical con los otros de la capilla con capas ricas, salieron en procesión fasta la puerta mayor de la iglesia, y allí esperaron al señor infante, que venía como arriba está dicho. Y llegados a la puerta de la iglesia, le recibieron con la procesión, y a la puerta se hizo el oficio acostumbrado de la Iglesia en semejante caso, y de allí se fueron donde estaban las gradas, y subieron por ellas fasta donde estaba la bacía de plata con el agua. Y allí, siendo padrinos el duque de Nájara y el marqués de Villena, y madrina madama de Luin, le bautizó el arzobispo y le puso nombre Hernando como a su abuelo, y el oficio se hizo muy suntuosamente, así por el señor arzobispo y obispos como por todos sus capellanes y cantores de la Capilla. Y hecho el oficio, tocaron las trompetas y atabales y chirimías y otros instrumentos, y viniéronse al palacio en la misma forma que fueron, donde los recibieron Su Alteza, y la reina nuestra señora, y la señora

princesa, con grande gozo y contento. Este día habían de correr toros y jugar cañas los galanes y no dio lugar lo mucho que llovió, así este día como el de antes.»

XIV

Vi otra relación escrita por fray Álvaro Osorio, fraile de Santo Domingo, maestro del infante

Referido he una memoria original con el mismo lenguaje y estilo que se escribió por algún curioso, dando cuenta a un amigo del nacimiento del infante don Hernando y solemnidad con que fue bautizado en Alcalá. Es harto notable por lo que dice de las galas de las damas y reinas, que las encarece por muy ricas y agora fueran más que llanas. Él duque de Nájara de quien habla es el duque don Pedro, que por sus hazañas se llamó el duque forte, que se echa de ver cuán estimado era de los reyes, cuán grande en el reino, como lo fueron siempre sus pasados desde el conde don Manrique o Almerique, que entró en Castilla y fue en ella un gran caballero, casando y siendo heredado en la Casa de Lara.

XV

Cercan los franceses a Salsas. Queda contra los franceses en ella el marqués de Denia

En este año cercaron los franceses a Salsas, estando dentro don Sancho de Castilla, y el Rey Católico, habiendo tenido Cortes en Zaragoza y Barcelona, socorrió a Salsas, y para su ejército la reina doña Isabel estando en Soria envió mucha gente castellana, y fue tras los franceses don Fadrique, duque de Alba, capitán general, con trece mil infantes, dos mil hombres de armas y cuatro mil y quinientos jinetes, y desviados los enemigos quedó en Salsas por capitán general con tres mil infantes, dos mil jinetes y mil hombres de armas, don Bernardo de Sandoval, marqués de Denia.

XVI

Vuelve don Felipe a Flandes: trata de casar a Carlos con Claudia. Juicio sobre el nacimiento de don Carlos

El príncipe don Felipe, archiduque de Austria, volvió a Flandes este año, caminando por Francia, y estando en León concluyó las paces entre el emperador Maximiliano y el rey don Fernando de Castilla, y el rey Luis de Francia, y prometió de casar a su hijo Carlos con Claudia, hija del rey Luis, que había de heredar a Bretaña, no teniendo Carlos aún cuatro años, ni Claudia cinco. Las esperanzas que del príncipe don Carlos, duque de Lucemburg, se tenían, eran grandes. Había en este tiempo un astrólogo judicario muy celebrado que se llamaba Lorenzo Miniato, de nación napolitano, y sacó un pronóstico en que decía haber nacido un príncipe muy bien afortunado que había de ser amado de

todos, que quitaría grandes males del mundo, que sería guerrero y el más venturoso capitán de sus tiempos. Lo cual todos entendieron que se había de cumplir en Carlos Quinto, como fue.

Año 1504

XVII

Júranse en la Mejorada las paces con Francia. Terremotos en Castilla. Muertes de personas notables. Marqués de las Navas. Muere la Reina Católica en Medina del Campo, día de Santa Catalina. Alzaron pendones en Medina por don Felipe y doña Juana.

Jurados por príncipes de España don Felipe y doña Juana, siendo necesaria su presencia en Flandes, partieron de Alcalá, el príncipe, como digo, primero, yendo por tierra y por Francia, y la princesa, viernes primero de marzo. Estuvo sábado y domingo en Valladolid, y de allí fue camino derecho a Laredo, donde se embarcó.

Domingo 31 de marzo, en la Mejorada, monasterio del glorioso San Hierónimo, de mucha religión, cerca de la villa de Olmedo, se juraron solemnemente las paces con Francia por tres años.

Viernes Santo de este año hubo grandes temblores y terremotos, especialmente en Sevilla, Zamora y otros lugares de Castilla y Andalucía, y se abrieron muchos edificios y cayeron muros que atemorizaron las gentes; que parecía comenzaba a sentir el reino la muerte de la Reina Católica que luego sucedió, porque a 26 de julio, estando en Medina del Campo, enfermaron el rey y la reina. Murieron otras personas señaladas, como fue, doña Madalena, infanta de Navarra, don Juan de Zúñiga, cardenal y arzobispo de Sevilla y primero maestro de Alcántara; don Enrique Enríquez, tío del rey; Pedro de Ávila, señor de las Navas, a quien sucedió don Esteban de Ávila, su hijo, que murió dentro de siete meses estando en Medina, y sucedióle su hijo, don Pedro de Ávila.

La enfermedad fue apretando a la reina y llegó su última hora; y cerca de ella una visita y alabanza de sus merecimientos, que fue de Próspero Colona, que entró en la corte y dijo besando la mano al rey que venía a ver una señora que desde la cama mandaba al mundo. Y ella dio su último fin, como los príncipes que ha tenido, martes diez y siete de noviembre entre las once y doce del día, siendo de edad de cincuenta y cinco años. Lloraron muchos su muerte y con mucha razón, porque fue una de las señaladas princesas y de extremado valor que ha tenido el mundo, y digna de eterna memoria. Sepultáronla en la Capilla Real de Granada con el hábito de San Francisco.

Temiéronse con su muerte alteraciones en el reino; sosególo Dios, que lo guardaba para Carlos Quinto. En el mismo día que la reina expiró, a la tarde, en Medina del Campo, alzaron pendones por la reina doña Juana, como propietaria de estos reinos, y por el rey don Felipe, su legítimo marido, en presencia del rey don Fernando, a quien la reina dejó

nombrado por gobernador. Alzó los pendones el duque de Alba, don Fadrique de Toledo, y en fin del mes se retiró el rey don Fernando a la Mejorada para ver el testamento de la reina y dar orden en su cumplimiento.

Vino allí luego don fray Francisco Jiménez, arzobispo de Toledo, con quien comunicaba el rey sus cosas, y de ahí partieron para Toro el rey y el arzobispo y don fray Diego de Deza, que ya era arzobispo de Sevilla, habiendo sido primero obispo de Jaén y después de Palencia. Estuvieron el mes de diciembre en Toro, donde al rey algunos grandes y caballeros de Castilla dieron, como dice el doctor Caravajal, del Consejo y Cámara, algunas tentativas, y él temió; de manera que algo se enflaqueció la justicia, que pierde su vigor donde entra la ambición y desordenada codicia de mandar.

XVIII

Dignas alabanzas de la Reina Católica

Diré brevemente algunas cosas que la Reina Católica dejó ordenadas para el buen gobierno de estos reinos. Mandó que no se pusiese luto por ella; que le gobernase el rey don Fernando su marido hasta que Carlos, su nieto, hubiese veinte años, si la princesa doña Juana su hija no quisiese gobernar, o no pudiese. Puso la Inquisición por la mala voluntad que, con razón, tuvo a los judíos; ordenó la Hermandad por limpiar los caminos de salteadores, no bastando contra ellos la justicia ordinaria; trajo la Cruzada contra los infieles por consejo del rey, su marido; mas viendo noventa cuentos juntos que decían haberse llegado de las Bulas, pesóle mucho y no consintió gastar un real de ellos, sino para lo que se había concedido.

Quiso gobernar sola, y tuvo desabrimientos sobre ello con su marido, hasta que los concertó el cardenal don Pedro González de Mendoza, y dijo ella aquel dicho nombrado: *Si no pidiera tanto no me diera nada, y ansí quedo igual con el rey mi señor en el gobierno de mis reinos*. No fue liberal, que así han de ser las mujeres, si bien es verdad aconsejaba al príncipe don Juan su hijo, y su luz, que diese liberalmente. Pesábale que sus criadas tomasen dádivas de nadie; fue muy honesta, amiga de justicia, y muy religiosa; viose en grandes trabajos en su mocedad y en harta pobreza por la desgracia en que estuvo con su hermano el rey don Enrique el cuarto y por la competencia que tuvo con la Excelente por el reino. Mandóse enterrar en la Capilla Real de Granada, que ella edificó para entierro de los reyes de Castilla; puédesse poner en el número de las reinas más excelentes que ha tenido el mundo.

Año 1505

XIX

Cortes de Toro. Juran por reyes a don Felipe y doña Juana. Chancillería en Granada. Nace María, que fue reina en Hungría. Llévase a Miraflores el cuerpo de la reina doña Isabel, mujer de don Juan el II

En el año de 1505, asistiendo el rey don Fernando en la ciudad de Toro, donde estuvo desde el principio de él hasta el fin de abril, se juntaron todos los títulos del reino y otros muchos caballeros y procuradores de las ciudades en voz de Cortes, y juraron por reina de Castilla a la princesa doña Juana, que estaba en Flandes, y por príncipe heredero sucesor en estos reinos a su hijo don Carlos, duque de Lucemburg.

Y con esto se quietaron algunos ánimos que estaban alterados y se allanaron las cosas que en el reino se temían, y acordaron que la Chancillería Real que estaba en Ciudad Real pasase a Granada y allí tuviese su asiento.

Llegó la nueva a la reina doña Juana de que en España la habían recibido por reina, estando recién parida de la infanta doña María, con felicísimo parto, como siempre tuvo. Esta infanta doña María casó con el desdichado rey de Bohemia Luis, hijo de Vladislao, que murió infelizmente, y fue gobernadora muchos años en Flandes y princesa de mucho valor, bien parecida a su hermano, como adelante se verá.

La reina doña Isabel, mujer del rey don Juan el segundo, y madre de la Reina Católica, cuando murió la sepultaron en San Francisco de Arévalo, y en este año trasladaron su cuerpo al monasterio de Miraflores, de la orden de los Cartujos, cerca de Burgos, donde estaba el rey don Juan, su marido.

XX

Jornada contra Mazalquivir. Año recio en Castilla. Mueren personas señaladas

Fray Francisco Jiménez, arzobispo de Toledo, fue uno de los insignes varones que ha tenido España. Fundó la Universidad de Alcalá. Fueron muy grandes los deseos que tuvo de hacer conquistas en África. A instancia suya y ayudado con dineros, el rey don Fernando envió contra Mazalquivir a Diego Fernández de Córdoba, alcaide de los Donceles, y salió del puerto de Málaga con la flota que el rey le dio. Llegó con buen tiempo hasta cercar Mazalquivir, y apretólo de manera, que lo entró en espacio de tres días, que se le rindió con poca costa de sangre, y quedó allí por alcaide. Fue después marqués de Comares. Es Mazalquivir un puerto muy bueno, sujeto al rey de Tremecén.

Fue un año éste muy recio de fríos, hielos y nieves en Castilla, y llovió muy poco. Murieron personas principales, que fueron don Pedro Álvarez Osorio, marqués de Astorga; don Gómez Juárez de Figueroa, conde de Feria; don Alonso de Fonseca, hijo del doctor Juan Alonso y de Beatriz Rodríguez de Fonseca; y don Gómez Sarmiento, conde de Salinas, y don Francisco de Velasco, conde de Siruela; don Hurtado de Mendoza, adelantado de Cazorla, hermano del cardenal don Pedro González de Mendoza, don Alonso de Fonseca, obispo de Osma, que primero fue de Ávila y Cuenca.

XXI

Desabrimientos entre el rey don Fernando y don Felipe. Quiere el rey don Fernando casar con la Excelente. Casa con madama Germana de Foix, sobrina de Luis, rey de Francia, hija del señor de Foix. Larga paz entre España y Francia

Pasó el rey don Fernando este invierno en Salamanca. El rey don Felipe estaba en Flandes con su mujer la reina doña Juana, y entre él y el rey don Fernando, su suegro, había desabrimientos que llegaron a tanto, que el rey don Fernando envió a don Rodrigo Manrique por su embajador al rey de Portugal, pidiendo que le diese por mujer a la Excelente, que llamaron la Beltraneja, para con ella, como con reina que tuvo pensamientos de serlo de Castilla, oponerse contra el rey don Felipe en Castilla; que fue una gran flaqueza y demasiada pasión del Rey Católico.

Mas el de Portugal fue tan cuerdo, que pareciéndole desatino, no se la quiso dar, ni aun la Excelente viniera en ello, porque demás de ser ya vieja, era una santa y estimaba en poco las coronas de la tierra.

Y como no pudo ser esto, concertóse con el rey Luis de Francia que el rey don Fernando casase con madama Germana, hija de don Gastón de Foix y de hermana del rey Luis, nieta de doña Leonor, hermana del rey don Fernando, hija del rey don Juan de Navarra y Aragón, su padre, y de doña Blanca, reina propietaria de Navarra. Concertaron los reyes, a manera de dote, que el rey de Francia cediese en el rey don Fernando la acción que pretendía a la parte del reino de Nápoles, y que si la reina falleciese sin hijos antes que el rey don Fernando su marido, sucediese en el mismo derecho, y si, primero que ella, muriese el rey don Fernando, sucediese el rey Luis en su propia parte.

Pidieron confirmación de estos capítulos al Pontífice. Hiciéronse paces entre Francia y España por ciento y un año, que no fueron ni aun semanas. Fueron por la reina y a los conciertos don Juan de Silva, conde de Cifuentes, y el dolor Tomé Malferit, vicechanciller de Aragón.

Años 15051506

XXII

Llaman los castellanos a sus reyes. Vienen los reyes a Castilla. Ánimo de la reina doña Juana en una tormenta. Desembarcan en La Coruña: venía la reina tan enferma, que públicamente se decía no tener juicio. Va el rey don Fernando a recibirlos. Título de provisiones reales. Muerte temprana del rey don Felipe el Hermoso. Cometa que precedió su muerte. Sepúltanlo en Granada.

Los castellanos, deseando sus reyes, daban prisa que la reina doña Juana, con su marido el rey don Felipe y hijos, viniesen en España; y así, a nueve de enero de este año 1505,

partieron de Flandes, dejando en poder del emperador Maximiliano y de madama Margarita, viuda de Saboya, al príncipe don Carlos.

Corrieron los reyes tormenta, y viéronse en peligro de fuego en la navegación. Llamábase el piloto del navío en que los reyes venían, Santiago. Tocó también la nao en tierra, o, como dicen, en banco, donde sin falta se perdieran, si una gruesa ola no los echara de la otra parte con su fuerte ímpetu. Mostró allí la reina ánimo varonil, porque diciéndole el rey que no escaparían, se vistió ricamente y se cargó de dineros para ser conocida y enterrada.

Mas librólos Dios de tan notorio peligro, y aportaron a Ingalaterra en Morilas, donde el de Ingalaterra acudió luego y les hizo reales fiestas. Es verdad que contra voluntad de los suyos desembarcó allí el rey Felipe, mas el enfado del mar lo hizo, y presto le pesó, porque hubo de dar al duque Sofolch a Mompola, el de la Rosa, sobre pleitesía que no le matasen, pero no la cumplió el rey de Ingalaterra. Díjose que, si no lo diera, le detuvieran, porque así lo había escrito el rey don Fernando al de Ingalaterra.

Abonando el tiempo, se volvieron a embarcar, y llegaron en salvamento a tomar puerto en la Coruña, domingo veinte y seis de abril. Sabía el rey don Fernando la venida de los reyes sus hijos, y pensando que desembarcaran en Laredo, partió de Valladolid para Burgos con propósito de llegar hasta Laredo. Y estando en Torquemada tuvo correo cómo habían desembarcado en la Coruña. Con esto tomó el camino de León y fue a Astorga y Ponferrada y Villafranca. Aquí supo cómo la reina iba por la Puebla de Sanabria, y aún dicen que algunos que deseaban poco amor entre los reyes dieron esta traza para desviarlos, y culpan a don Juan Manuel, embajador que había sido de los Reyes Católicos cerca del Emperador y en Flandes, que era muy privado del rey don Felipe y poco aficionado al Católico.

Fueron las vistas del rey don Fernando con sus hijos los nuevos reyes entre la Puebla de Sanabria y Asturianos, sábado a veinte de junio; de las cuales vistas salieron algo desabridos, que el reinar no quiere compañía, aunque sea de hijos. El rey don Fernando tomó el camino para Villafáfila y Tordesillas, y el rey don Felipe y la reina a Benavente, donde entraron víspera de San Juan. Quedó el rey don Fernando muy solo, que todos le dejaron, si no fue el duque de Alba y conde de Altamira y otros algunos, y los nuevos reyes, acompañados de la flor de Castilla y muchos extranjeros, que llegaban a dos mil caballeros y gente de armas.

Una de las causas de esta discordia era sobre el título o cabeza de las provisiones y despachos reales, y se concordaron con que se pusiese don Fernando, don Felipe y doña Juana, como lo he visto en provisiones despachadas en Valladolid a treinta de enero, año 1506, donde se nombran reyes y príncipes de Castilla, etc. Pero esto duró poco, por la muerte acelerada del rey don Felipe, que sucedió en Burgos, donde se había ido desde Valladolid, queriéndolo la reina así, si bien quisiera el rey no salir de Valladolid, donde se hallaba con gusto y salud.

El achaque de su muerte fue que don Juan Manuel, su gran privado, alcaide que a la sazón era del castillo, le convidó un día para que se holgase con él. Comió el rey demasiado y jugó a la pelota y hizo otros ejercicios dañosos después de comer, de manera que aquella mesma tarde, vuelto a Palacio, se sintió malo, y fuele apretando la enfermedad de suerte, que el séptimo día le arrebató la muerte y dio con él en el cielo, no habiendo reinado en Castilla cumplidos cinco meses. Pasó de esta vida a la eterna viernes a veinte y cinco de septiembre, a la hora del mediodía, siendo de edad de veinte y ocho años, ocho meses y tres días, habiendo un año y diez meses menos un día que fue alzado por rey de Castilla.

Significó su muerte un cometa muy amarillo que algunos días antes se vio encendido en el aire a la parte de poniente, y los reyes lo vieron estando en Tudela, cerca de Valladolid, de camino para Burgos.

Murió el rey quejándose de quien le había metido en aquellos trabajos con su suegro, y de no tener qué dar a los suyos. Mandó llevar su corazón a Bruselas y el cuerpo a Granada, y que las entrañas quedasen allí. Era gentil hombre, aunque algo grueso, de buen ánimo y de buen ingenio, liberal, que no sabía negar cosa que le pidiesen; y así, respondió a uno que le pedía cierto regimiento diciendo que no lo había dado porque no se lo había pedido: «y si me lo pidieron, yo lo di». Fue tanto lo que el rey don Felipe dio y enajenó de la Corona Real, que, después de muerto, a diez y ocho días del mes de diciembre de este año, en la casa de la Vega, cerca de la ciudad de Burgos, se despachó una cédula en nombre de la reina doña Juana en que revocaba y daba por nulas las mercedes y donaciones que estando en Flandes y en estos reinos hizo don Felipe por algunas causas a grandes y caballeros de alcabalas, rentas, tercias, maravedís de juro y de por vida, vasallos y jurisdicciones, y otras cosas, en diminución y daño del patrimonio real, y que algunas de estas mercedes fueron por ventas y por empeños y por otras causas, por haberse hecho sin saberlo la reina y sin su mandamiento. Lo cual no se pudo hacer ni tuvo vigor ni fuerza, pues se hizo sin su voluntad, siendo ella la reina y señora propietaria. Y así, lo revoca y anula, y da por ningunas las dichas mercedes, ventas y enajenaciones.

Sintió mucho esta muerte el Emperador, su padre, que le amaba tiernamente, porque demás de no tener otro hijo, era uno de los más bellos hombres de su tiempo, que por eso le llamaron Felipe el Hermoso. En el libro de la Caballería del Tusón lo he visto retratado al natural, al parecer de edad de diez y ocho años. Es por extremo hermoso, y así, dicen que, viéndole las damas francesas en París, tenían por dichosa la mujer que le había de llevar por marido. La reina doña Juana, su mujer, lo sintió con extremo, pues dicen que el sumo dolor y continuas lágrimas le estragaron el juicio más de lo que ella ya lo tenía alterado, y vivió así muchos años.

XXIII

Hijos que dejó. No quiere doña Juana reinar. Retírase a Tordesillas, y sírvenla.

Es muy notable lo que dicen de una vieja gallega, que cuando vio al rey don Felipe en Galicia tan hermoso y gallardo, diciéndole quién era, la vieja dijo que más caminos y más tiempo había de andar por Castilla muerto que vivo; y cumpliése, porque muchos años le trajo su mujer consigo en una arca betunada, y le tuvo en Torquemada y en Hornillos y Tordesillas hasta que lo llevaron a Granada. Depositaron su cuerpo en Miraflores, monasterio de Cartujos, de donde le sacó la reina para traerlo como digo.

Los hijos que dejó el rey Felipe el Hermoso, habidos en la reina doña Juana, fueron el príncipe don Carlos, el infante don Fernando, ambos emperadores, y abuelos de los reyes que tenemos. Las hijas fueron reinas de toda la Cristiandad; porque doña Leonor reinó en Portugal, después en Francia; doña Catalina fue mujer del rey don Juan de Portugal III, y suegra y tía del rey don Felipe II; doña María casó con Luis, rey de Bohemia y Hungría. Y fuera más fecundo el matrimonio de Felipe y Juana si Dios se sirviera de darle más vida.

La reina doña Juana, o por dolor o falta de juicio, viéndose sin marido, no quiso reinar. Retiróse a la villa de Tordesillas, donde pasó toda la vida, que fueron casi cincuenta años, sirviéndola gran parte de ellos, con fidelidad y amor, don Bernardo de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, que fue su mayordomo mayor; y después de él el marqués don Luis, su hijo, y don Fernando de Tovar, su primo, señor de la tierra de la Reina, que fue capitán de la guarda y cazador mayor de Su Alteza.

Desde este tiempo se puede muy bien contar el reino de don Carlos, aunque por gobernadores, porque don Carlos estaba en Flandes y en poder de madama Margarita, su tía y tutora. Y era tan niño, que no tenía más de seis años en éste de mil y quinientos y seis.

Años 15061507

XXIV

Velóse don Fernando con la Germana en Dueñas. Condiciones de la reina Germana

Retiróse el rey don Fernando a Nápoles, dejando a Castilla antes que su yerno muriese. Los castellanos llaman al rey don Fernando. Bandos en Castilla. Encárganse del gobierno del reino el cardenal de Toledo y otros. Lllaman al Rey Católico. Vuelve el rey don Fernando a Castilla. Parte la reina doña Juana de Burgos. Nace en Torquemada la infanta doña Catalina.

Velóse en este año, lunes a diez y ocho de marzo, día del Arcángel San Gabriel, el rey don Fernando con la reina Germana en la villa de Dueñas, queriendo remozar su vieja sangre con la juventud de la sobrina. Era la reina poco hermosa, algo coja, amiga mucho de holgarse y andar en banquetes, huertas y jardines y en fiestas. Introdujo esta señora en Castilla comidas soberbias, siendo los castellanos, y aun sus reyes, muy moderados en esto. Pasábansele pocos días que no convidase o fuese convidada. La que más gastaba en

fiestas y banquetes con ella era más su amiga. Año de mil y quinientos y once le hicieron en Burgos un banquete que de solos rábanos se gastaron mil maravedís. De este desorden tan grande se siguieron muertes, pendencias, que a muchos les causaba la muerte el demasiado comer.

El dote que trajo fue que si de ella el rey don Fernando hubiese algún hijo, el rey de Francia, tío de madama Germana, renunciaba en él el derecho que tenía al reino de Nápoles.

Como los reyes no se concertaban, aunque padre y hijos, acordó el rey don Fernando de retirarse a lo que era suyo. Diéronle los reyes de Castilla los maestrazgos con más tres cuentos de renta en estos reinos por toda su vida, según la Reina Católica lo había mandado en su testamento. Y con esto, el rey tomó el camino para Aragón antes la muerte del yerno. De Aragón partió el rey para Nápoles, por los respetos que en su historia se dicen, y en el camino supo la muerte del rey don Felipe y la necesidad que había en Castilla de su real persona, mas no quiso volver por la acedía que llevaba de la ingratitud de algunos castellanos.

Con la muerte del rey don Felipe y ausencia de don Fernando, hubo novedades en estos reinos, no queriendo obedecer a la justicia. Y entre muchos se levantaron bandos. El duque de Medinasidonia fue a combatir a Gibraltar. Armáronse contra el conde de Lemos, el duque de Alba y el conde de Benavente. Hubo otras parcialidades sangrientas en casi las más ciudades; llamando unos Carlos, otros Fernando y algunos Maximiliano, y muy pocos Juana. Por lo cual tomaron la gobernación el cardenal Jiménez, el condestable don Bernardino de Velasco y don Pedro Manrique, duque de Nájara, con consejo y voluntad de los más señores.

Hicieron presidente de los Consejos a don Alonso Suárez, obispo de Jaén, natural de la Fuente del Sauz, en el Obispado de Ávila, en compañía del doctor Tello y del licenciado Polanco y de otros grandes letrados. Hicieron Cortes, y en ellas, en nombre de la reina y de todo el reino, despacharon suplicando al rey don Fernando viniese a gobernar estos reinos que eran de su hija y nieto. Lo cual él dijo que haría, porque lo deseaba, en despachando los negocios que le habían llevado, a Nápoles.

Cumpliólo el rey así, y poniendo por virrey a don Juan de Aragón, conde de Ribagorza, dio la vuelta para España, trayendo consigo a la reina Germana, su mujer, y al Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, con todos los caballeros españoles que habían acompañado al rey.

Domingo veinte de diciembre partió la reina de Burgos, donde había estado después de la muerte del rey don Felipe, su marido. Estaba muy preñada ya, en días de parir. Llegó viernes a Torquemada, acompañándola el cardenal y otros grandes. Trajo consigo el cuerpo del rey, su marido, que mandó sacar de Miraflores, y púsolo en la iglesia de Torquemada, acompañándole muchos frailes franciscos que cada día le decían vigiliyas y misas; y vino el prior de Miraflores con algunos monjes cartujos. De esta manera trajo la reina el cuerpo del rey don Felipe hasta que asentó en Tordesillas.

Posó la reina en Torquemada, en las casas de un clérigo que estaban cerca de la puerta que sale a la puente sobre el río, que ha pocos años se hundieron y servían en nuestros días de mesón. Detúvose aquí hasta 14 de enero, jueves, año 1507, en el cual día parió a la infanta doña Catalina entre las cinco y las seis de la mañana; y con esto, estuvo la reina en Torquemada hasta mediado abril, y de allí se vino a Hornillos.

Casó este año Francisco, duque de Angulema, con Claudia, hija del rey Luis de Francia y duquesa de Bretaña, que estaba prometida al príncipe don Carlos, y vinieron a Valladolid embajadores franceses con disculpas de su rey, descargándole de la falta que en esto había hecho. En este año de 1506, en el mes de mayo, en Valladolid, murió el almirante de las Indias, don Cristóbal Colón, varón señalado y digno de memoria, a quien la Corona de Castilla debe el ser señora y conquistadora del Nuevo Mundo.

XXV

Corren y dañan corsarios la costa de Granada. Jornada del rey don Fernando de Nápoles a Castilla. Capelo a fray Francisco Jiménez

Con la ausencia del rey don Fernando y falta del rey don Felipe, y como las costas de España estaban sin armas, tuvieron ocasión los moros berberiscos cosarios para correr y robar la costa del reino de Granada, teniendo inteligencias y avisos de los moros naturales de España, que también salteaban y robaban en los caminos, prendiendo los cristianos que vendían a los cosarios.

Pasaron el estrecho haciendo mucho daño. Quiso Dios que diesen al través cerca de Sanlúcar de Barrameda, donde perdieron veinte y una fustas y seiscientos hombres, con que volvieron destrozados. Partió de Nápoles el rey don Fernando viernes a 4 de julio, con veinte fustas y galeras y diez y seis naves. Forzóle el viento a tocar en Génova; de ahí pasó a Saona, donde le esperaba el rey Luis de Francia con deseo de verle, y a la reina Germana su sobrina.

Entró el rey Luis en la galera donde venían los reyes, para sacarlos a tierra, y les hizo muchas fiestas y los favores que las historias dicen que el rey Luis hizo al Gran Capitán Gonzalo Fernández, habiendo recibido muy malas obras de él, que son fuerzas que la virtud tiene aún en los pechos enemigos.

Desembarcó el rey en Valencia, día de Nuestra Señora de Agosto, y lunes 23 entró en Almansa, y sábado 28 de agosto en Tórtoles, donde luego vino la reina doña Juana, su hija, que estaba en Hornillos. El rey recibió a su hija con amor de padre, y ella a él con mucho acatamiento, que aunque esta señora tenía el mal que he dicho, nunca perdió el respeto debido a su padre, honrándole y obedeciéndole con toda humildad y buen conocimiento, ni se le oyeron otras palabras descompuestas cuales suelen decir los que tienen tales faltas.

A dos de septiembre visitó la reina Germana a la reina doña Juana y, aunque madrastra, le pidió la mano para besársela; y estuvieron juntos los reyes hasta fin de septiembre. Partieron a Santa María del Campo, donde se trajo el capelo para el cardenal fray Francisco Jiménez, arzobispo de Toledo, título de Santa Sabina, y se celebraron las solemnidades en un lugar que se dice Mahamum, donde también hizo el rey don Fernando el cabo de año del rey don Felipe.

A ocho de octubre partieron los reyes de Santa María del Campo y vinieron a Arcos, y quedó allí la reina. Quisiera el rey sacar a la reina de Arcos, y ponerla en otro lugar más autorizado, pero ella no quiso. Y habiendo de ser lo que ella quería, el rey dejó en su guarda gente de armas a caballo, y por capitán a don Diego de Castilla, hijo de don Sancho de Castilla, que fue ayo del príncipe don Juan. Y por mayordomo y gobernador quedó mosén Ferrer, caballero aragonés, y para acompañar y autorizar la casa de la reina, el obispo de Málaga, que era capellán mayor de la reina y había estado con ella en Flandes, como dije, y fue un insigne varón. Y siendo obispo de Cuenca fundó el Colegio que por eso se llama de Cuenca, en Salamanca, uno de los cuatro mayores, de donde han salido tantos y tan señalados varones. Quedó asimismo con la reina don Diego de Muros, obispo de Tuy, y otras personas de cuenta, varones de autoridad, y doña María de Ulloa, madre del conde de Salinas, hija de Rodrigo de Ulloa, contador mayor de Castilla.

Esto así ordenado, el rey pasó a Burgos y estuvo allí hasta fin del año. Padeció España este año una grandísima hambre y pestilencia.

Año 1508

XXVI

Prende el marqués de Pliego un alcalde de Corte en Córdoba. Va el rey a castigar al marqués

El rey don Fernando, con el infante su nieto, estaban en Burgos; la reina doña Juana, en los Arcos, donde el rey acudía a menudo. Allí le vino aviso cómo el marqués de Pliego, don Pedro Fernández de Córdoba, hijo de don Alonso de Aguilar, el que desdichada y valientemente murió en Sierra Bermeja, había prendido al alcalde Fernán Gómez de Herrera, el de Madrid, en Córdoba, y lo había enviado con guardas a la fortaleza de Montilla, porque el alcalde había ido a Córdoba por mandado del rey a hacer justicia en cierto caso.

Atrevióse el marqués a esto por ser mozo y verse querido y estimado en Córdoba y por toda la Andalucía. Y así, se arrojó a otro atrevimiento mayor, estando el rey en Nápoles, que fue soltar, rompiendo las cárceles de la Inquisición, muchos presos herejes; y salióse con ello sin haber quien se atreviese contra él.

Informado el rey de los delitos, y muy enojado de lo que el marqués atrevidamente había hecho, partió para Valladolid en el mes de julio y fue a Mahamum, y detúvose allí cinco

días esperando a la reina, y volvió a Arcos y tomó al infante don Fernando, su nieto, consigo, y caminó para Córdoba llevando el camino de Olmedo, el Espinar, Guadarrama y Toledo. Estuvo en Toledo seis días. De ahí partió martes 28 de agosto, y fue por las huertas y por el molinillo y Ciudad Real, Caracuel, Petroche y Damuz, y entró en Córdoba día de Nuestra Señora de Septiembre; y estuvo allí todo este mes, tratando de castigar al marqués, y porque se humilió y conoció su culpa se le mostró benigno. Mandóle estar preso cinco leguas fuera de Córdoba y que el Consejo Real conociese de su culpa, por lo cual le condenaron en perdimiento de los oficios, juros y tenencias que tenía de la corona real, que era mucho, y que la fortaleza de Montilla, por haber detenido en ella al alcalde, se desmantelase y en otras penas pecuniarias.

Y a otros que habían sido cómplices ayudantes en el delito, condenaron a muerte y destierros y les confiscaron los bienes. Derribaron y sembraron las casas de sal y el destierro del marqués quedó a voluntad del rey. Ésta se aplacó presto, y se le alzó el destierro y volvieron la mayor parte de las cosas que se le habían quitado, favoreciéndole la reina Germana y el Gran Capitán y otros grandes de Castilla.

Partió el rey don Fernando de Córdoba para Sevilla. Mandó venir allí al duque de Medina Sidonia, que no tenía más de trece o catorce años de edad. Mostróle el rey mucho amor. Estaba desposado el duque con la hija del conde de Ureña, que agora son duques de Osuna, y los Girones sospecharon que el rey lo quería casar con otra, y por esta sospecha, don Pedro Girón, hijo del conde de Ureña, de quien habrá de aquí adelante memoria, que era gobernador del estado de Medina Sidonia, le sacó una noche de Sevilla y huyeron ambos a Portugal, donde estuvieron algún tiempo. Enojóse mucho el rey de lo que don Pedro había hecho, y luego mandó tomar todas las fortalezas del estado de Medina Sidonia y poner en ellas alcaides por la reina y su hija.

Y como fuese un alcalde a Niebla para tomarla, la villa comenzó a resistir. Hiciéronle requerimientos que se allanase. Y estando rebelde, mandó el rey ir contra ella dos mil hombres de guerra, los cuales entraron en la villa por fuerza y saqueáronla, y el alcalde que iba en el ejército ahorcó algunos de los culpados. Luego se rindió la fortaleza y otros lugares, y el rey puso gobernadores en todos. Y a don fray Diego de Deza, fraile de Santo Domingo, que fue arzobispo de Sevilla y inquisidor general, maestro del príncipe don Juan, puso por gobernador de todo el estado de Medina Sidonia. Y en fin de este año, el rey se volvió para Valladolid.

XXVII

Va el conde Pedro Navarro contra Berbería. Toma el peñón de Velez. Socorre a Arcila

Andaban los cosarios de Berbería atrevidamente robando la costa de Granada, porque les corrían muy buenos intereses de los asaltos que hacían, y valíanse de los mismos moros naturales de la tierra. Mandó el rey que saliese contra ellos el conde don Pedro Navarro, que fue uno de los grandes capitanes que nacieron en España, aunque acabó

miserablemente por no permanecer en la fe debida a su rey y señor natural. Y siguiólos hasta la costa de Berbería.

De camino, tomó el Peñón de Velez de la Gomera, refugio de cosarios, favoreciéndose mucho del rey de Fez. Hizo el conde en el Peñón una fortaleza, donde puso presidió de españoles. De ahí pasó el estrecho a socorrer a Arcila, que la tenían cercada gentes del rey de Fez: tantos, que llegaron a ser cien mil hombres los cercadores; con la presencia del rey hízolos el conde retirar a golpes de artillería, que como la costa es baja y rasa hacían pedazos a muchos.

Era la ciudad de Arcila del rey de Portugal desde el año de mil y cuatrocientos y setenta y uno, que la ganó el rey don Alonso el V, y estaba entonces en ella don Vasco Coutiño, conde de Borba. Y si bien es verdad que hizo su deber como valiente capitán y generoso caballero, la potencia del enemigo era tanta, que perdió la villa vieja y nueva, y llegó a partido con el rey de Fez, que si no fuese socorrido dentro de tres días entregaría el castillo. Llegó don Juan de Meneses con socorro de Portugal, luego después del conde Pedro Navarro, y libróse de la ciudad que por ser de tanta importancia se aprestó para pasar a socorrerla el mismo rey don Manuel de Portugal. Y también el Rey Católico enviaba a don Antonio de Fonseca con gruesa armada. Quiso Dios que no fuesen menester estos socorros, dando vitoria a los suyos.

Año 1509

XXVIII

La reina doña Juana, en Tordesillas. Nace en Valladolid doña Juliana Ángela de Velasco, nieta del Rey Católico. Parto mal gozado de la reina Germana en Valladolid. Fiestas en Valladolid por el casamiento de doña Catalina, reina de Inglaterra.

Contento vivía el rey don Fernando porque la reina Germana, su mujer, estaba preñada y tenía grandes esperanzas de un hijo con quien las Coronas de Aragón se pudiesen apartar de Castilla. Volvió el rey del Andalucía por el camino de la Plata, Alba, Salamanca, Medina del Campo, y entró en Valladolid por el mes de hebrero. Pasó a Arcos y trajo a la reina su hija a Tordesillas, donde quedó de allí adelante hasta la muerte. Y el rey volvió a Valladolid, do quiso hallarse a los diez y ocho de marzo para honrar el parto de su hija doña Juana de Aragón, mujer de don Bernardino de Velasco, condestable de Castilla y de León. La cual parió este día a doña Juliana Ángela de Aragón, que después se casó con su primo don Pedro Fernández de Velasco, conde de Haro, hijo del condestable don Iñigo Fernández de Velasco, y de su mujer doña María de Tovar, hija de Luis de Tovar, marqués de Berlanga. Y a tres de mayo, día de Santa Cruz, jueves, entre la una y las dos, en las casas del almirante parió la reina Germana al príncipe don Juan de Aragón, que después de habérsele dado el agua santa del bautismo, murió dentro de una hora, que tenía de edad. Fue depositado el cuerpo en el monasterio de San Pablo, y de ahí le llevaron al monasterio de Poblete, de la orden de Císter, en Cataluña.

Consolóse presto el rey don Fernando de esta pérdida, o por esperar de cobrarla o por estar contento con tales nietos como tenía: porque el día de San Juan quiso jugar cañas con todos sus buenos años y regocijó mucho la fiesta en Valladolid. La causa fue que en Inglaterra se había casado su hija doña Catalina, princesa de Gales, viuda del príncipe Eduardo, con don Enrique, rey de Inglaterra, hermano del difunto. Y en el mismo día de San Juan se hizo en Londres la coronación y fiesta de la boda, que años adelante repudió Enrique, con torpes deseos y mala vida.

XXIX

Cosarios de Berbería

Diferentes corrían las cosas en el agua; porque de África salían tantos cosarios que no se podía navegar ni vivir en las costas de España. El Rey Católico deseaba sumamente echar la guerra en África y aun pasar él en persona a ella. Deteníanle los temores y recelos de Italia, no diese con su ausencia ocasión a nuevos movimientos en ella.

Con todo, juntó hasta catorce mil hombres de pelea, todos españoles, y una gruesa armada muy bien bastecida. Mandó hacer de la gente dos batallones, uno de cinco mil infantes, que envió en favor del papa Julio, que tenía guerra con venecianos, los cuales llegaron a Nápoles y juntándose en la Pulla con la gente del Papa, peleó con Camilo, cosario turco, donde se perdieron tres galeras por pelear unas tras otras. El otro tercio batallón tenía siete mil infantes que fueron contra Berbería, y por capitán general Pedro Navarro, conde de Oliveto, y por asombrar más a los berberiscos echaron fama que el rey en persona quería pasar en Berbería.

XXX

Jornada contra Berbería. Conquista de Orán. Motín en el campo. Ganan los españoles la ciudad de Orán. Caballeros señalados que conquistaron a Orán. Desafío singular entre don Alonso de Granada y un infante moro

Importaba la jornada el bien y sosiego de España. Y el coste se sacó de la Cruzada que el Papa había concedido. Y por esto fue el principal de ella el cardenal de Toledo, fray Francisco Jiménez, el cual suplicó al rey que pasase en aquella armada contra los moros, ofreciéndole prestados muchos dineros. El rey, que ya deseaba ver al cardenal fuera de Castilla, le dijo que fuese él, y húbolo de hacer, y el oficio de general. Y en el poder y patente de capitán general, que a 20 de agosto en Toledo, año 1508, el rey dio al cardenal para que hiciese esta jornada y los aprestos necesarios a ella, dice: *Que por el servicio de Dios y por evitar los males y daños que los moros de allende hacían cada día en estos reinos, especialmente en las partes del reino de Granada y Andalucía, había acordado de hacer y proseguir poderosamente la guerra contra los dichos moros de allende. Y que con el mismo fin el reverendísimo cardenal de España, arzobispo de Toledo, quería*

ayudar en esta santa empresa y personalmente ir como general de ella. Por lo cual tenía acordado de darle esta carta.

Llevó el cardenal consigo don Rodrigo Moscoso, conde de Altamira, y a Pedro Arias de Ávila, el Justador, de los más valientes de su tiempo, y a otros muy señalados caballeros, que por ser la empresa tan santa y honrosa se ofrecieron. Partió la armada del puerto de Cartagena y llegó sin recibir daño a tomar tierra en África sobre Mazalquivir. El arzobispo, para justificar más la guerra, ofreció partido a los moros antes de hacerles daño, que diesen los cristianos cautivos; donde no, que se aparejasen para la guerra. Los moros no curaron de las amenazas.

Favoreció mucho el alcalde de los Donceles para que toda la gente desembarcase sin que los enemigos lo pudiesen estorbar. Levantóse un motín entre los soldados, diciendo a grandes voces: *Paga, paga, que rico es el fraile*. El cardenal temió, y metióse en la fortaleza, dejando hacer a los capitanes, que, siguiendo la orden del conde Pedro Navarro, se pusieron en escuadrón y subieron una montañuela, escaramuzando con los moros que de Orán y su tierra habían salido. Fueron vencidos los moros en la escaramuza que se trabó muy reñida, y retirándose al lugar los de dentro, temiendo que a revueltas de los suyos entrarían los enemigos, cerraron las puertas; pero los españoles, siguiendo la vitoria, arrimaron escalas y subieron por ellas. Otros, con suma diligencia, trepaban por las lanzas y picas a vistas de los moros, y a pesar suyo se pusieron sobre los muros y entraron en la ciudad y la saquearon en dos horas, jueves, día de la Ascensión, a diez y siete de mayo de este año de mil y quinientos y nueve.

En tanto que el arzobispo conquistaba a Orán, estaba en San Francisco de Valladolid el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, recogido y rezando, que sus oraciones valían ya con Dios como las armas valieron en la tierra, y sus manos, levantadas al cielo, como las de Moisés. Murieron en el campo y en la ciudad más de cinco mil moros, y prendiéronse otros tantos, sin faltar de los cristianos treinta. Sacaron de cautiverio más de cuatrocientos. De esta manera y con esta brevedad se ganó la ciudad de Orán y se ha conservado hasta hoy día en poder de españoles.

Los caballeros principales que se hallaron en esta conquista como capitanes generales, si bien reconociendo todo es uno, de la gente que las provincias y ciudades de España dieron, fueron don Rodrigo de Moscoso, conde de Altamira, con la gente de Galicia; don Alonso de Granada y Venegas, señor de Campotejar, y alguacil mayor de Granada, con la gente de Granada: Pedro Arias de Ávila, con la gente de Toledo; Juan de Espinosa, con la gente de Montaña; todos varones esclarecidos con vitorias ganadas en guerras, como dice Gómez de Castro en su Corónica, folio 3.

Aquí hubo un notable desafío, que un infante moro. llamado Muley Amida, hijo del rey de la Gomera, hizo contra cualquiera que del ejército cristiano quisiese de cuerpo a cuerpo pelear con él. Salió don Alonso de Granada y peleó con el moro, que era muy valiente y diestro jinete, y don Alonso lo venció y cortó la cabeza, quedando él herido en un muslo, pero no de manera que en esta y otras ocasiones este caballero no sirviese a Dios y al rey como valiente y generoso

XXXI

Universidad de Alcalá. Desabrimiento de las indias. Pregónase en Valladolid la Liga de Cambray

Diose luego aviso al Rey Católico de la toma de Orán y holgó grandemente de ella, y en España hicieron muchos regocijos, no por los intereses que al reino traía Orán, sino por los daños y trabajos que se evitaron en las costas de España quitando una cueva de corsarios ladrones. El cardenal dejó en Orán, por mandado del rey, al alcalde de los Donceles con título de capitán general de Berbería.

Con esta vitoria volvió muy gozoso el cardenal a España, donde tuvo algunos desabrimientos con el Rey Católico, sospechoso siempre al fraile de que no le hacía merced, y la ocasión que para esto hubo fue que quisiera el rey que el cardenal dejara el arzobispado de Toledo para don Juan de Aragón, su hijo bastardo, y que tomara en recompensa el de Zaragoza. Mas el bueno del fraile halló ser mejor lo de Toledo que la gracia de un rey viejo y codicioso. Fundó en este año la insigne Universidad de Alcalá de Henares, obra verdaderamente real y de las señaladas de la Cristiandad, y puso la primera piedra del edificio.

En este año hicieron los españoles algunos descubrimientos y conquistas en las Indias. Hay historias particulares de ellos y a esta no toca más que caminar a priesa en busca del emperador Carlos Quinto, si bien adelante haré una breve relación de esta maravillosa conquista.

En este año de mil y quinientos y nueve, en la iglesia mayor de Valladolid, diciendo la misa el obispo de Palencia, publicó la liga de Cambray. Juráronla el rey por sí y por la reina su hija; por el Papa, su nuncio Juan Rufo, obispo de Britonoro; por el príncipe don Carlos, Mercurino de Gatinara; por el rey de Francia, el señor de Guisa, y los embajadores del emperador Maximiliano.

Año 1510

XXXII

Corre la armada española la costa de Berbería. Da la armada española sobre Bugía. Cura maravillosa que cirujanos hicieron en el rey moro de Bugía

Luego que el cardenal dio la vuelta para España, el conde Pedro Navarro fue a invernar a la Formentera siguiendo el orden que el Rey Católico le había dado.

Allí se rehízo de gente, armas, navíos y bastimentos, que todos se iban a él por la fama que volaba de su buena ventura. Llevaba consigo los soldados que acababan de ganar a Orán, y los caballeros, el conde de Altamira, don Rodrigo de Moscoso, don Francisco de

Benavides, conde Santisteban del Puerto, Diego de Vera, que fue insigne capitán en este tiempo lo era de la artillería; Diego de Guzmán, dos hijos de Alonso Enríquez de Salamanca, Pedrarias de Ávila y otros muchos señalados caballeros españoles.

Partió pues, de la Formentera el conde con su armada, día de año nuevo, y amaneció sobre Bugía la Pascua de los Reyes de este año de mil y quinientos y diez. Salieron el conde y Diego de Vera a reconocer la desembarcación o surgidero, y mandó que aquella noche saltasen en tierra todos los caballeros y soldados con la artillería, armas, munición y bastimentos. Puso luego la gente en orden, formando el ejército en dos escuadrones para el uno acometiese por mar y el otro por tierra, porque Bugía está sentada en una ladera de una gran cuesta. En plantando el artillería comenzó de jugar de mampuesto.

La cerca era flaca, y así fue fácil abrirla. Arremetieron luego los soldados y entraron en el lugar, porque resistieron flacamente los que en él estaban. La mayor pelea y mortandad fue en las calles, donde los de Bugía fueron maltratados y vencidos, porque eran poco cursados en la guerra y mucho en deleites y vida regalada, mal dañoso para el uso de las armas. Y así, se salieron de la ciudad huyendo, dejando en ella muchas cosas ricas, porque con el miedo no curaban de más que salvar las vidas. Hizo el conde en esta jornada más de lo que quería, porque el orden e intento que llevaba era hacer asiento con el rey de Bugía para que no acogiese cosarios en su tierra, y que si no quisiese, le combatiere y tomase la ciudad. Tuvo el conde aviso, luego que llegó, por un hombre que había sido siete veces moro y otras tantas mal cristiano, que había pestilencia en la ciudad, disensiones y bandos capitales entre Abderhamen y Abdalla, tío y sobrino, sobre cuál sería rey, Muley Abdalla era hijo de Muley Abdal haziz, que fue rey de Bugía. Muley Abderhamen era rey de los barbaruces, como se vio en los capítulos de paz que con ellos hizo Antonio de Rabaneda. Pero, el Abderhamen se alzó con el reino, siendo tutor de Abdalla, y le quemó los ojos con una plancha de hierro ardiendo, uso bestial y cruel entre aquellos bárbaros, y lo usaron inhumanamente los reyes antiguos de España, tomándolo de los moros sus vecinos, como tomaban los trajes y costumbres, que tales daños causa una mala vecindad.

Muley Abdalla se soltó cuando los españoles entraron en la ciudad, y de ahí a pocos días se vino con hasta veinte hombres al conde, ofreciéndose por amigo y tributario del rey de España. El conde lo recibió con mucha cortesía y muestras de amor, y mandó que los cirujanos del ejército vieses si se podría curar el mal que el fuego le había hecho en los ojos, y ellos le curaron en pocos días porque sólo tenía pegados los párpados y no lisiada la vista. Tuvieron a milagro esta cura los moros, por donde parece que los alarbes no saben de medicina lo que solían. Abdalla, alegre por haber cobrado la vista, y agradecido por la buena obra, y ganoso de vengarse, pensando también quedar por rey, dijo al conde dónde estaba Abderhamen, y la gente y ropa que tenía.

El conde, guiado por los de Abdalla, fue con quinientos hombres cuatro leguas de Bugía, caminando de noche por no ser sentido. No bastó el recato, porque vivían con cuidado, y antes del alba fue sentido, porque el coronel Santiago y Diego de Vera, que iban delante con los arcabuceros, tocaron al arma pensando que los garrobos eran pabellones. El conde, conociendo el yerro de sus capitanes, dióse prisa a caminar por coger los

enemigos antes que se armasen ni alzasen la ropa. Abderhamen estaba en fuerte lugar y tenía infinitos moros alarbes, y aunque oyó tocar al arma, no curó de ella al principio, creyendo ser algunos jeques que con regocijo o ejercicio de armas hacían aquel ruido, que de los españoles seguro pensaba estar. Mas cuando se revolvió ya los tenía encima. Peleó gran rato desde fuerte puesto, pero al fin huyó, dejando la ropa, por la vida, de los españoles. Unos le siguieron hasta lo alto de la sierra y otros dieron sacomano al Real.

Murieron cinco mil moros y entre ellos el Mezuar, que es justicia mayor, y quedaron cautivos seiscientos. Y tal moro hubo en ellos, que se rescató en mil tripolinos. Tomáronse trescientos camellos y otras tantas vacas con muchas reses menores, y gran número de caballos no mal enjaezados, y algunas acémilas y sedas y paños y plata labrada. El alférez de don Diego Pacheco hubo, por aviso de un criado, la vajilla de Abderhamen, que valió cinco mil ducados; fue mayor, por concluir, el despojo del Real que el de la ciudad. Estimóse mucho aquella vitoria, porque no faltó más de un español; los demás volvieron cansados, hambrientos y con los pies corriendo sangre de unos cardos que llaman arrecafes. Y un marroquín que ya le decían obispo de Bugía, salió a recibirlos en procesión.

XXXIII

Desgraciada muerte del conde de Altamira, don Rodrigo Moscoso. Los de Argel dan parias al rey de Castilla

Deshizo el triunfo y regocijo de la victoria de Abderhamen y toma de Bugía, la desastrada muerte del conde de Altamira, que como buen caballero se había señalado mucho en aquellas guerras de África. Cuentan de dos maneras esta desgracia; que en casa de Muley Abdalla, que era en el arrabal, jugaban a la ballesta ciertos caballeros españoles, y un criado del conde de Altamira, que le servía en el juego, se descuidó al tiempo que le daba la ballesta armada y con una saeta; apretó la llave y disparó y lo mató. Caso lastimoso y que dolió mucho a todos. Fray Álvaro Osorio, hermano del conde, dice que murió en el combate, yendo detrás el conde, por la parte de la sierra, un su criado con la ballesta armada, y cayó y disparóse la ballesta y hirió al conde en una pierna, de la cual herida murió de ahí a once días en la ciudad de Bugía, mediado enero. El conde perdonó antes que de morir al mozo de espuelas, rogando a Pedro Navarro no le hiciese mal ni castigo, pues no lo hizo a mal hacer. Pero el mozo, como leal, quedó tan triste y lastimado, que publicando ir a Jerusalén nunca más pareció. Mandó pregonar el conde Pedro Navarro que todos trajesen a montón el despojo del real de Abderhamen, porque a todos cupiese parte. Despachó uno de los jeques a Argel, que libertase los cristianos cautivos, que los más eran españoles, dándose por amigo del rey don Fernando con algunas parias.

Los de Argel holgaron de pagar al rey de Castilla lo que pagaban al rey de Bugía, porque no fuese sobre ellos la armada, y soltaron los cautivos que había. En la ciudad alzaron pendones con las armas de Castilla y Aragón y diéronse por tributarios con otros dos o tres lugares.

Los vecinos de Bugía se volvieron a sus casas, viendo que los españoles no les hacían mal, aunque Abderhamen no vino, antes andaba corriendo el campo con muchos alarbes a caballo, y haciendo mal a Guitar, Teudeles y otros lugares de por allí que se habían entregado a los españoles. El conde envió al coronel Diego de Palencia con ochocientos soldados por bastimentos y munición a Nápoles, y puso por su lugarteniente, con buena guarnición, a Gonzalo Marino de Rivera. Escribió al Rey Católico lo que había pasado, enviándole presente y carta de Muley Abdalla, y también de Abderhamen (si bien es verdad que andaba remontado), para capitular con él. Y como morían muchos españoles con el excesivo calor de aquella tierra, que era por mayo, y por estar la ciudad inficionada, se partió de Bugía sin esperar respuesta del rey.

XXXIV

Guerra de Julio II con venecianos. Da el Papa la investidura de Nápoles al Rey Católico. Socorre el Rey Católico al Papa

Este año de 1510 era pontífice Julio segundo. Viose muy fatigado en guerras que tuvo con venecianos y los anatematizó; después se reconciliaron, y el Papa tuvo grandes pasiones con el rey de Francia, Luis XII, y volvió las armas espirituales y temporales contra él y contra unos cardenales, de quien se valía el de Francia, y los anatematizó. Hizo leva de gente y les movió la guerra, ligándose con venecianos y procurando la amistad y ayuda de españoles.

Para esto escribió muy encarescidamente al Rey Católico, pidiéndole, como a tal, que tomase la defensa de la Iglesia contra los que la perseguían. Y por hacer venir en esto de mejor gana, envióle la investidura y título del reino de Nápoles con moderado tributo, que hasta entonces aún no lo tenía.

Holgó el Rey Católico mucho con la investidura y con que se le ofreciese ocasión en que mostrarse particular amigo del Papa y defensor de la Iglesia. Y así escribió luego al virrey don Ramón de Cardona que favoreciese la causa del Pontífice con todas las fuerzas posibles, y mandó a Fabricio Colona se juntase con la gente del Pontífice, con cuatrocientos hombres de armas, y que la infantería española que estaba en África pasase a Italia en favor del Papa.

XXXV

Cortes en Monzón. Orden y servicio de la Casa Real en Tordesillas

Este año tuvo el rey don Fernando Cortes en Monzón, y vino a Tordesillas en el mes de noviembre a visitar a la reina doña Juana su hija, y ordenó su manera de vivir con acuerdo de los grandes de Castilla. Puso en su servicio doce mujeres nobles para que mirasen por ella y la vistiesen, aunque fuese contra voluntad de la reina, que no quería sino andar sucia y rota y dormir en el suelo sin mudar camisa, de suerte que no se trataba

como persona real. Lo cual se remedio en alguna manera, porque las mujeres la forzaban cuando ella, por su porfía y falta de juicio, no quería.

Estuvo el rey con su hija en Tordesillas veinte días, y allí, como juez árbitro, pronunció sentencia entre don Enrique de Guzmán y el conde de Alba de Liste sobre el Estado y casa de Medina Sidonia, para que quedase con el duque y él diese al conde ciertos cuentos de maravedís. Asimismo dio otra sentencia entre el dicho duque de Medina Sidonia y don Francisco Fernández de la Cueva, duque de Alburquerque, sobre la villa de Gimena, para que quedase con el duque de Medina y él diese ciertos cuentos de maravedís al de Alburquerque.

De Tordesillas volvió el rey a Madrid, donde estaban los del Consejo Real, y estuvo allí hasta el fin de este año. Fue notable la inquietud y espíritu de caminar del Rey Católico, y así le alcanzó la muerte en un mesón y aldea muy pobre

XXXVI

Capitulaciones con los de Bugía y barbaruces. Destruyen los moros con rabia a Bugía

Regocijóse mucho en España la vitoria de Pedro Navarro, y el Rey Católico despachó luego a Alonso de Rabaneda con poder que le dio para capitular con los reyes de Bugía y barbaruces. Fue allá Rabaneda, y con acuerdo y parecer de Gonzalo Marino y Alonso de Tejada y de los otros capitanes que allí estaban, trató de concertarse con Abderhamen, que si bien poderoso, quería paz, y con Abdalla, que pedía misericordia.

Capituló con ellos, entre otras cosas, que se hiciesen dos fortalezas, a costa de la ciudad, y que las tuviesen españoles, que les diesen cada año tres mil y seiscientas hanegas de trigo para sustento de los soldados, a precio justo y conveniente, mil cargas de cebada y otras tantas de leña, mil carneros, cincuenta vacas y otras cincuenta hanegas de habas. Y que Muley Abderhamen, como más rico, enviase cada un año al rey de Castilla tres halcones en parias, tres caballos y tres camellos.

Para cumplimiento y seguridad del concierto dio Abdalla en rehenes a su hijo mayor Hamet, que después fue cristiano, y Abderhamen dio a Mahamet el Blanco, que lo había habido de una cristiana, el cual se bautizó en Mallorca y se llamó Hernando, en gracia del Rey Católico, a cuyo poder venía, y se nombró el infante de Bugía.

No mucho después de aquestas capitulaciones riñeron dos jeques, los cuales llamaron a Abderhamen que los concertase y hiciese amigos. El fue, y estando tratando las amistades en una huerta, se levantó un ruido hechizo, a lo que se sospechó, y un muchacho lo hirió con un dardo en la tetilla, de que murió.

Sucedió Muley Helgalech en el reino y en la amistad con españoles. Abdalla quebró las paces con enojo y envidia, porque los españoles hacían más caso de Alguallech que de él, y rebelóse apellidando libertad y Alcorán. Siguiéronle muchos, y así hubo guerra sobre

los tributos. Un día se revolvieron los españoles con ellos y mataron a muchos sobre no traer las cargas de leña que eran obligados. Por la muerte de aquéllos y porque sospechaban que los cristianos trataban con sus mujeres, rabiando de celos, pusieron ellos mismos fuego a la ciudad por muchas partes, con voluntad de todos, y la dejaron quemar, sacando sus haciendas. De esta manera se despobló gran parte de Bugía, que era pueblo de casi ocho mil casas y de gentiles edificios a lo romano y a la morisca, noble, rico y con escuelas de las Facultades que los moros usan, que son filosofía, medecina y astrología. Por lo cual era nombrada esta ciudad y tenía fama entre los africanos.

XXXVII

*Va el conde Pedro Navarro a la Fabiana. Multitud de venados en tierra de la Fabiana.
Toman los españoles a Trípol*

De Bugía fue el conde Pedro Navarro a la Fabiana, una isleta cerca de Sicilia, a esperar al coronel Diego de Valencia, que era ido a Nápoles para traer munición y bastimentos de que había falta en la flota. Estuvo allí un mes el conde esperando a este capitán, proveyendo la armada de agua y leña que no tiene Trípol. Mataron los del ejército, en aquel poco de tiempo, si se ha de dar crédito a los que dicen que lo vieron, seis mil venados y otras tantas salvajinas, y más de sesenta mil conejos, y todo a palos y a manos, con ojeo. Baja la Fabiana ocho leguas; es toda de montes y sierras de arboledas. No tiene sino un castillejo; es abundante, según parece, de caza, de cera y miel.

Luego que llegó Diego de Valencia, partió el conde, y pasando por Pantanalea y Malta (que aún no estaban los caballeros en ella), vieron una cometa al Poniente, que declinaba al mediodía, y tomaron dél buen agüero los soldados y marineros. Estaban a cuatro leguas de Trípol, y no lo devisaban por ser tan baja por allí la tierra, y así es peligrosa la navegación, por tener pocas ondas. Envió el conde al coronel Bionelo, veneciano y caballero de Alcántara, hombre práctico en aquella costa, a espiar con una galera el puerto y la tierra. Él se acogió a tierra y se acostó, y cogió ciertos hombres, que dijeron cómo los de Trípol había ya veinte y cinco días que sabían la pérdida de Bugía y de Orán, que se lo habían dicho unos genoveses; y así, sacaron cinco mil camellos cargados de ropa, y lo más precioso, y lo habían llevado a la sierra y montes, lejos de la marina, y que habían convocado los pueblos comarcanos en defensa de la ciudad, y que cerraban las puertas de ella confiados en la altura de los muros, viendo asomar la flota.

Oyendo el coronel esto, volvió al general y se dio luego orden que saltasen en las galeras todos los soldados que cupiesen, y en las fustas y bergantines y en todos los barcos que se gobernaban con remos, para que con facilidad y presteza tomasen tierra. Amaneció la flota una legua pasada de Trípol, día de Santiago de este año de mil y quinientos y diez, porque con la obscuridad de la noche habían perdido el desembarcadero por mucho descuido de los pilotos; y así, mientras volvieron a ganar esta legua, tuvieron lugar de armarse los de Trípol y salieron a impedir la desembarcación. Presumieron de pelear a caballo, y eran muchos los de a pie, moros alarbes, berberuces, jeques y otros famosos, y tenían tiros de hierro. Las galeras ojeaban a cañonazos los moros, para desviarlos de la

lengua del agua, entre tanto que desembarcaban algunos soldados. Y luego, los desembarcados, con los arcabuces y ballestas, los hicieron volver atrás muy de paso, y dieron lugar para desembarcar toda la otra gente y caballos, artillería, escalas y municiones. Hizo el conde dos batallones de su gente, que serían por todos quince mil. Quedóse él con el batallón mayor y envió el otro delante con los coroneles don Diego Pacheco y Juan de Arriaga, Juan Salgado, y Ávila, con cada mil soldados para que escaramuzasen con los enemigos, y prometiéndoles toda la ropa de mercaderes si Trípol se tomaba, y parte de los esclavos. Ellos entretuvieron los enemigos con la escaramuza hasta que llegó el conde al lugar, y serían las nueve de la mañana.

Comenzó luego el combate, y a las once se les dio tan recio asalto, que subieron muchos por escalas encima de los muros, y se arrojaron dentro, si bien eran altas las paredes, por las picas, y sin ellas. Pelearon por las calles con los moros tanto, que descansaban a ratos, y murieran todos los españoles si tardaran poco más en abrir las puertas. Los de dentro mataron algunos y descalabraron muchos con piedras y fuego que lanzaron desde los muros, y en las calles mataron más de ciento. Como el conde entró, no pudieron sufrir la carga que les dieron, y así se retiraron, unos a la mezquita grande y otros a unos cubos de la cerca, y el jeque a la alcazaba, donde se mostraron animosos y se defendieron hasta que anocheció; y a esta hora entraron los españoles por fuerza en ella, y mataron, al primer ímpetu, dos mil personas.

A los gritos desta matanza se rindieron los de las torres al coronel Palomino; y el jeque, que se había defendido valientemente, se dio al conde, el cual entró con sus alabarderos y con algunos capitanes a tomarle, y hallóle con sus hijos y mujeres, muy acompañado de caballeros y damas.

Murieron este día seis mil moros, y hay quien diga diez mil. Costó la vitoria trecientos españoles que murieron, y entre ellos el coronel Ruy Díaz de Rojas y el capitán Francisco de Simancas, camarero del conde. El saco fue, sin los presos, grande, aunque habían sacado mucha ropa, porque afirmaron ciento y cincuenta italianos que salieron entonces de cautiverio, que Trípol era más rico que Orán, ni Bugía, ni Túnez.

Era Trípol lugar de cuatro mil casas; tenía cerca de docientos telares de seda y muchos de camelotes y alcatifas. No tiene agua sino de pozos y cisternas, y si emponzoñaran la que hay fuera de la ciudad, murieran muchos españoles.

Dio el conde parte del saco a los que no entraron, como se lo prometió, en lo cual hubo muchas fuerzas y quejas. Dio también una galera y dos fustas, que con otros vasos pequeños se tomaron en el puerto. Tomóse, dos días después que fue Trípol ganado, un exquijaco de turcos cargado de cariseas, especias y cosas ricas. Y envió el conde preso al jeque con un su yerno a Mezina, do estuvieron hasta que los soltó el Emperador libremente. Fue primero este jeque morabita, y por ser noble y tenido entre ellos por santo, le hizo el pueblo señor.

Jornada contra los Gelves

Había en los Gelves algunos cosarios que dañaban mucho a Sicilia, Córcega y Calabria. Mandó el Rey Católico al conde que los echase de allí, y porque la isla es fuerte, a causa de ser allí la mar muy baja, fue allá desde Trípol, que hay poco más de treinta leguas, con ocho galeras y cuatro fustas, para tentarlos de paz, que le parecía que no estarían muy fuera de ella viendo lo que había pasado por sus vecinos los de Trípol, y también para reconocer la isla y la disposición que tenía, en caso que no admitiesen la paz.

Echó tres hombres en tierra junto al puente que hay de la isla a tierra. Ellos, como desembarcaron, alzaron una bandera pequeña en señal de paz, y hablaron con algunos isleños en algarabía. Los moros, que ya se recelaban de la armada española, estaban armados, y muchos de ellos se extendieron por la marina a pie y a caballo, para matarlos, y así alancearon uno contra razón y costumbre de guerra, y lo mesmo fuera de los otros dos si no se acogieran de presto al esquite, y dijéronles: *Salga el conde acá con ésos que trae, o vuelva por los demás españoles que dejó en Trípol, que nuestro jeque los espera en el campo para la batalla, y sabed que los de aquí somos hombres y no gallinas como en Trípol; mas con todo eso, por lo que unos hombres deben a otros vos rogamos y aconsejamos que nos dejéis en nuestras casas y os vais, que así os conviene; donde no, echaros hemos o mataremos, si no nos vencéis.*

El conde, que vio aquello, y, quebrada la puente, sintió que tenían coraje y voluntad de defenderse y aun ofender, rodeó buena parte de la isla. Y habiendo reconocido el surgidero, volvió a Trípol con no buen tiempo. Los soldados, entendiendo que los Gelves querían guerra, hicieron alegrías por la ciudad como tuvieran cierta la vitoria y el rico saco. También Pedro Navarro tenía buenas ganas de conquistar la isla y domar la soberbia que los Gelves mostraban, por el interés y colmar su fama. Habló a los soldados en esta manera haciendo reseña de ellos.

XXXIX

Habla el conde, animando su gente. Viene al campo don García de Toledo

«Caballeros, capitanes y soldados míos, españoles valerosos: Por superfluo tuviera traeros a las memorias las hazañas y valentías que habéis hecho en esta jornada de Berbería, después que salimos de España, si los de los Gelves nos hubiesen de cortar el hilo de nuestras vitorias y buena dicha: que con hombres esforzados como sois vosotros, no son menester razones, sino sacarlos al campo, mostralles los enemigos y el lugar, para que hagan lo que son obligados. No tuviera en nada que despreciaran nuestra amistad con buenas palabras, si no hubieran mojado y escarnecido de nosotros, apocando nuestra nación, deshaciendo nuestros hechos y motejando los que vencimos. Lo que peor me pareció de ellos fue desafiarnos tan loca y confiadamente. El castigo a todos toca, como toca la injuria. ¡No habría tan cobarde gente que dijese ser lícito dejarlos libres de la pena y de su atrevimiento y osadía! No creo se hallara hombre que dejase de castigar la soberbia de éstos, y más habiéndonos muerto contra razón y uso de

guerra el mensajero que les enviamos. Pues menos lo dejaréis vosotros, en quien Dios puso tanto valor: siquiera porque no se alaben que de miedo no osaron los españoles entrar en su tierra. Sería grande afrenta nuestra que hubiésemos tomado por fuerza en tan poco tiempo el Peñón de Velez, un Orán, una Bugía y a Trípol, y dejásemos pasar así los Gelves, que también son infieles, cosarios, bárbaros y la nación que siempre venció España sietecientos años ha. De esta manera, gloria suya, según veis, sería.

¿Qué dirían las gentes de África, Europa y Asia, donde son los españoles tan estimados? ¿Qué harían los indios allá en el otro nuevo mundo donde habemos ido a los descubrir y conquistar, por desechar de sí nuestro yugo y mando, si una isla como los Gelves quedase por ganar por los fieros que nos hacen?»

Los soldados, a una voz, respondieron que ya deseaban estar allá. El conde nombró luego por su teniente en Bugía al capitán Diego de Vera, dándole tres mil soldados con los coroneles Samaniego y Palomino. Embarcóse con todos los demás dos días después, pero no se partió, por sobrevenirle viento contrario que duró ocho días. En los cuales llegó allí don García de Toledo, hijo mayor del duque de Alba, don Fadrique, con quince naos y mucha gente. Recibiólo el conde haciéndole mucha honra, por ser quien era y porque el rey se lo enviaba muy encomendado, viniendo el valeroso mancebo con deseos de honra y de servir a Dios y a su patria y rey, respetos dignos de quien él era.

XL

*Llegan a los Gelves. Trabajo, sed, calor y desorden de los españoles. Astucia grande de los moros. Hecho valeroso de don García de Toledo. Muere don García de Toledo.
Piérdese el conde en los Gelves*

A 28 de agosto deste año de 1510 partió el conde Pedro Navarro de Trípol, y con él don García de Toledo, mozo gallardo que daba de sí grandes esperanzas que sin duda floridamente se cumplieran si fortuna no le fuera adversa, y en menos de tres días llegó a los Gelves. Hizo surgir la flota en una ensenada que se hace cerca de Gerapol, mas por mejoría se pasó media legua arriba hacia la puente. Y aquel misino día hizo meter los que cupieron en las galeras, bergantines, chalupas y otros bajeles de bajo borde para llegar bien a tierra.

El día siguiente comenzaron a salir y sin resistencia ninguna se desembarcaron, mas con gran trabajo y cansancio, porque pasaron, sus armas a cuestras, un gran trecho de bajíos que no sufrían barcas. Sacaron algunos tiros de campo. No sacaron pan, ni agua; que fue descuido notable y su total perdición. Oyeron todos misa aquel día que tan aciago fue. Repartió el conde quince mil hombres que traía en once escuadrones, y con buen orden comenzaron a marchar contra el lugar, llevando en medió dos falconetes, dos sacres y dos cañones gruesos que los mismos soldados tiraban a falta de bestias. Era lástima ver tirar a unos los carretones de la artillería, a otros cargados de barriles de pólvora, otros con las pelotas a cuestras, y otros allanando el camino, y aún, sobre todo su trabajo, les daban de palos como a bestias, porque anduviesen.

Eran más de las diez del día cuando partieron del real; y no habían bebido y hacía grandísimo calor, como suele ser por agosto y más en aquella tierra. Creciales tanto la sed en un arenal, que daban por un trago de agua tres tripolines, y aun veinte, y algunos cayeron muertos de sed. Por lo cual comenzaron a desordenarse y a desmayar los del coronel Bionelo y del coronel Pedro de Luján Pierna Gorda, que llevaban la vanguardia, y luego tras ellos todo el ejército, salvo los de don Diego Pacheco, que iban de retaguardia. Andaban entre la gente don García y el conde animándolos con palabras amorosas y haciéndoles promesas como la necesidad lo pedía.

Salieron, en fin, del arenal y entraron en unos espesos palmares y luego por olivares, donde sin pensar hallaron entre unas paredes caídas pozos y muchos cántaros y jarros con sogas. Allí se dobló el desorden con la priesa del beber y con que no parecían enemigos, que toda esta astucia tuvieron los moros, que aguardaban tras cantón hasta cuatro mil peones y docientos caballos, y viendo la suya arremetieron con los alaridos en el cielo, como lo tienen de costumbre, y hallándolos tan desconcertados alancearon muchos y los hicieron huir con el mismo desorden, aunque algunos quisieron más beber que huir, ni aún vivir.

Don García se apeó viendo tan gran rompimiento, y con una pica de las muchas que había tendidas por el suelo se puso delante diciéndoles: *Aquí, hermanos, aquí; reparad, tened fuerte, no huyáis ni temáis, que pocos son los enemigos.* Y con esto arremetió a ellos con hasta quince que se hallaron cerca de él, y apretólos tan recio que se retrajeron algo. Mas como los alarbes, de su costumbre, tan presto revuelven y siguen como huyen, revolvieron sobre él ochenta de ellos con tanto furor que lo mataron, cuya muerte dobló el miedo y la tristeza a todos. También andaba el conde por su parte deteniendo y esforzando la gente y decíales:

¿Qué es esto, hijos míos, y mis leones? No solíades vosotros hacerlo así. Acordaos de lo que decíades en Trípol: vuelta, hermanos, vuelta, no hayáis miedo, que moros son y pocos. Otras veces habéis vencido muchos más. Aquí conmigo, que nos va la vida y la honra.

Con estas y con semejantes palabras y lágrimas que le salían, les hizo volver el rostro a los enemigos, pero con tan poco aliento que de allí a muy poco volvieron las espaldas ciegamente, huyendo a todo correr hasta la mar. Y si los moros siguieran el alcance hasta el cabo escaparan muy pocos, porque los navíos estaban lejos y no había barcas en que ir a ellos. Desta manera fue la nombrada rota de Los Gelves y por ella se dijo en Castilla: «Los Gelves, madre, malos son de ganare.»

XLI

Los que murieron en los Gelves

Murió don García de Toledo, mozo mal logrado, peleando no como caballero novel, sino como valiente capitán, muy semejante a los que ha tenido esta generosa familia. Perdió

España con la muerte tan temprana de este caballero señalados servicios, porque si Dios se serviera de darle lugar para que gozara su vida, él fuera uno de los grandes hombres de su tiempo. Murieron de sed y heridas dos mil españoles, y aún otros dicen que tres mil; quedaron cautivos quinientos. Perdió el conde Pedro Navarro esta jornada por no sacar de comer y beber, que la confianza le quitó el juicio que siempre tuvo muy acertado. Dicen que andaba un renegado en un caballo rucio con capellar de grana diciendo en lengua castellana: *Castellanos, ¿qué es eso? ¿de qué huís? ¿qué hacéis?; vuelta, vuelta, que no son nada los moros.* Fue esta rota a treinta de agosto, año de 1510.

XLII

Varios diseños y inquietos pensamientos en Italia

En este tiempo andaban los ánimos de los príncipes de Italia cargados de pensamientos, trazas y pretensiones, y en todo la ambición viva que como enconoso postema vino a reventar en una sangrienta y mortal guerra.

Habíanse confederado en este año muchos príncipes y ligado contra venecianos, y prevalecieron los ligados si el papa Julio, varón de gran corazón, no se hiciera de su parte. Y diose tan buena maña que deshizo la liga. Pesábale de ver al rey Luis de Francia tan poderoso en Italia. Quisiera echarle de ella, o, a lo menos, disminuir sus fuerzas. Para esto, con todo recato y secreto, por no hacerse a descubierto enemigo del francés, dio traza como Génova y Saona, que el francés tenía después que ganó a Milán, se le rebelasen, y demás de esto acometió otra nueva empresa para aumentar su potencia y debilitar la del francés, que fue querer deshacer al duque de Ferrara, llamado Alfonso de Este, diciendo que aquel Estado era antiguo feudo de la Iglesia, y el duque haberlo perdido por delitos que había cometido.

Hizo el Papa esto con tanta determinación, que procediendo en vía jurídica con voz de fiscal pronunció sentencia y procedió con graves censuras contra el duque y contra el rey de Francia. Y entendiendo el rey los pensamientos del Papa, salió luego a ellos defendiendo la causa del de Ferrara, con quien tenía deudo y liga. Tal origen tuvo la discordia entre estos príncipes, y ella fue el remedio único de los venecianos por ganar al Papa, y al rey don Fernando el Católico le valió la investidura del reino de Nápoles. Que si bien el rey lo poseía, no se le había dado. Mas el rey, que estaba en amistad con el de Francia, quisiera los componer, pero no pudo; antes el rey de Francia comenzó luego a tratar que se convocase Concilio general, que es freno de los Papas. Para esto hacía graves cargos al Papa. Y en estas discordias, antes de venir en el rompimiento que hubo, se pasó el año de 1510.

Año 1511

XLIII

Da favor el Rey Católico al Papa contra franceses. Alonso de Caravajal, de Jódar. Cisma que procuró el rey Luis de Francia. Leen en Valladolid las censuras del Papa contra el rey de Francia. Comienza la guerra entre el Papa y el rey de Francia. Lígase el Rey Católico con el Papa y venecianos, y socorre

Si bien el rey don Fernando el Católico hizo de medianero y componedor entre el Papa y el rey de Francia, todavía se inclinaba más a favorecer las partes del Papa con todo su poder. Partió de Madrid para Sivilla en principio de este año y llevó consigo a la reina Germana su mujer, mandando que el infante don Fernando su nieto fuese delante para hallar las posadas con provisiones y acomodadas para todos. El infante iba ya sano y libre de una cuartana que tuvo más de dos años. Llegó el rey a Sivilla en el mes de hebrero, y allí estuvo poniendo en orden una gruesa armada, con voz de que quería pasar en Berbería, pero las sospechas eran contra Francia. Y así, dicen que decía el rey Luis que el sarracín contra quien se armaba el Rey Católico su hermano, era él.

Detúvose el Rey Católico en Sivilla despachando correos al rey de Francia, pidiéndole no hiciese guerra al Papa, hasta el mes de junio, que salió a tener el San Juan a Cantillana. Mandó el Rey Católico que la mayor parte de la gente que había juntado en Sivilla pasase en África, y nombró por capitán general de ella a Alonso de Caravajal, hijo de Diasánchez, señor de Jódar, y por coronel de la Infantería a Zamudio. Luego partió el rey para Burgos, donde entró en el mes de agosto y se detuvo hasta el fin del año, entendiendo en estorbar el conciliábulo que el rey de Francia pasionadamente con ciertos cardenales banderizados hacía contra el Papa, el cual al descubierto se había ligado con los venecianos contra el rey de Francia. Los cuales en estas discordias cobraron algunas tierras de las que habían perdido, de manera que la guerra se comenzó y las amenazas del Concilio se pusieron en efeto porque ciertos cardenales, inducidos del rey de Francia, tomando por cabeza al cardenal de Santa Cruz, se apartaron del Papa y convocaron Concilio señalando por lugar a la ciudad de Pisa y citaron al Papa. Y de Pisa se pasaron a Milán, pareciéndoles estar en Pisa seguros. El Papa comenzó luego a proceder contra ellos y contra sus valedores como contra cismáticos, y al cabo los condenó y privó. Y el rey don Fernando, favoreciendo las partes del Papa, publicó guerra en Castilla contra todos los cismáticos, que eran el rey de Francia y otros. Y se leyeron en Valladolid, en la iglesia mayor, dicho el evangelio de la misa mayor un día de fiesta, la sentencia y la excomunión que el Papa había fulminado. Pidió el Rey Católico ayuda a su yerno el de Ingalaterra. Hizo paces con los reyes de Túnez y Tremecén. Envió al alcaide de los Donceles a Fuenterrabía para las cosas de Navarra. Y por deshacer el Papa la autoridad del falso Concilio lo echó y mandó publicar en Roma para el día de la Resurrección del año siguiente, como se hizo, comenzando luego la guerra contra el duque de Ferrara.

El ejército del rey de Francia vino en su defensa contra el del Papa y por general de él monsieur Gastón de Foix, hijo de una hermana del rey Luis, hermano de la reina Germana, cuñado y sobrino del Rey Católico, mancebo valeroso y de virtud militar rara y temprana en la edad que tenía, aunque se logró poco y mal, como se verá. Y entró tan poderosamente, que el ejército del Papa no osó esperar, y se apoderó de la ciudad de Bolonia y de otras tierras en la comarca. Y viéndose el Papa apretado, pidió socorro al Rey Católico que, según dije, estaba en Sevilla juntando gente para enviar contra África.

Y viendo el Rey Católico que no era de menos importancia deshacer la cisma y atajar los infinitos males que de ella se podrían seguir que la guerra contra los infieles, junto con obligaciones particulares que tenía al papa Julio, temiendo también que el rey de Francia echaría las armas sobre Nápoles, viéndose en Italia poderoso, determinó enviar socorro al Papa despachando primero sus embajadores al rey de Francia, pidiéndole suspendiese las armas contra el Pontífice. Y estando el rey en Burgos, se ligó con los venecianos y con el Papa, cuyos embajadores vinieron allí, y envió mandar a don Ramón de Cardona, que era virrey de Nápoles, que con el mayor ejército que pudiese saliese luego en favor del Pontífice. También envió a mandar al conde Pedro Navarro que, dejada la guerra de África, pasase en Italia para hallarse en esta jornada. Las desdichas del conde vinieron tan de golpe como habían sido las buenas fortunas, y agora le llevaba su mal hado a otra mayor desventura.

XLIV

Desgraciada suerte del conde Pedro Navarro. Querquenes, bárbaros africanos. Soberbia costosa del capitán Bionelo, y lo que costó. Sed mortal que padeció la armada de León de Pedro Navarro. Cortesía grande del jeque de los Gelves. Pasa el conde en Italia. Extraño comer de un hombre.

Rotos y destrozados en los Gelves, como dije, volvieron los españoles con su conde a embarcarse, llenos de sangre y mortal tristeza por haber perdido tanta gente y ver oscurecida la fama que habían ganado. Tuvieron bien que hacer en meterse en los navíos, porque estaban retirados una legua de tierra, que ni baja la marea para poder llegar a ellos a pie enjuto, ni hay el agua necesaria para poder nadar aún pequeñas barcas. Al fin se embarcaron, y en las naves padecieron tanta sed como habían sentido en tierra, porque las mujeres habían lavado la ropa con agua dulce de la que traían en los navíos como si fuera ya ganada la isla.

Partió, pues, el conde con toda su flota de los Gelves, y al segundo día perdió con tormenta cuatro naos con toda la gente, que fue otra segunda desgracia. Llegó en fin a Trípol, donde se rehizo. De allí salió para los Querquenes, pero luego le vino un temporal tan recio que pensó anegarse. Aquí mostró el conde grande ánimo en las palabras que pasó con Carranza, almirante del armada, que le importunaba se salvase en el batel. Demás de la tormenta, hubo asimismo gran falta de agua, y desaparecieron también los navíos de tal manera que no volvió a Trípol sino con treinta velas y con cinco mil hombres, con los cuales fue hacia los Alfaques o Alfaque; mas también le corrió fortuna, y perdió en la tormenta nueve o diez navíos con gran parte de la gente de ellos. Con todo, llegó a los Querquenes a veinte de hebrero de este año.

Son los Querquenes bárbaros africanos que viven en cabañas. Es tierra de buenos pastos, y allí traen sus ganados los de tierra firme. Quiso el conde hacer carne para la armada, y sobre ello pretendió conquistarlos. Saltó en tierra con toda su gente; hizo de ella cinco escuadrones casi de mil infantes, y con ellos y entre sus alabarderos, fue por la isla a buscar agua y carne. Bionelo, que iba el más apartado de la marina, halló tres pozos;

hallados, se volvió al conde, y el conde a las naos, dejando en guarda de ellos al Bionelo con cuatrocientos infantes, los cuales, cuando vino el mediodía, tenían limpios los pozos y hecha una albarrada alrededor de ellos, arrimando las picas a ellos y entre pica y pica un arcabucero. Bionelo peló las barbas a un alférez porque limpiando los pozos no hizo luego lo que le mandaba. El alférez, por aquella afrenta, se pasó a los moros, que de miedo estaban al cabo de la isla todos juntos. Contóles el caso encomendándoseles, y díjoles cómo podían matar a los españoles que guardaban los pozos; y porque le creyesen, tornóse luego moro, y ellos con esto le creyeron y le llevaron delante por guía y espía. Llegaron los moros a los pozos a medianoche, y tan callando, que sin ser sentidos entraron dentro el albarrada, por do los metió el alférez renegado. Degolláronlos a todos como a carneros, que no dejaron sino dos para testigos de su hazaña; uno enviaron al jeque de los Gelves y otro al rey de Túnez. Pusieron fuego a los arcabuces y volviéronse haciendo grandes regocijos; pocos casos más feos que aqueste han sucedido.

Partió luego el conde de allí triste y enfadado y con grandísima falta de agua, tanto que aconteció echar a la mar en un día cuarenta hombres muertos de sed. Hubo de ir a los Gelves por agua, tan apretado se vio. El jeque le envió mucho pan blanco y zanahorias y una carta en que decía: *Pésame de vuestros trabajos, buen conde; si queréis algo, pedid, que se os dará. Tomad agua y leña seguramente, que a la armada del rey de España, ni puedo ni quiero enojarla; pero guardaos de salir en mi isla con gente armada.* No quiso el conde comer de aquel pan porque el jeque era falso y había muerto sin causa un hermano cuya cabeza mostró a otro su hermano preguntándole qué le parecía, y como le entendió respondió que muy bien por cierto. Dijo entonces el jeque: *Bien hablaste; si no, hiciera de ti otro tanto.* Estando allí el conde tomó un cárabo que venía de Túnez cargado de aceite y con tanto se fue al Capri con veinte y tres velas y cuatro mil hombres.

A este tiempo llegó al conde el mandato del rey para que pasase en Italia y se juntase con el virrey de Nápoles don Ramón de Cardona y favoreciesen la parte del Papa. Llegó el conde con su infantería a Nápoles, donde halló al virrey y a todos los caballeros del reino aprestando las armas, que fueron los mayores señores de Italia, con las más lucidas gentes y armas que pudieron haber, como en particular lo cuenta la historia de don Hernando de Ávalos, marqués de Pescara, que por no ser tan propio de ésta lo dejo. Y juntándose con la gente que el Papa tenía, fueron a cercar a Bolonia, que el rey de Francia estaba apoderado de ella, y detuviéronse allí hasta que ya iba muy adelante el invierno y forzados del tiempo hubieron de levantarse, y porque a los cercados entró socorro.

Por cosa notable digo un presente que hicieron al emperador Maximiliano de un hombre que de una asentada comía un carnero y una ternera; que para el obispo que decía que él no sentía música más triste que la de la de los dientes de sus criados, fuera éste muy malo.

Año 1512

Guerra de la liga contra franceses. La de Rávena. Valor de españoles en la batalla de Rávena. Marqués de Pescara, preso con el conde Pedro Navarro. Cruel ánimo del francés vendedor. Miedo de Roma. Rehácese el Papa y ligados, y vuelven sobre sí. Retírase el francés. Alzase Lombardía por la parte del Pontífice. Envía el Rey Católico gente contra Francia: duque de Alba, general. Pide paso por Navarra. Niéganle. Da el Papa por cismáticos a los reyes de Navarra, y la conquista Castilla

En el año siguiente de 1512 volvieron con harto coraje a las armas franceses y pontificales. Y los franceses sitiaron la ciudad de Rávena, a la cual fue luego a socorrer el campo de la liga. Y las voluntades y ocasiones llegaron a términos que con todas sus fuerzas se dieron una de las más sangrientas y nombradas batallas de Europa, domingo a doce de abril, día de la Resurrección del Hijo de Dios del año de 1512. En la cual, aunque los franceses se tuvieron por vencedores, murieron tantos de su parte, y personas tan señaladas, con su capitán general, mozo malogrado monsieur de Foix, que se pudo mucho dudar de la vitoria. Y después de rompidos los campos, quedó un escuadrón de infantería española que nunca le pudieron romper, y pasó por medio de todos los franceses dejándolos ir en salvo.

Murieron de ambas partes más de veinte mil hombres: y la común opinión es que la mayor parte fue de los franceses. Fue preso el marqués de Pescara, mal herido, que comenzaba ya a dar muestras de su gran valor; también prendieron al conde Pedro Navarro; finalmente, el vencedor, si bien perdido, comenzó a tratarse no como vencido. Hízose señor del campo, y la ciudad de Rávena se le entregó luego, donde usaron cruelmente de la vitoria, pasando a cuchillo niños, viejos y mujeres, sin perdonar a nadie, robando y derribando gran parte de ella. Con esto fue tan grande el miedo que en aquellas partes todos tuvieron, que aun en Roma no se hallaban los hombres seguros, y la desampararan si el Papa, con su gran valor, no los animara y estorbara la huida.

Diéronse tan buena maña el Papa con los capitanes y príncipes de la liga en rehacerse antes que los franceses, que con ser ellos señores de Milán, Génova, Bolonia, Rávena y Florencia, que les ayudaban con el de Ferrara, las cosas se mudaron de tal suerte, que en espacio de dos meses lo perdieron todo, y el Emperador se había juntado con el Papa y enviado mucha gente en su socorro. De manera que monsieur de la Palissa, que era general del campo francés, no se hallando con fuerzas competentes para resistir, se retiró hacia Milán y tomando la voz del Papa Rávena y las otras ciudades que estaban por franceses, el pueblo de Milán se alzó también apellidando *Imperio, España, Iglesia* y se salieron huyendo los franceses que estaban en ella, con los cardenales que se habían pasado de Pisa a hacer su Conciliábulo, los cuales se metieron en Francia; y luego toda la Lombardía, o Estado de Milán, se levantó, y lo mismo hizo Génova, apellidando libertad, quedando por el francés sola la fortaleza de ella, y el castillo de Milán.

Y en tanto que estas cosas pasaban, el rey don Fernando el Católico estaba en Burgos, de donde por el mes de agosto partió para Logroño, y tuvo el día de nuestra Señora en Santo Domingo de la Calzada y en Logroño, dando orden como pasar gente para favorecer al Papa. Y trató con el rey Enrico de Ingalaterra, que los dos hiciesen guerra al de Francia en el ducado de Guyena, cuya cabeza es Bayona, que en tiempo pasado fue de

Ingalaterra: y agora el rey Enrico pretendía tener derecho a él. Dado, pues, el asiento, envió las naves que fueron menester para traer la gente inglesa, con que el de Ingalaterra ayudaba, y él también hizo una gruesa leva de gente de a pie y de a caballo, nombrando por general a don Fadrique de Toledo, duque de Alba, que fue varón de singular valor, esfuerzo y prudencia, muy querido del Rey Católico.

Mas habiendo de ser el paso para entrar en Francia por Navarra, el rey don Juan de la Brit, hijo de monsieur de la Brit, y doña Catalina, su mujer, reina propietaria de Navarra, como naturales de Francia y aficionados al rey Luis, no quisieron dar lugar ni paso: antes él y ella consintieron en la cisma con el rey de Francia y se ligaron contra el Papa y contra el rey de España. Y siendo amonestados por el Papa que se apartasen de tan mal intento y cisma y se juntasen con él y con la Silla Apostólica dentro de ciertos términos que les señaló, los cuales pasados, dio facultad para les hacer guerra exponiendo las personas y bienes con el dicho reino a cualquier príncipe cristiano que lo quisiese acometer. Y el Rey Católico se contentaba con que, para que el paso fuese seguro, le diesen los reyes de Navarra tres fortalezas que las tuviesen caballeros navarros. Dos veces envió el Rey Católico a don Antonio de Acuña, obispo de Zamora, que después fue capitán de Comuneros, rogando esto a los reyes de Navarra. A lo cual no quisieron dar oídos, y estuvieron pertinaces hasta ser privados ellos y sus decendientes del derecho del reino; y fue consistorialmente aplicado al Rey Católico y a sus sucesores, en las Coronas de Castilla y de León, como parece por la bula, breve o sentencia del papa Julio, dada año de 1512, primero día de marzo en el año 10 de su pontificado, que por no ser de la historia tratar del justo derecho que la Corona de Castilla tiene a Navarra, no lo pongo aquí con otras muchas razones que hay harto bastantes y favorables a la justa obtención del reino de Navarra.

XLVI

Guerra contra Navarra. Conquista de Navarra. Dicho notable de la reina doña Catalina de Navarra (lo mismo dicen del rey moro de Granada). Prende el rey de Navarra a don Antonio de Acuña, embajador del Rey Católico. Los ingleses no quieren seguir la guerra contra Francia. Cercan franceses a Pamplona. Socorre el duque de Nájara. Los nobles que defendieron a Pamplona. Antonio de Leyva, el famoso español. Pide el francés batalla, y desafía al español. Cercan los franceses a San Sebastián, por divertir al duque de Alba. Incorporase Navarra con Castilla. Paga el tributo el rey de Tremecén en Burgos, y la gallina y pollos de oro. Prisión del duque de Calabria. Muere el condestable de Castilla.

Con el cual derecho y título, el rey don Fernando mandó al duque de Alba que el camino que se le había cerrado, pidiéndolo por gracia y cortesía, abriese poderosamente con las armas, entrando en Navarra, haciéndole la guerra que había de hacer contra franceses. No quisieron los ingleses ayudar a esto, diciendo que no traían orden de su rey para pelear contra Navarra, sino sólo contra Francia.

Entró el duque por Navarra con hasta mil hombres de armas y caballos ligeros y seis mil infantes, llevando consigo al conde de Lerín, condestable de Navarra. Llegó sin hallar resistencia hasta ponerse a vista de Pamplona. No le osó esperar el rey don Juan, porque le cogió desarmado. Yo oí decir a viejos, que saliendo huyendo de Pamplona, volvió la cabeza a mirarla y lloró: y que viéndole la reina doña Catalina, su mujer, con aquel sentimiento, le dijo: *Bien es que lloréis, señor, como mujer, pues no habéis sabido defender el reino como hombre.* Los de Pamplona, sin hacer resistencia, abrieron las puertas al duque y entró en ella, día de Santiago año 1512 y luego se dieron todas las ciudades y villas de Navarra.

Mas no por eso se descuidaba el duque, y cada día iba reforzando el campo, temiéndose que don Juan de la Brit había de volver con gente y con pensamiento de cobrar lo que había perdido. Y para justificar más el Rey Católico esta causa, volvió a enviar a don Antonio de Acuña, obispo de Zamora, con despachos, al rey don Juan de la Brit, requiriéndole con la paz y pidiéndole que se apartase de la opinión del rey de Francia que si lo hacía estaba presto de restituírle el reino. Lo cual él no quiso hacer: antes contra el derecho común de las gentes prendió al obispo embajador sin quererle dar libertad hasta que él se rescató con gran suma de dinero.

Tomada Pamplona, y poniendo en los lugares y puestos principales las guarniciones necesarias, salió el duque con el campo la vía de Francia por San Juan del Pie del Puerto y por Roncesvalles, con intención de juntarse con los ingleses y comenzar de propósito la guerra en el ducado de Guyena. Estaban ya los ingleses en Francia, esperando que los españoles llegasen, pero al mejor tiempo, dicen que, cohechados con dineros que el rey de Francia les dio, con un fingido motín o enojo se embarcaron y volvieron a su tierra, sin quererse juntar con los españoles.

En esta coyuntura desamparó monsieur de la Palissa a Milán, por acudir a cobrar el reino de Navarra, mas lo que ganó fue perder a Milán y no cobrar a Navarra, porque aunque entró por este reino con la furia que suelen los franceses, y se pasaron a su parte Estella, Olite y Tafalla y otros pueblos de Navarra, el duque tuvo tan buena maña en la defensa, que metiéndose de presto en Pamplona, la defendió valerosamente del cerco que sobre ella puso el rey don Juan de la Brit. Los franceses hicieron grandísimo daño en la tierra y saquearon dos monasterios de monjas, que estaban fuera de los muros, corrompiéndolas y violando el Santísimo Sacramento. Pasaron en este cerco cosas notables y muchas escaramuzas. Finalmente se dio a la ciudad un bravo asalto, día de Santa Catalina del mismo año, y por ser ya cerca la noche, no osaron entrarla. Otro día que lo quisieron hacer, hallaron tanta resistencia, que les fue forzado retirarse con gran daño. Después, monsieur de la Palissa, contra la voluntad del rey don Juan de la Brit, alzó el cerco víspera de San Andrés, y el día siguiente llegó a Pamplona un grueso socorro de Castilla del cual era general el duque de Nájara, don Pedro, que llamaron el Forte, y con él iban los duques de Segorbe, Luna y Villahermosa, y el marqués de Aguilar y los condes de Ribagorza y Monteagudo, con hasta quinientos caballos y seis mil infantes, con los capitanes Gómez de Buitrón, Martín Ruiz de Avendaño, caballeros muy ilustres de Vizcaya, y Gil Remgifo.

No dio mucho gusto al duque de Alba la llegada de esta gente, porque quisiera él que fuera suya toda la honra de la vitoria; lo mismo quisieran don Antonio de Fonseca, señor de Coca, Hernando de Vega, comendador mayor de León, Pero López de Padilla y Juan de Padilla, (el que de ahí a seis años alteró estos reinos), don Pedro, don Juan y don Fadrique de Acuña, hijos del conde de Buendía; también Antonio de Leyva, que fue el primero a quien el Rey Católico envió para que defendiese a Pamplona, cuando se supo la venida del francés. Pero el duque de Alba y todos estos caballeros hubieron de disimular y mostrar contento en lo exterior, y salieron a recibir al duque de Nájara y a los que con él venían.

Veinte y siete días duró la porfía del cerco, y en fin de noviembre se levantaron porque sintieron el valor de los que dentro estaban, y sabiendo la venida del socorro. De ahí a dos días volvieron los franceses a ponerse a vista de Pamplona y desafiaron a los duques pidiéndoles batalla, pero no la quisieron acetar, pareciéndoles que no era discreción poner en ventura lo que poseían con seguro, mayormente sabiendo que los franceses no se podrían detener en Navarra. Había el rey de Francia enviado por otra parte contra Guipúzcoa al delfín Francisco, que era su yerno, y fue el que diremos adelante. Y miércoles 17 de noviembre cercó a San Sebastián y quemaron a Irún y Ranzú: y viernes a 19 del dicho mes alzaron el cerco. Pretendían embarazar por allí al duque de Alba para que no pudiese socorrer a Pamplona; mas el duque lo previno tan bien, y puso en todas partes tal recado, que pudo con seguridad encerrarse en Pamplona para defenderla, como lo hizo. Al delfín no se dio lugar para hacer cosa notable más que gastar tiempo, gente y municiones. Y al mismo tiempo que monsieur de la Palissa hizo alto de Navarra, el delfín hizo lo mismo, dando todos la vuelta para Francia. Los duques de Alba y Nájara volvieron muy gozosos a Castilla. Quedó el reino de Navarra reducido a Castilla, y así, en las primeras Cortes que en el año de quince se tuvieron, lo recibió, unió y incorporó el reino todo en sí, y hubo el título y sucesión de él el príncipe don Carlos.

Acabada con tanta facilidad y felicidad esta jornada, el Rey Católico, que había estado para socorrer y dar calor a la guerra en Logroño, partió para Burgos. Y estando el rey en Burgos, vinieron allí el alcaide de los Donceles y los embajadores del rey de Tremecén, Abdalla, que se diera por tributario del rey de Castilla, y trajeron los dineros del tributo y veinte y dos caballos, un leoncillo manso y muchas cosas moriscas, una gallina de oro vaciado con treinta y seis pollicos de lo mismo, y una doncella hermosa de sangre real, y ciento y treinta cristianos cautivos.

De Burgos fue el rey a Valladolid, donde estuvo hasta en fin del año. Antes que el rey saliese de Logroño en el mes de noviembre, mandó prender a don Fernando de Aragón, duque de Calabria, hijo del rey Federico de Nápoles, porque se dijo de él que traía trato con el rey de Francia en deservicio del Rey Católico, y fue hecho cuartos Felipe Copula. El duque estuvo preso en Játiva hasta el año de 1523, que el Emperador le mandó soltar en el mes de mayo, y le hizo mucha merced, porque en el tiempo de las Comunidades se mostró muy leal a su servicio. Falleció en este año el condestable de Castilla y León, don Bernardino Fernández de Velasco, varón excelente y muy conforme a su sangre.

XLVII

Maximiliano Esforcia, duque de Milán. Antiguo derecho que Carlos V tenía a Milán

Las cosas de Italia procedían prósperamente en favor del Papa contra franceses; y el emperador Maximiliano, a petición del Papa y de los suizos, vino en Italia y hizo duque de Milán a Maximiliano Esforcia, hijo mayor del duque Luis, que por el rey de Francia fue despojado y preso, y murió en la prisión, dejando a Francisco Esforcia su hermano en la Corte, del cual se tratará largamente adelante. A 29 de diciembre fue colocado en el ducado de Milán, atendiendo el Emperador con esto a la necesidad presente y no al derecho que Maximiliano tenía al estado de Milán, porque la investidura tenía el príncipe don Carlos, duque de Lucemburg, desde el asiento del casamiento con Claudia, hija del rey Luis de Francia, como queda dicho, y así no era válido esto que agora se hizo, y por eso parece que permitió Dios que Maximiliano lo perdiese después, como se dirá, estando siempre en pie la justicia, título y derecho del príncipe don Carlos; y con esto damos fin al año de doce.

XLVIII

Monstruo que nació de una monja

Este año parió una monja en Rávena un monstruo, por haber sido monstruoso su hecho. Era macho y hembra. Tenía un cuerno en la frente y una cruz en el pecho, y alas por brazos, y un solo pie, y un ojo en la rodilla.

Año 1513

XLIX

Merced que hizo el rey a los guipuzcoanos. Es Guipúzcoa provincia distinta de Vizcaya y de Álava, y una de las cuatro que contenía Cantabria. Muerte de Julio II. Papa León X. Enfermó el Rey Católico en Medina

Porque los guipuzcoanos pelearon valientemente con los franceses, y les tomaron la artillería, quiso el rey don Fernando gratificarles sus servicios, y les dio por armas la artillería con un honrado privilegio despachado este año a 28 de hebrero en Medina del Campo, donde había llegado de Tordesillas, que fue a dar los buenos años a su hija la reina doña Juana. Sucedió por este mesmo tiempo a 20 de hebrero la muerte del papa Julio, segundo de este nombre, tan metido en guerras y con tanto brío y coraje como si fuera un Julio César, o decente a su profesión, y sucedióle la muerte cuando asomaban sus buenas fortunas viento en popa; mas no hay prosperidad firme en esta vida. El celo de este Pontífice pareció siempre santo y bueno, pues era el aumento de la Iglesia, y restituirle muchas ciudades y lugares que tenían usurpados otros príncipes poderosos.

No dio una almena a pariente, y cuando murió, dejó señalados cuatrocientos mil ducados para el Pontífice que le sucediese, con que amparase y defendiese lo que él había ganado.

Fue hombre muy doto y amigo de hombres dotos, muy aficionado a leer historias verdaderas y hechos de grandes príncipes, que son la sabiduría de la vida humana, y aún despiertan para despreciarla y amar la eterna.

Sucedió a Julio en la silla pontifical el cardenal Juan de Médicis, que se llamó León X, el cual, prosiguió luego el Concilio General de San Juan de Letrán, que Julio había comenzado, y acabólo después el año siguiente, y confirmó la paz con el emperador Maximiliano y con el Rey Católico.

Pero los venecianos tomaron nuevo acuerdo por recelos que tenían del Emperador, y ligáronse con el rey de Francia contra el Papa y contra los demás confederados, y el rey de Francia, con su ayuda, y con pensamientos de tornar a cobrar a Milán, se aparejo para enviar poderosamente su ejército en Lombardía y sitiar a Milán.

Por el mes de marzo de este año enfermó el Rey Católico en Medina del Campo viniendo de Carrioncillo, porque la reina su mujer, con codicia de tener hijos, le dio no sé qué potaje ordenado por unas mujeres, de las cuales dicen que fue una doña María de Velasco, mujer del contador Juan Velázquez. Derribóle tan fuertemente la virtud natural, que nunca tuvo día de salud, y al fin le acabó este mal.

De Medina pasó el rey a Valladolid para recibir los embajadores que el rey de Francia enviaba pidiendo su amistad y paz. Capitulóse, aunque duró poco. De Valladolid fue el Rey Católico a Madrid, donde llegó Mercurino de Gatinara, embajador del emperador Maximiliano, entre el cual y el Rey Católico se hizo cierto juramento sobre la gobernación de Castilla que el rey tenía.

L

Mueve guerra el rey de Francia contra Milán. Las primeras armas que Carlos V envió contra Francia

Deseando el rey de Francia recobrar a Milán, envió un grueso ejército a Lombardía, y de tal manera se pusieron las cosas que cercaron al duque de Milán en la ciudad de Novara: pero entrándole socorro de suizos, hubieron de levantarse los franceses del cerco. El papa León X de los Médicis, quiso seguir los pasos y camino por donde había caminado Julio II, su predecesor, pareciéndole que así conseguiría la honra y gloria que Julio había adquirido, si bien es verdad que él quisiera hacer esto con moderación y sin ofender descubiertamente a nadie. Hizo lo que pudo en favor del duque Esforcia, conservando la amistad con los esguízaros, por ser útil y honrosa a la Silla Romana.

Para esto mandó pagar a los esguízaros, y envió a don Ramón de Cardona, que a esta sazón estaba alojado cerca del río Trebio. que pasase el Pó, río de Lombardía. Y se

juntase con los esguízaros. Pero don Ramón sabía las treguas que entre el Rey Católico y el de Francia había, y no quiso hacer más demostración de levantar su campo, y dar a entender que quería pasar el Pó, que fue mandar a los caballos ligeros españoles que apartándose de Chiastegio y de Tortona discurriesen la tierra por la vía romana para conservar en lealtad a los amigos, que vacilaban con miedo de los franceses.

Dice Jovio que esta fingida muestra de socorro fue muy dañosa a los compañeros y amigos, porque como los moradores de Boguera, temiendo a la nación española, soberbia y robadora, cerrasen las puertas al marqués de Pescara, que con la infantería española seguía los caballos que iban delante; y como les pidiesen socorro de vitualla por sus dineros, no la quisiesen dar sino en canastas que descolgaban por el muro, fue tan grande el alboroto que levantaron los soldados enojados, que la infantería española fue en ordenanza con las armas a vengar la injuria que les hacía aquel pueblo, que no quiriéndolos recibir los tenía alojados en la campaña. Y plantando la artillería batieron el lugar, y arremetieron a una puerta, y la quebraron y rompieron, y derribaron de los muros a los que ostinadamente se querían defender, y entraron dentro sin que el marqués de Pescara se lo vedase.

Y haciendo cruel matanza saquearon el lugar, que demás de ser rico de suyo, estaba lleno de bienes, de muchos que con temor de la guerra de Francia habían huido allí.

Con el temor de esta gente, iba en su socorro Esforcia. Levantaron los franceses el cerco de Novara y al retirarse el duque y los suizos, salieron en su alcance, y se dieron una sangrienta batalla, en que los franceses fueron vencidos y echados de Italia.

Concertándose estos días el Emperador y el rey de Inglaterra en el verano de este año, ambos a dos entraron en Francia poderosamente, haciendo el mal y daño que pudieron, ayudándoles el príncipe don Carlos de España, duque de Lucemburg, con gente y bastimentos de sus estados de Flandes, con acuerdo y voluntad de madama Margarita su tía, que los gobernaba. Y tomaron por fuerza de armas la ciudad de Tornay, que antiguamente llamaban Bagamun, y a Terouana, y otras tierras.

Y venido el invierno, se hubieron de volver a sus casas, quedándose el rey de Inglaterra con la ciudad de Tornay.

En los cuales días los cardenales que andaban cismáticos y apartados de la Iglesia, como está dicho, se redujeron a ella, pidiendo misericordia, y el Papa los perdonó.

LI

Don Ramón de Cardona hace guerra a venecianos. Prisión del capitán Caravajal

No durmió este año don Ramón de Cardona, virrey de Nápoles, con el ejército de España, porque ya que no pudo hacer al descubierto contra franceses por las treguas que, como dije, el Rey Católico y el rey Luis habían hecho, volvió las armas contra venecianos, que

eran enemigos del Papa. Siendo los franceses desbaratados, según dije, por los esguízaros, fue don Ramón siguiendo a Albiano, capitán de los venecianos, que volvía de las Tombas a Padua. Pasaron a la marca Trivigiana; y sin que nadie se lo vedase, robaban y saqueaban toda la tierra de Padua y de Vincenza; porque la señoría de Venecia había mandado a Albiano y a Ballon que partiesen entre sí el ejército, y que el uno defendiese a Padua y el otro a Treviso. Y así, estos capitanes, queriendo esperar el invierno que ya venía, no daban a don Ramón comodidad ni lugar para venir a batalla, sino solamente hacían salir fuera sus caballos ligeros, los cuales con súbitas correrías hacían daño a la gente que del campo español salía para proveerle de lo necesario; y queriendo conocer sus designios, salían cada hora corriendo hasta los alojamientos.

Y en estas escaramuzas y correrías muchas veces llevaban lo mejor los venecianos. Fue preso por Mercurio, capitán de los albaneses, Caravajal, noble capitán español, el cual en la batalla de Rávena guiaba la retaguardia, y los caballos que iban con Caravajal, entre los cuales estaba Espinosa, varón muy esforzado, y dos capitanes de soldados, habiéndose defendido largo tiempo en los pasos estrechos del camino. En fin, fueron presos sin herida. Don Ramón de Cardona pasó adelante con su campo, y paró a dos millas de Padua, no hallando donde se alojar más adelante; porque los venecianos, en el tiempo que tuvieron paz, habían fortificado con grandísima obra a Padua, como a fortaleza y amparo de la ciudad de Venecia, y habían echado por el suelo todas las casas de campo, cercas y paredes de las huertas, y otros edificios, dejándolo raso y escombrado, sin árboles ni reparo alguno. Con lo cual, en todos aquellos grandes llanos de una hermosa vega no había lugar ninguno donde guardarse de la artillería, que estaba en los muros y torres, si llegasen a vista de la ciudad.

Viendo estas dificultades don Ramón, con parecer de Próspero Colona determinó hacer un foso, por donde la gente y artillería pudiesen llegar seguramente a los muros de Padua, con esta forma: que la tierra que se sacase del foso se fuese echando hacia el muro, para que sirviese de trinchea y reparo de la artillería de la ciudad a los soldados que fuesen y viniesen, y tendrían lugar de arrimar la artillería, y hacer trincheras, poniendo delante de ella cestones de tierra. Habiendo traído algunos días en esta obra gran número de gastadores, no pudieron acabarla, porque los venecianos salían con la caballería ligera, y lo desbarataban; y así don Ramón dejó de haber aquel reparo, que también a los capitanes particulares parecía dificultoso. Hubo entre los dos ejércitos continuas escaramuzas, y particulares desafíos, con varios sucesos.

LII

Continúa la guerra don Ramón de Cardona contra venecianos. Muestra del campo imperial. Don Pedro de Castro, capitán de españoles. Guerra cruel en los campos venecianos. Afrenta que se hace a Venecia. Quieren los venecianos dar la batalla a don Ramón

Ya el estío era pasado, y don Ramón de Cardona y Próspero Colona, habiendo combatido a Padua sin hacer efeto, hallaron que les convenía hacer alto de allí, porque Padua era

muy fuerte y bien guarnecida; ni se podía tomar, ni el veneciano por más que le provocaron quiso salir a pelear.

Retiráronse a Albareto cerca del río Adige. Aquí llegó el cardenal Gurcense, quejándose de que don Ramón hacía la guerra tibiamente; y que por intereses la alargaba, y que había dejado pasar el verano sin hacer cosa notable en servicio del Emperador. Demás de esto, los españoles y tudescos, que por la presa y por la honra no temen la muerte, daban voces, que los llevasen a pelear y no les dejasen acabar las vidas ociosamente. Murmuraban al descubierto de don Ramón y sus capitanes.

Viendo esto don Ramón, llamó a su tienda los capitanes de su campo, y hablóles con mucha elocuencia, diciendo que él no quería seguir su parecer en esta guerra, porque no dijese que de cobarde o por sus intereses la difería; sino ellos como valientes y sabios capitanes vieses que delante de los ojos tenían dos ciudades, Padua y Treviso, tan fuertes, que el Emperador en persona, y poco después Rosco y Palissa, con infinitos soldados y grande aparato de guerra, no las habían podido conquistar, antes había salido con pérdida, y en tiempo que Venecia estaba bien apretada con trabajos. Y que si les parecía, debían apretar al enemigo, obligándole a salir a darles batalla, destruyéndoles la tierra a fuego y sangre, porque los que agora de cobardes estaban detrás de las murallas esperando el invierno, saldrían con deseo de vengar sus injurias a darles batalla; y si no lo hiciesen, verían la triste ruina de sus campos, y dejarlos, y aún ir cargados de rica presa a su tierra.

A unos pareció bien la determinación de don Ramón, y la loaban: Próspero Colona y otros la juzgaban temeraria, y que era meterse en las manos del enemigo, que entrarían en parte donde no pudiesen salir. Sobre esto oró largamente Próspero Colona, que tenía más de prudente y asentado capitán, que de temerario ni atrevido. Mas como don Ramón tenía el poder absoluto del ejército, hubo de valer su parecer, y el marqués de Pescara don Hernando de Ávalos, mozo brioso, amigo de ganar honra, que le seguía, iba en esta jornada por capitán de la infantería española.

Determinada, pues, la empresa, don Ramón hizo echar bando, que los soldados no llevasen mujeres, y que dejasen los mozos inútiles, y las cargas y bagaje; que solamente aparejasen las armas; y toda esta gente inútil con los soldados enfermos envió a Verona.

El día siguiente tomó muestra y alarde de su gente, y halló quince compañías de españoles de a trecientos infantes, cuyo capitán era el de Pescara; y siete compañías de tudescos de a quinientos infantes poco menos. Eran todos estos soldados viejos, y que los más se habían hallado y peleado valientemente en la de Rávena. De los tudescos era capitán Jacobo Landao. Había, demás de éstos, sietecientos hombres de armas de la antigua milicia del rey don Fernando, y otros ciento y cincuenta hombres de armas tudescos, cuyo capitán era Riciano, y Celembergo, capitanes del Emperador. Había también un escuadrón suelto de caballos ligeros, cuyo capitán era Sucarro Borgoñón.

De la parte del Papa, que conforme a los capítulos de la liga era obligado a favorecer al Emperador, estaban Orsino Magnano con una tropa de caballos ligeros, Mucio Colona, y Troylo Savelo con dos tropas de hombres de armas. Había también seiscientos caballos

españoles, muchos de los cuales eran archeros, y su capitán era don Pedro de Castro. Estaba toda esta gente muy bien armada. Llevaron consigo doce falconetes de bronce.

Hecho esto levantaron de Albareto, y fueron a Bovalenta; y al primer acometimiento lo entraron y saquearon, que era muy rico. De allí llegaron al río Medoaco, que agora llaman Brenta, cuya corriente es engañosa y honda. Ataron muchas barcas que traían en carros, y así pasaron con facilidad. Metiéronse por aquella fertilísima tierra destruyendo y saqueando cuanto topaban.

No perdonaban cosa, ni lugares, ni gente, ni ganado, hasta las casas de placer que las había riquísimas que los venecianos en tiempo de paz habían labrado. Procedieron finalmente con un furor más bárbaro que discreto, que tal guerra nunca se vio en Italia; y llegó a tanto, que después de haber corrido y saqueado cruelmente toda aquella tierra, don Ramón de Cardona con el resto del ejército se alojó en Marguera, lugar marítimo; y mirando por allí, por un pequeño espacio de mar que hay en medio de la ciudad de Venecia, hicieron pasar la artillería por una trinchea a la ribera más cercana.

Y en vituperio de aquella nobilísima república, mandaron disparar contra ella la artillería.

Nunca Venecia se vio más alterada; pero el miedo que el espantable estruendo de la artillería puso en los corazones del pueblo, no fue tan grande como la tristeza de los senadores y magistrados, varones animosos, y en las adversidades constantes. Veían desde sus ventanas humear los campos de las casas y lugares que se quemaban: y sólo parecía que aquel pequeño espacio de mar que entre ellos y sus enemigos estaba, impedía que la ciudad no padeciese semejante ruina. Algunos desde las torres veían quemar sus propias posesiones: lloraban sin remedio su gran desventura.

Estando el pueblo rabiando por la venganza, y llorando tantos males, llegaron las cartas de su capitán Albiano, pidiéndoles licencia para dar la batalla al enemigo; diciendo que él tenía ejército bastante, y con soldados viejos y deseosos de verse con el enemigo y vengar los males y daños que les habían hecho. La señoría le respondió que se juntase con Ballon y se pusiese en orden y saliese a campaña y se alojase a vista del enemigo, y hallando ocasión pelease con él. Con esta licencia, luego el general Albiano mandó decir una misa solemne, y dicha, habló a todos los capitanes de su ejército, diciéndoles muy buenas razones en favor de la justicia de su república, de la confianza grande que tenía de sus valientes corazones, y que los enemigos eran bárbaros, y que en el aprieto, el tudesco no entendería al español, ni el español al italiano. Que cómo habían de consentir en que aquéllos volviesen en salvo, cargados de los despojos y riquezas de su tierra. Que si Dios hasta entonces se les había mostrado airado, volvería por ellos, y les daría vitoria. Finalmente les dijo tan buenas razones, que a voces, capitanes y soldados le pidieron la batalla.

Sacó su ejército con gran alegría y esperanzas de todos, y mandó a Ballon y a la demás gente, que estaba en guarnición en Treviso, que viniesen al campo; y proveyó que Paulo Manfron fuese a los bosques y montañas, y trajese los villanos que pudiese, y puestos en orden acudiesen con ellos donde la necesidad lo pidiese. Había en el ejército del capitán

Albiano cerca de setecientos hombres de armas y poco menos de dos mil caballos ligeros, siete mil infantes, y muy gran provisión de artillería de campaña. Juntábase con esta gente Sagromoto, vicecómite, que siendo excluso de Pavía, había traído en la Marca Trivisana casi setecientos soldados muy bien apercebidos de armas y caballos. Y demás de esto había los villanos que trajo Paulo Manfron.

Pasó Albiano con esta gente de la otra banda del río Brenta, con pensamiento de prohibir el paso del río cuando los enemigos volviesen muy cargados con la presa, y hacerlos morir de hambre teniéndolos encerrados entre ríos, o cuando quisiesen hacer fuerza, y salir en seguro, combatir con ellos con conocida ventaja.

Estaban los españoles alojados cerca del campo de San Pedro, cuando les vino nueva que Albiano con todo su ejército se había alojado de la otra parte del río de la Brenta; y que allí, deseando pelear y vengarse, había de defenderles el paso del río. Esta nueva puso fin al saquear y destruir la tierra, porque demás que todos estaban con cuidado, aun los soldados muy animosos, viéndose tan cargados de despojos, no curaban sino cómo volverían en salvo con lo robado.

LIII

Hállase confuso don Ramón, embarazado del veneciano. Hecho animoso del marqués de Pescara

Don Ramón de Cardona, queriendo pasar el río y volverse a lugares seguros antes que Albiano juntase todas sus fuerzas, recogió toda la presa y llegó a río Brenta, donde los enemigos estaban alojados de la otra banda de la ribera; y hallaron las cosas muy diferentes de lo que pensaban. Los enemigos puestos en orden, el río sin puente ni barca, ni vado, la ribera puesta en armas, y toda fortificada con artillería, el peligro era notorio, y todos estaban suspensos.

Llamó entonces don Ramón a Próspero Colona, al marqués de Pescara y a todos los demás capitanes a consejo para tratar de lo que tanto importaba a la salud de todos. Los más fueron de parecer que el vado se reconociese por parte diferente de donde el enemigo estaba fortificado, y que se pasasen de noche sin ser sentidos. Enviaron a reconocer los vados, y hallaron dos leguas de allí uno bueno, porque el río iba más extendido y llano. Con esto movió don Ramón su campo, y con el silencio de la noche, dejando fuegos encendidos, y todos los caballos ligeros, para que haciendo muestra de que el ejército estaba allí, entretuviesen al enemigo, y para que luego que el sol saliese hiciesen representación en la ribera, y diesen a entender que querían pasar por allí el río, y para que acabado esto, todos hechos un escuadrón, siguiesen el campo. Apenas comenzaba a amanecer cuando el campo llegó al lugar por donde decían que se podía pasar el río, en el cual entraron luego los capitanes de la vanguardia, y pasaron a la otra banda la artillería, con la cual pasó juntamente un poco más abajo la infantería española cerrada en su ordenanza, quebrantando la caballería por más arriba el ímpetu de la corriente.

Y aunque todos pasaban por vado incierto, y a unos llegaba el agua a los pechos y a otros a la garganta, con todo eso, los españoles pasaron sin temor, y el marqués de Pescara, viéndolos dudosos por la hondura del río, se apeó del caballo, y animando a los alféreces, entró a pie delante, y a su imitación hicieron lo mismo los más principales capitanes que llevaba, quiriendo igualarse con los soldados comunes por darles más ánimo.

Luego que los españoles pasaron, entraron los tudescos, y detrás de ellos don Ramón de Cardona y Próspero Colona con el resto del ejército y caballería ligera.

LIV

Aprieto grande en que se vio don Ramón con su gente. Próspero Colona, capitán valiente y acertado. Rompen la batalla venecianos y tudescos. Son vencidos los venecianos, aunque valientes. Matanza grande

Desengañado, pues, el enemigo, llegaron en seguimiento del campo al tiempo que la gente de don Ramón pasaba. Púsoseles delante un escuadrón de caballos albaneses; y Albiano, sospechando lo que pasaba, había enviado a reconocer, y en amaneciendo, descubierto el engaño, caminó tras los albaneses; pero como halló a los españoles en ordenanza para pelear, escaramuzó con ellos cerca del río, y no quiso pelear, o por esperar a Ballon que le había enviado a llamar, o por traer a los enemigos donde les tuviese ventaja. Habiéndole, pues, salido en vano a Albiano su primer designio, y quiriendo tomar a sus enemigos donde los pusiese en semejante aprieto, fuese a Vincenza, ciudad desierta y destruida con la guerra. Había a dos millas de Vincenza una aldea llamada Olmo, por un gran árbol olmo que está allí, que era el camino y paso forzoso por donde los imperiales habían de pasar para ir a Verona, y érales también fuerza haber de ir a esta ciudad de Verona, y con increíble trabajo y presteza rompió el camino con largo y hondo foso, estrechándole, hizo reparos, plantó la artillería y alojóse de la otra parte de aquellos estrechos, juntamente con Ballon, que a muy buen tiempo era venido.

Estaba Albiano muy contento de esta buena diligencia, porque si sus enemigos querían pasar por fuerza, pelearía muy a su ventaja, y si querían, torciendo el camino, pasar por la montaña de Basano, que era muy áspera, habían de venir a extrema necesidad: y huyendo, y perdido el bagaje, y como vencidos, perdida la honra y reputación, perseguidos de los labradores habían de caer en otra fortuna más áspera que si hubieran sido rotos en batalla.

Pasó don Ramón de Cardona con toda su gente al lugar de Olmo, con intención de caminar derecho a Verona, y como allí fue avisado que los caminos estaban rompidos, y los enemigos fortificados en ellos, tomados los pasos más peligrosos, viendo que quedaba poco del día y que sus soldados venían cansados, hubo de alojarse a quinientos pasos del ejército enemigo con harto trabajo; porque los venecianos, enderezando a aquella parte la artillería tiraban al descubierto, que aún no daban lugar para asentar las tiendas. Y así, todo lo que duró la luz del día, en el alojamiento de los españoles estaban con notorio

peligro, y era tanta la furia de las balas, que les era forzoso tenderse en el suelo, y la caballería ponerse detrás de los árboles, y irse a lugares bajos y hondos, apartándose de la misma muerte.

Y aunque luego vino la noche, no se libraron del peligro, antes fue mayor y el trabajo doblado por el miedo que cayó en los ánimos de todos, sabiendo que Ballon se había ya juntado con Albiano, y que a las espaldas estaba gran número de villanos, y que todos los llanos de los caminos estaban rompidos con fosos y con montones de tierra que habían levantado. Juntábase con estos trabajos que había dos días que les faltaba pan y no comían más que carne mal asada. No había ánimo esforzado que ya no tuviese medio tragada la muerte, y esperase el día siguiente por remate de su vida. Las cabezas del ejército iban a la tienda de don Ramón, y consultaban qué remedio tendrían en tan evidente peligro; y aunque el presente estado confirmaba el parecer que tuvo Próspero Colona de que no se hiciese esta jornada, la grandeza de su ánimo hizo que sin mostrar aún turbado el rostro, anduviese visitando y animando los soldados y dándoles muy buenas esperanzas de que Dios les daría vitoria, que por su gran autoridad y crédito que de él tenían, valió mucho.

Eran todos de parecer que volviesen atrás, y que revolviesen luego sobre mano derecha, tomando el camino que va a Bassano, creyendo que con esto sacarían al enemigo a lo llano desviándole del sitio fortísimo en que estaba alojado, y que si el enemigo no quisiese pelear ni seguirlos, rodearían por las montañas de Trento, y apartándose de Venecia volverían salvos a Verona. Mandó luego don Ramón antes de amanecer juntar todo el bagaje, y sin ningún ruido hacer señal de marchar.

Había llevado hasta allí Próspero Colona la vanguardia, y porque el enemigo quedaba atrás, pidió la retaguardia, y aún la sacó por pleito, queriendo como valiente capitán quedar a hacer rostro al enemigo y ser el primero que recibiese sus golpes. Levantóse una niebla muy espesa, y por esto no pudo Albiano saber luego la partida de su enemigo. No tenía Albiano gana de pelear, mas el proveedor Loredano dio tantas voces, culpándole que dejaba pasar en salvo al enemigo, que hubo de mandar tocar luego las trompetas y que los caballos ligeros fuesen delante.

Era, según hemos dicho, estrecho el camino a la entrada de los collados, y los venecianos habían de pasar por él. Y para ello, de necesidad habían de deshacer sus escuadrones.

Estaba delante de aquel estrecho un campo más extendido, cercado alrededor de collados bajos, donde habían hecho alto los españoles. Albiano llegó hasta allí, y habiendo enviado delante sus caballos ligeros con tres falconetes, para que fuesen haciendo daño en los contrarios y deteniendo la retaguardia, acabó de pasar los cabos estrechos y sacó toda su gente y artillería a lo llano. Y la caballería, que al principio había comenzado a pelear tibiamente, peleaba con más vigor y coraje, porque la caballería veneciana había disparado luego sus falconetes, cuando los caballos tudescos, hechos un cerrado escuadrón, dieron sobre los caballos venecianos, que les venían encima, y poniéndolos en huida los forzaron a desamparar los falconetes.

Como esto vio Albiano, que apenas había ordenado sus batallas pareciéndole que el negocio consistía en brevedad, y queriendo que los que venían huyendo no desordenasen a los demás ni les pusiesen miedo, mandó luego dar señal de batalla, y que Ballon, a quien había hecho capitán de ella, a la diestra, tomase un gran rodeo, y arremetiese a los enemigos por un lado que tenían abierto, y que Antonio Pío con él a la diestra se afirmase contra la infantería enemiga, y la cercase con las bandas de los caballos ligeros.

Ordenado esto, arremetió con su batalla cerrada en medio de los enemigos. Iba en ella la flor de todo su ejército. Don Ramón de Cardona llevaba su gente en forma cuadrada, para que si fuese necesario pelear, recibiesen el asalto con gente suelta y acomodada; y como vieron lo que pasaba, avisaron a los capitanes de la vanguardia, que luego que vieses cerca la infantería de los enemigos, trabasen con ellos la batalla. Salieron a este punto los hombres de armas venecianos de su escuadrón, y arremetieron a los caballos tudescos, que con la esperanza de la vitoria que habían comenzado a ganar, habían pasado muy adelante. Y a la primera arremetida los rebatieron, y derribando y hiriendo a Riciano y a Celembergo y a Sucaro, sus capitanes, los rompieron y siguieron hasta sus banderas.

Troillo Sabello, que estaba refirmado hacia aquella parte cerca del camino real, delante de las banderas de la infantería, viendo el peligro, hizo que la ordenanza de la infantería se abriese un poco y dejase espacio por donde colasen los tudescos, porque como venían desordenados y turbados, no desbaratasen los escuadrones de la infantería que estaban enteros. Y así como iban pasando, les decía que no pasasen, sino que a la hora se fuesen a recoger a la retaguardia.

Y hecho esto, él y Mucio Colona y Hernando de Alarcón, viendo que ya había comodidad para trabar la batalla, hicieron pasar adelante sus banderas, y cerraron furiosamente con los enemigos.

Era toda esta gente que arremetió una contra otra, casi igual en número y valor de caballería, porque de cada parte había cerca de quinientos caballos, soldados viejos de Italia. Peleaban valerosamente con deseo de la vitoria. Andaba Albiano discurrendo de una parte a otra, y animando con muy buenas razones como valeroso capitán a los suyos, que valió para poner corazón en su gente, hasta hacerles llegar rompiendo por lo más cerrado hasta las banderas contrarias, y trabarse de ellas para llevarlas: sino que les fueron muy bien defendidas. Estando de una parte y otra igual la esperanza y miedo, y la caballería peleando frente a frente, Próspero Colona discurría por los escuadrones animando; y mandó que de una parte el marqués de Pescara con sus españoles, y de otra Landao con la infantería tudésca, arremetiesen con ordenanza y paso igual contra la infantería de los venecianos.

Fue tan grande el ímpetu con que éstos arremetieron, que las compañías de Ballon, Brisigelo, a quien Albiano por tenerlos por muy valerosos había puesto en la frente contra los enemigos, apenas esperaron los primeros golpes, volviendo las espaldas casi antes de ver la cara a sus contrarios. Entonces, como la batalla, en que no había sino caballos, quedó por un lado desnuda de infantería, comenzó primero a ser herida y apretada reciamente, y después, muriendo muchos, vino a parar en huida. Porque en cayendo los

primeros, no bastó lo que los caballeros más valerosos trabajaron por sustentar su campo y sostener los furiosos golpes de los enemigos.

Y con esto, la caballería veneciana, que ya había sido rebatida y estaba desordenada, de ninguna manera pudo ser detenida ni ponerse en orden. De esta manera murieron los que valientemente resistían, y las banderas echadas por tierra; y la de Albiano, capitán general, por mas que la defendió hasta morir su valeroso alférez Marco Antonio de Monte, sufrió igual suerte.

Así murieron otros nobles capitanes, en la ala siniestra, los soldados de Antonio Pío, como vieron rota y puesta en huida la batalla, en que estaba toda la fuerza de su ejército, arrojaron las armas y dieron a huir. Lo mismo hicieron los soldados de Paulo Ballon, que se detuvo en el rodeo más de lo justo, embarazándose en unas lagunas y cienos en que, por querer tomar a los enemigos en medio, se metió. Y como Albiano comenzó la batalla antes de lo que tenía pensado su gente, viendo la matanza y huida de los compañeros, huyeron antes de llegar a pelear. De esta manera perdieron los venecianos la batalla.

Escaparon muchos con la vida por la bondad de los españoles y italianos. Mas los que por su desventura vinieron a poder de tudescos, todos murieron: porque los tudescos, acordándose de la rota que recibieron en Cador, habían hecho juramento de no perdonar a nadie.

Diose esta batalla a 7 de octubre de este año de 1513. Murieron de la parte de los venecianos más de cinco mil personas: entre ellos, y lo que nunca se vio en batalla, fueron muertos cuatrocientos hombres de armas. Tomáronse veinte y cuatro piezas de artillería de campaña.

De los vencedores murieron pocos. Los villanos, que estaban por las montañas amenazando con las armas a los españoles, como vieron tan desastrado fin de su gente, huyeron como las ovejas del lobo por los montes.

Año 1514

LV

Paz entre Francia y España. Pide el rey de Ingalaterra que Carlos se casase con su hermana, como estaba concertado. Muere el rey Luis de Francia, recién casado. Reina Francisco. Comienza a reinar de veintidós años

Así pasaron las cosas del año de 1513. Ya que llegaba el de 1514, sintiéndose el rey de Francia apretado con los malos sucesos de Italia, procuró la paz con el Rey Católico. Y lo que se concluyó fue una tregua por un año; de lo cual el rey de Ingalaterra no gustó nada. Y desde a pocos días envió a pedir y requerir al príncipe don Carlos que, pues cumplía catorce años a los 24 de hebrero del año que entraba, quisiese celebrar el casamiento con madama María su hermana, como estaba concertado de antes; y lo mismo envió a pedir al

rey don Fernando y al Emperador, abuelo del príncipe. Los cuales respondieron a esto (y así lo concertaron y aconsejaron al príncipe) que el casamiento se debía dilatar algún tiempo, porque él era aún de muy poca edad para casarse, y más con mujer de más edad que él.

De esta respuesta, si bien justa y honesta, el rey de Inglaterra mostró mucho descontento, y luego trató de casar su hermana con el rey Luis de Francia, que de pocos días estaba viudo: y el casamiento se hizo en 9 de octubre del año de 1513, y se asentaron paces entre Inglaterra y Francia. Pero el viejo rey gozó poco de este bien, porque murió primero día de enero de este año de 1514.

Y sucedió en el reino por varón deudo más cercano, porque él no dejaba hijo, Francisco de Valois, casado con Claudia, hija del dicho rey Luis, siendo Francisco de veinte y dos años de edad, brioso y aficionado a las armas, y de grandes pensamientos y codicia de ensanchar el reino que Dios le daba; que fueron condiciones que costaron mucha sangre al mundo, y juntas con la potencia de Francia, que es grande, porque la tierra es rica, gruesa, ancha y recogida, cercada por todas partes de mares y montañas, fueron causa para que lo mas del tiempo que él vivió y reinó, tuviese guerras sangrientas con gran daño de la cristiandad, como se verá en el discurso de esta historia.

Y ya en este tiempo, el príncipe don Carlos era de catorce años y andaba en los quince, y se echaba de ver en él el valor, saber y prudencia que después mostró. Y todos juzgaban ser bastante para tomar la administración y gobierno de estos reinos, ansí en los de España como en los estados de Flandes. Y por esto, de allá pocos días, se ordenó de manera que él hubo la gobernación de los unos y de los otros reinos, como luego se verá.

Y siendo informado el nuevo rey de Francia del ser y valor de este príncipe, holgó que se tratasen algunos medios de paz y firme concordia entre los dos; porque como echaba el rey Francisco el ojo a Italia, parecíale cosa muy conveniente tener ganado tal amigo; y así, trató que Carlos casase con madama Renata, hija del rey Luis difunto, y hermana de la reina. Y para esto envió a monsieur de Vendestrie por su embajador al príncipe Carlos, acompañado de mesire Esteban de Poncher, obispo de París y después arzobispo de Sens, con otros caballeros. Fueron por tierra de Henault atravesando por el país de Brabant, y llegaron víspera de San Juan, año 1515, a la Haya en Holanda, donde hallaron al príncipe, y representaron su embajada, y trataron del dicho casamiento.

Y el príncipe holgó mucho de ello, por el deseo que siempre tuvo de la paz con los príncipes cristianos, y también porque le estaba bien tener por amigo y deudo un vecino tan poderoso, hasta verse firme en las sillas de España y demás estados que le competían.

Mas el príncipe no se resolvió en cosa sin la voluntad y parecer de su abuelo el emperador Maximiliano, sin acordarse del rey don Fernando como fuera razón.

Año 1515

LVI

Entra Carlos en el gobierno de Flandes. Casamientos de las infantas hermanas de Carlos

Estando, pues, las cosas en este estado, andando ya el príncipe don Carlos en los quince años de su edad, el emperador Maximiliano se exoneró de la gobernación de los países de Flandes, cediendo y traspasándola en el nieto. Y madama Margarita, que era su curadora, se la entregó con gran demostración de gozo de todos los estados, y solemnes fiestas y triunfos que en todas las ciudades se le hicieron: tomándole la jura los príncipes y diputados de ellos, con demostración de un gozo increíble, cual nunca se hizo con príncipe de ellos. Y escribió luego a todos los príncipes de la cristiandad, Francia, Inglaterra, Portugal, Escocia, Dinamarca, Noruega, Suevia, Gothia, Vándalos, Pannonia, Bohemia y a otros. Y a esta misma sazón el emperador su abuelo concertó de casar la infanta María, hermana del príncipe, con Ludovico, rey de Bohemia y Hungría; y que el infante don Hernando, que estaba en Castilla con su abuelo el Rey Católico, casase con Ana, hermana del dicho rey. Lo cual se concluyó el año siguiente en las cortes o dieta que el Emperador tuvo en Viena.

Y finalmente casó el príncipe don Carlos todas sus hermanas de esta manera: María con el rey Luis de Hungría; Leonor con don Manuel, rey de Portugal; doña Catalina, que era la menor, que nació en Torquemada, con don Juan, hijo del rey don Manuel de Portugal; a Isabel con el rey de Noruega y Dinamarca. Habiendo Carlos emparentado tan estrechamente con todos los príncipes mayores de la cristiandad, esperaban las gentes una larga paz, un siglo dorado y felicísimo, aunque no lo fue sino de harto trabajo y de duro hierro.

LVII

Incorpórase de Navarra con Castilla. Enfermó gravemente el rey don Fernando. Micer Antonio, Chanciller de Aragón, preso por atrevido. Sábado 15 de septiembre partió el rey. Muere don Gutierre Padilla. Muerte del Gran Capitán, de edad de sesenta y dos años

En tanto que el emperador Maximiliano con su nieto el príncipe don Carlos entendía en estas cosas con tanta prudencia acordadas, el rey don Fernando el Católico, que ya estaba muy viejo y enfermo, andaba, como siempre lo hizo, de lugar en lugar, sin parar un punto; y la reina moza a su lado, que le acababa la vida.

Partió la reina Germana del monasterio de la Mejorada, cerca de Olmedo, a tener cortes en Aragón. Fue el Rey Católico con ella, hasta Aranda, por el mes de abril de este año. De allí partió el rey para Burgos, viernes 8 de mayo, donde tuvo cortes. Y se le dieron en servicio ciento y cincuenta cuentos; y se incorporó el reino de Navarra con la corona de Castilla y León.

Y una noche, 27 de junio, estuvo el rey tan malo, que pensaron que no llegara a la mañana, y fue sentido por los monteros de guarda, que le tornaron en sí.

Partió de Burgos, volvió a Aranda viernes 20 de julio, donde mandó prender a micer Antonio Agustín, su vicechanciller de Aragón, que venía de las cortes de Monzón; y aunque le dieron otro color a la prisión, la verdad fue que el rey lo mandó prender, porque requirió de amores a la reina Germana. Y estuvo preso en Simancas mucho tiempo, hasta que con fianzas le hizo soltar el cardenal don fray Francisco Jiménez en el tiempo de su gobernación.

Partió el rey de Aranda y fue a Segovia. Posó en el monasterio de Santa Cruz de la orden de Santo Domingo. Estuvo harto malo, y aunque le dijeron que no se partiese, no se pudo acabar con él, quedando el consejo en Segovia a las cortes de Aragón, que no eran acabadas; y estuvo en Calatayud, y volvió el rey de Calatayud; entró en Madrid postrero de octubre y partió de Madrid para Palencia, estando ya muy enfermo. Llegó a Palencia víspera de San Andrés, donde fue solemnemente recibido: porque después que redujo aquella ciudad a la corona real, no había entrado en ella. Posó en la fortaleza: y allí a veinte de este mes, vino nueva que era fallecido don Gutierre de Padilla, comendador mayor de Calatrava, en Almagro: y díjose que si alcanzara de días al Rey Católico, que tomara el maestrazgo de Calatrava, porque tenía esperanzas de ser elegido.

A dos de septiembre de este año murió Gonzalo Fernández de Córdoba, Gran Capitán, duque de Sesa y TerraNova, cuyas hazañas tienen particular historia como la merecen. También se dijo que si viviera más que el rey don Fernando, ocupara el maestrazgo de Santiago, porque tenía bulas para ello. Pero Su Majestad hubo otra bula en el mismo mes, por medio del cardenal de Santa Cruz, para poder tener todos tres maestratzgos, como los habían tenido sus abuelos.

En este año de 1515 se hizo señor del estado de Milán el rey Francisco, como se dirá adelante. Pesábale al Rey Católico, y aun temíale, por verle tan poderoso en Italia, recelándose que daría luego sobre Nápoles. Por esto trató con el Emperador su consuegro, que se ligasen los dos y hiciesen guerra al francés, que si bien la de la salud le era cruel, no por eso perdía los buenos aceros que siempre tuvo.

LVIII

Adriano viene a España. Madrigalejo, lugar diputado para el fin del Rey Católico

De esta manera pasó el Rey Católico el penúltimo año de su vida; y en Flandes se sabía cuán cerca estaba de acabarla. Por esto el príncipe don Carlos determinó enviar en España a su maestro Adriano, deán de Lovayna, con poderes despachados en Bruselas a primero de octubre (el año en blanco) llamándose Carlos príncipe de las Españas, y en lengua latina; que aunque los tengo, no los refiero aquí, por no cargar tanto esta obra. Baste saber que la causa que dan es haber sabido que su abuelo don Fernando, rey de Aragón, y administrador de los reinos de Castilla, León y Granada, etc., estaba tan

enfermo, que se temía de su salud; y para que si Dios lo llevase de esta vida, quería tener en los reinos de España un varón de vida ejemplar, sabio y prudente, que acudiese al gobierno de ellos con fidelidad y cuidado: y que para esto enviaba a Adriano con todo su poder, prometiendo de venir él muy presto.

Y llegado, halló al Rey Católico en la ciudad de Plasencia muy enfermo, según referí; y aún dicen que no gustó nada con su vista; y caminó con él hasta Guadalupe, donde pasó con el rey muchas pláticas, y dudas que hubo sobre la venida del príncipe, que nunca el rey gustó de ella y otras cosas. Y a la verdad, la venida de Adriano a España fue, como dice un autor flamenco, por orden de Guillelmo de Croy, señor de Xevres, gran privado del príncipe, porque, como es ordinario en los tales, espantábale la sombra de la virtud de Adriano: y para hacerse dueño y sin zozobra del príncipe y de su tía doña Margarita, que gobernaba los estados de Flandes, dio traza como Adriano viniese por embajador, con achaque de que el Rey Católico trataba mal a algunos caballeros, porque cuando vino el rey Felipe a España, le habían dejado, y seguido con más muestras de afición a don Felipe.

Pudo ser éste el motivo de Xevres; mas según pareció por los poderes que, después de muerto el Rey Católico, mostró Adriano, la causa de su venida era por saber el estado de las cosas de España y para tomar la posesión del reino por el príncipe, luego que el rey muriese. Y así lo entendió el Rey Católico, y por eso no lo recibió con mucha gracia. Salió el rey de Plasencia, como dije, y vino a Zaraicejo por la puente del cardenal, en andas o litera: y de allí con asaz pasión y dolor, otro día, sin más detenerse, partió y vino a la Vertura, donde estuvo cinco o seis días.

Y de aquí fue a Madrigalejo, aldea de la ciudad de Trujillo, donde estaba pronosticada su muerte; y el viejo rey pensaba que era en Madrigal.

Sabido por Adriano cómo la enfermedad del rey se agravaba, vino a Madrigalejo desde Guadalupe, donde el rey tenía acordado de estar algunos días para ordenar cosas y tener capítulo de la orden de Calatrava, y proveer la encomienda mayor, que por muerte de don Gutierre de Padilla había vacado, la cual se tenía por cierto que había de dar a su nieto don Hernando de Aragón, hijo de don Alonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza, su hijo; o a don Gonzalo de Guzmán, clavero de Calatrava, hermano de Ramiro, Núñez de Guzmán, ayo del infante don Fernando, dando la clavería a don Fernando de Aragón. Como el rey supo que había venido allí Adriano, y que le pedía audiencia, sospechó mal de aquella venida, y con enojo que hubo dijo: *No viene sino a ver si me muero: decidle que se vaya, que no me puede ver.*

Y así se fue Adriano harto confuso.

Después le mandó llamar el rey por consejo e intercesión de algunas personas, y le habló dulcemente, y le encargó que fuese delante a Guadalupe y que le esperase, que presto sería él allí.

Hay quien diga que el Rey Católico asentó y concertó con Adriano que el príncipe viniese pacíficamente y que su hermano el infante don Fernando fuese luego a Flandes, y que la gobernación de estos reinos todavía la tuviese él, los días que viviese, pues habían de ser tan pocos.

Y conforme a esto se concertaron otras cosas, para que en paz y concordia fuese la venida del príncipe don Carlos.

Año 1516

LIX

Aprieta la enfermedad al rey, y ordena su testamento. Licenciado Francisco de Vargas, colegial de Santa Cruz, de Valladolid, por quien se dijo: «Averígüelo Vargas...», porque le remitían los reyes todos los negocios para que los averiguase en muchos oficios de gran confianza que tuvo en estos reinos. Consejo sano y prudente que los de la Cámara dieron al Rey Católico

Estando el rey don Fernando el Católico en Madrigalejo este año 1516, por el mes de enero, le dijeron cuán cerca estaba de acabar sus días. Lo cual con gran dificultad pudo creer, que el enemigo le tentaba con la pasión del vivir, para que ni confesase ni recibiese los sacramentos. A lo cual dio causa, que estando el rey en Plasencia, uno del Consejo, que venía de la beata del Barco de Ávila, que fue una embustera notable, le dijo que la beata decía de parte de Dios, que no había de morir hasta que ganase a Jerusalén; y por esto no quería ver ni hablar a fray Martín de Matienzo, de la Orden de Santo Domingo, su confesor, si bien algunas veces el fraile lo procuró. Pero el rey le echaba de sí, diciendo que venía más con fin de negociar memoriales, que entender en el descargo de su conciencia.

Pero algunas buenas personas, así criados como otros que deseaban la salvación de su alma, le apretaron y quitaron de aquel mal propósito, y el Espíritu Santo movió su corazón, y mandó llamar una tarde al dicho confesor, con el cual se confesó, y recibió con devoción el Santísimo Sacramento.

Y de la confesión resultó que mandó llamar al licenciado Zapata y al doctor Caravajal, sus relatores y referendarios, y de su Consejo y Cámara, y al licenciado Francisco de Vargas, su tesorero general y de su Cámara, todos del Consejo Real.

A los cuales, en gran secreto, dijo que ya sabían cuánto había de ellos fiado en la vida, y que porque de lo que le habían aconsejado siempre se había hallado bien, agora en la muerte les rogaba y encargaba mucho, le aconsejasen lo que había de hacer, principalmente cerca de la gobernación de los reinos de Castilla y Aragón. La cual en el testamento que había hecho en Burgos, dejaba encomendada al infante don Fernando, su nieto, que había criado a la costumbre y manera de España; porque creía que el príncipe don Carlos no vendría en estos reinos, ni estaría de asiento en ellos a los regir y gobernar

como era menester: y estando como estaba fuera de ellos en la tutela de personas no naturales, que mirarían antes a su propio interese que no al del príncipe, ni al bien común de los reinos.

A lo cual le respondieron los del Consejo, que Su Alteza sabía bien con cuántos trabajos y afanes había reducido estos reinos al buen gobierno, paz y justicia en que estaban; y que asimismo sabía que los hijos de los reyes nacían todos con codicia de ser reyes; y que ninguna diferencia, quanto a esto, había entre el mayor y los otros hermanos, sino tener el primogénito la posesión. Y que asimismo, conocía la condición de los caballeros y grandes de Castilla, que con movimientos y necesidades en que ponían a los reyes se acrecentaban: y que por esto les parecía que debía dejar por gobernador de los reinos de Castilla al que de derecho le pertenecía la sucesión de ellos, que era el príncipe don Carlos, su nieto; porque, no embargante que el señor infante don Fernando fuese tan excelente en virtudes y buenas costumbres que en él cesaba toda sospecha; pero que siendo de tan poca edad como era, había de ser regido y gobernado por otros, de los cuales no se podía tener tanta seguridad que puestos en el gobierno no deseasen movimientos y revoluciones, para destruir el reino y acrecentarse. Y que no podría haber seguridad bastante que esto excusase, si no era dejando lo suyo a su dueño; lo cual era conforme a Dios, a buena conciencia, razón natural, y a todo derecho divino y humano, en que había menos inconveniente. Que si se acordaba de lo pasado, y de las dificultades y trabajos que él y la Reina Católica habían tenido cuando comenzaron a reinar, para reducir estos reinos a su obediencia, conocería claro en cuánta ventura y discrimen quedaba todo, dejando por gobernador al infante, estando ausente el príncipe, y viviendo la reina doña Juana su hija. Y quedando la posesión del gobierno al infante don Fernando, que estaba presente, en especial si le dejaba los maestrazgos, como se decía, que el menor inconveniente que de esta provisión se seguía, era nunca venir el príncipe en estos reinos, que en la verdad era él mayor, porque viendo a su hermano el infante apoderado, no faltaría quien le pusiese grandes dificultades que le entibiasen en más su venida. Y que el mando y gran poder convidaban al infante a lo que no era de su condición.

LX

Revoca el Rey Católico lo que había ordenado en Burgos. Nombran los del Consejo a fray Francisco Jiménez por gobernador de Castilla. Que los maestrazgos no se diesen al infante don Fernando. Señala cincuenta mil ducados en Nápoles para el infante

Oídas estas razones y otras que le fueron bien dichas, el rey, con lágrimas en los ojos, dijo que le parecían bien y que ordenasen las cláusulas del testamento.

Y pareció que lo que tenía primero ordenado en Burgos, se debía del todo revocar y hacer que nunca pareciese, y escribir de nuevo todo el testamento, porque no quedasen testigos del primero y se engendrara algún mal concepto. Por esto fue muy secreto, que no lo supo el infante, que estaba en Guadalupe, ni Gonzalo de Guzmán, claverero de Calatrava, su ayo, ni fray Álvaro Osorio, obispo de Astorga, su maestro, que estaban con él. Dijeron asimismo los del Consejo al rey, que en lo de la gobernación de Aragón, que dejaba a don

Alonso de Aragón, su hijo, arzobispo de Zaragoza, les parecía muy bien acordado, porque en él cesaban todos inconvenientes, y era natural y amado y bien quisto de aquellos reinos, y los podría gobernar en paz y justicia.

Dijo el rey, que pues les parecía que debía dejar por gobernador de Castilla y de León al príncipe, que estaba ausente, que para el entretanto que viniese o proveyese de Flandes, era necesario poner algún gobernador que entretuviese las cosas de estos reinos; que le aconsejasen quién sería el que había de nombrar, porque persona mediana, ni el Consejo con ella, no bastarían para este efeto de entretener el buen gobierno en paz y justicia. Y que dejar grande era gran inconveniente, según la experiencia de las cosas pasadas; especial, que habría discordias entre el que fuese nombrado y los otros; y no le obedecerían llanamente como era menester, y así se seguirían mayores males y daños.

Fue nombrado por uno de los del Consejo que allí estaban, el cardenal don fray Francisco Jiménez, arzobispo de Toledo, y luego pareció que no había estado bien el rey en ello y dijo: *De presto ya vosotros sabéis su condición.*

Y estándose un poco sin que alguno replicase, tornó a decir: *Aunque buen hombre es, de buenos deseos, y no tiene parientes y es criado de la reina y mío, y siempre le hemos visto y conocido tener la afición que debe a nuestro servicio.*

Y los del Consejo le respondieron que así era la verdad, que con todo lo que Su Alteza les decía les parecía muy bien. Y que era buena la elección y mejor considerados los inconvenientes que de los nombramientos de otros se esperaban.

Luego el rey tornó a decir: *Pues en lo de los maestrazgos, ¿qué me aconsejáis?*

Los del Consejo le respondieron que lo mismo que le habían aconsejado en lo de la gobernación de los reinos de Castilla y de León por las mismas razones. Y porque si un solo maestrazgo, puesto en persona llana, bastaba para poner disensión y movimientos en el reino, como se había visto, que muy más claro era que tres puestos en una persona real causarían los mismos males, o se podrían temer. Y para esto no habría mejor testigo que Su Alteza, porque a esta causa el Rey y la Reina Católicos habían proveído santamente en poner en sus personas reales la administración de todos tres maestrazgos; lo cual había parecido ser muy provechoso, como la experiencia lo ha demostrado.

El rey dijo: *Verdad es, pero mirad que queda muy pobre el infante.*

A lo cual le fue respondido por los del Consejo, que la mayor riqueza que Su Alteza podía dejar al señor infante era dejarle bien con el príncipe don Carlos, su hermano mayor, rey que había de ser, porque quedando bien con él, siempre libraría mejor. Que Su Alteza le podría dejar en Nápoles lo que fuese servido; y que así cesarían los inconvenientes de los reinos de Castilla y aprovecharía a la guarda del reino de Nápoles.

Al rey pareció bien lo que le aconsejaban, y les mandó que consultasen y ordenasen las cláusulas y provisiones necesarias así para lo de la gobernación y maestrazgos en favor

del príncipe don Carlos, y cómo se señalasen cincuenta mil ducados de renta para el infante en el reino de Nápoles.

Los del Consejo se partieron del rey y fueron a ordenar las dichas cláusulas del testamento, y la suplicación para el Papa sobre los maestrazgos; aunque decían que el cardenal de Santa Cruz tenía ya hecha esta diligencia en Roma, y el Gran Capitán para sí.

Y así de aquella misma manera se trasladó por uno de los del Consejo en el dicho testamento, y fue necesario tornallo todo a escribir, porque no pareciese rastro de lo que primero había el rey ordenado en Burgos. Y con mucha dificultad se pudo tornar a escribir, porque el mal del rey apretaba y la escritura era larga.

LXI

Viene la reina Germana a la posta. Muere el rey don Fernando

La reina Germana, segunda mujer del rey, que estaba en las cortes de Calatayud, como supo el extremo en que el rey estaba, partió a largas jornadas andando de día y de noche, y llegó el lunes por la mañana.

Y martes siguiente, en la tarde, a 22 de enero de este año de 1516, otorgó el rey su testamento ante Clemente Velázquez, protonotario. Dejó los cincuenta mil ducados al infante don Fernando en cada un año, sobre Brindez, Tarento y otras ciudades de Nápoles en la Pulla, y dejó también a la reina Germana treinta mil florines cada un año sobre la Cámara de Sicilia, los cuales se le situaron en Castilla sobre las villas de Arévalo, Madrigal y Olmedo, y sobre el reino de Nápoles diez mil ducados. Y escribió al príncipe don Carlos, su nieto, dos cartas muy notables.

Y después de media noche, entrando el miércoles 23 de enero, entre la una y las dos, pasó de esta presente vida a la eterna. Murió en un mesón de una pobre aldea, por no haber otra mejor casa en el lugar. Que es un notable ejemplo y aviso para ver cuáles son las fortunas de esta vida y en qué paran sus grandezas, coronas y imperios, pues vino a morir en un triste y pequeño lugar y en casa alquilada y común a todos, el más poderoso rey de su tiempo y que más villas y ciudades había poseído, ganado y conquistado.

Falleció vestido el hábito de Santo Domingo. Estaba muy deshecho porque le sobrevinieron cámaras, que no sólo le quitaron la hinchazón que tenía de la hidropesía, pero le desfiguraron y consumieron de tal manera, que no parecía él. Y a la verdad su enfermedad fue hidropesía con mal de corazón, aunque algunos quisieron decir que le habían dado yerbas, porque se le cayó cierta parte de una quijada; pero no se pudo saber de cierto más de que muchos creyeron que aquel potaje que la reina Germana le dio para hacerle potente, le postró la virtud natural. Fue sepultado en Granada, porque tenía él ordenado en sus días, que fuese allí el entierro de todos los reyes de España.

LXII

Talle y condiciones del Rey Católico

Era el Rey Católico de mediana estatura, aunque muy fornido, muy ejercitado y fuerte en las armas, mayormente a caballo, prudente y sufrido en los trabajos; de juicio claro y asentado entendimiento, bien afortunado, justiciero, apacible, llano y humano. Y así era muy amado de los suyos, aunque era poco liberal. Muy celoso del servicio de Dios, como se ve por lo que hizo en España. Finalmente fue uno de los excelentes príncipes del mundo en paz y en guerra. Téngale Dios en su gloria, amén.

Mandóse enterrar en Granada, con la reina doña Isabel su primera mujer. Mandó que no pusiesen jerga, que es luto, sobre las cabezas, ni que trajesen barbas crecidas. Que se dijese diez mil misas. Que vistiesen cien pobres de vestiduras dobladas, y que se repartiesen entre sus criados cinco mil ducados, como pareciese a sus testamentarios. Mandó seis mil ducados para redimir cautivos, casar huérfanas y pobres vergonzantes. Mandó pagar todas las deudas que pareciesen por testigos o escrituras sumariamente sin ningún rigor de justicia, y que si no tuviesen probanza, que fuesen creídos por juramento, y siendo tales personas que pareciese a sus testamentarios que eran de crédito. Dejó para pagar sus deudas y cargos toda su recámara y todo lo que le era debido de sus rentas de los reinos y de las Indias, y de los diez cuentos que tenía situados para su gasto en las alcabalas de estos reinos hasta el día que murió. Y más señaló para esto los dichos diez cuentos por cinco años, y encargó al príncipe que lo hubiese por bien.

Dejó por su heredera y sucesora en todos sus reinos de Aragón, Sicilia, Nápoles y Navarra y en los otros señoríos a la reina doña Juana su hija. Dejó por gobernador de todos los reinos al príncipe don Carlos, su nieto, por la indisposición de la reina su madre; y entretanto que el príncipe venía a estos reinos, que los gobernase el cardenal de Castilla, fray Francisco Jiménez, y por gobernador de Aragón, y Valencia y Cataluña al arzobispo de Zaragoza, su hijo; y de los reinos de Nápoles y Sicilia a don Ramón de Cardona.

Dejó por sus testamentarios al príncipe don Carlos, su nieto, viniendo a estos reinos, y a la reina Germana, su mujer, y al duque de Alba, y a su confesor, y al protonotario Clemente, ante quien pasó su testamento, y al arzobispo de Zaragoza y a la duquesa de Cardona y a don Ramón de Cardona.

Mandó a la reina Germana, su mujer, treinta mil florines de renta en la ciudad de Zaragoza, de Sicilia, y dos villas de Cataluña, y que la gobernación y justicia dellas tuviesen personas naturales. Mandóle más diez mil ducados de renta situados en Nápoles; éstos entre tanto que no se casase, y casándose que le quedasen sólo los treinta mil florines.

Encargó a la dicha reina que viviese en alguna ciudad o lugar del reino de Aragón, porque allí sería acatada y servida.

Mando al infante don Fernando su nieto el principado de Taranto en el reino de Nápoles, con otros Estados en el dicho reino, que valían entonces hasta treinta mil ducados. Y más le mandó otros cincuenta mil ducados de por vida en las rentas del mismo reino; y los de arriba para sus sucesores, como es costumbre en aquel reino.

Mandó al príncipe su nieto todos los tres maestrazgos y los renunció en su favor por virtud de una facultad que para ello había pedido al Papa, y no era aún venida, y suplicó al Pontífice se los confirmase.

Mandó restituir los dineros que se habían cogido de la Cruzada que estaban en su Cámara, que serían hasta quince mil ducados, y que todo lo otro que se debía y estuviese cogido, se gastase en la guerra contra moros, y no en otra cosa.

Mandó a la reina de Nápoles, su hermana, todo lo que le solían dar cada un año y tenía situado en el reino de Nápoles, y encargó al príncipe que lo tuviese por bien.

Mandó a su sobrina, hija de la reina de Nápoles, cien mil ducados que le debía, y entretanto tuviese empeñadas ciertas tierras.

Mandó que viniendo el príncipe sacase al duque de Calabria de la prisión y le trajese consigo, y le encargó su buen tratamiento y que le diese entretanto y después lo que le solía dar, y que si el príncipe tardase, enviasen allá para saber su voluntad.

Encargó al príncipe el infante don Enrique y a su hijo el duque de Segorbe, y que el príncipe les diese lo que les solían dar.

Escribió, en fin, una carta al príncipe su nieto, diciendo en ella:

Carta del rey D. Fernando.

«Ilustrísimo príncipe nuestro muy caro y muy amado hijo. Como a Dios nuestro Señor ha placido de ponernos en tal estado y disposición, que más estamos para le ir a dar cuenta, que para curar de las cosas de este mundo, y la mayor lástima que de él llevamos es antes de nuestra muerte no haberos visto, por el entrañable amor que os tenemos. Y esto ser verdad conocerlo heis por nuestro testamento, porque como quiera que de otra manera pudiéramos disponer de nuestros reinos y señoríos, no quisimos sinón dejar en vos nuestra sucesión y toda nuestra memoria, la cual habemos ganado y conservado con mucho trabajo de nuestra ánima y cuerpo. Y en pago de todo esto por la obediencia que nos debéis como a padre y abuelo, os encargamos principalmente dos cosas: La primera que tengáis cargo de cumplir nuestro testamento, e acordaros de nuestra ánima. La segunda es que miréis, que honréis y favorezcáis a la serenísima reina nuestra muy cara y muy amada mujer, que en nuestro fin queda sola y desfavorecida, y con necesidad. Y si alguna consolación y descanso llevamos es en saber que en vos le quedará buen padre e hijo. Y esto de la serenísima reina, nuestra muy cara y muy amada mujer, vos rogamos tan cara y afectuosamente como podemos, y que lo que le dejamos por nuestro testamento en el reino de Nápoles para sustentación de su vida, que se lo fagáis cumplir e

pagar en las rentas de Castilla, pues eso vos cuesta lo uno que lo otro, porque ella tiene voluntad de vivir en estos reinos o en los de Aragón. E porque según la gravedad de nuestra enfermedad creemos no poderos ver, e ser ésta la postrera que os escribimos, por esta carta os damos nuestra bendición, e rogamos a Dios, que es Todopoderoso, que os guarde e acreciente en vuestros Estados como yo y vuestro real corazón desea. Ilustrísimo nuestro muy caro y muy amado hijo, Nuestro Señor todos tiempos en su especial encomienda os haya. De Madrigalejo, a 21 de enero de 1516 años.

Yo el Rey.»

LXIII

Pronóstico de la muerte de don Fernando. Condiciones de los Reyes Católicos. Nobleza y antigüedad grande de los cantábricos, vizcaínos, navarros y guipuzcoanos. Notable prudencia de la Reina Católica

Cierto judicario o hechicero tenía pronosticado que el rey don Fernando había de morir en Madrigal, y aunque en su monasterio de monjas agustinas tenía dos hijas bastardas que él quería mucho, se excusaba de entrar allí, y hubo de cumplirse en Madrigalejo, siendo de edad de 64 años, y habiendo 42 que reinaba y gobernaba. Puede decir España que en los dos reyes don Fernando y doña Isabel tuvo los dos mejores príncipes juntos que desde su población conocemos, y así merecieron el renombre de Católicos, que aunque es propio de los reyes de España, y que lo ganó don Alonso, primero de este nombre, ya por excelencia y antonomasia se entiende de estos dos reyes; aunque como en esta vida no hay cosa perfecta, fueron algo codiciosos y apretados.

Solía decir la reina que los reyes no tenían parientes, y que todas las haciendas eran suyas. Desde ellos se comenzó a decir en las cartas *cuyas diz que son*, y valieron mucho con ellos los vizcaínos y guipuzcoanos. Anduvieron por estas tierras honrándolos, porque se preciaban mucho estos reyes de su naturaleza, y de la antigüedad que en ella tenían por Navarra y los señores de Vizcaya, que sin duda son los españoles más antiguos y más hijos de Tubal, y que menos se han mezclado con otras naciones de las muchas que en España han entrado.

Este amor mostraban los Reyes Católicos en todos los pueblos de estas provincias, porque en llegando a cada uno de ellos, la reina se vestía y tocaba al uso de aquel pueblo, llamando a las personas de más merecimiento, y tomando de la una el tocado, de la otra la saya, y de la otra el cinto y las joyas, para tener a todos de su mano y mostrarles el amor que les tenía; y volvía estas preseas a sus dueñas muy mejoradas cuando llegaba a otro pueblo, y a sus maridos hacía muchas mercedes, y honraba y gratificaba con dones a los que la habían servido en la guerra, y de esto hay grandes privilegios entre los nobles vizcaínos y guipuzcoanos.

Piden particular historia los méritos y excelencias de los Reyes Católicos, que Dios tendrá premiados en los cielos.

LXIV

Breve relación del infante don Fernando, hermano del Emperador. Conde de Lemos tomó a Ponferrada. La marquesa de Moya toma los alcázares de Segovia. En este año, Deza dejó el oficio de inquisidor y lo fue Jiménez. Monteros de Espinosa. Talle hermoso del infante

Por lo que he dicho del infante don Fernando, hermano del Emperador, y por el amor que estos reinos le tuvieron, haré aquí una breve relación de su nacimiento y crianza, sacada de la que hizo el maestro fray Álvaro Osorio de Moscoso, de la Orden de Santo Domingo, hermano de don Rodrigo Osorio Moscoso, conde de Altamira, el que desgraciadamente murió sobre Bugía, y ambos hijos de don Pedro Álvarez Osorio, hijo segundo de don Pedro Álvarez Osorio y de doña Isabel de Rojas, condes de Trastámara, y de doña Urraca de Moscoso. Fue este padre del convento insigne de San Esteban de Salamanca. Fue curador de su sobrino don Lope Osorio de Moscoso, conde de Altamira, que en la muerte de su padre quedó niño de seis años, y fue maestro del infante don Fernando. Y por eso quiso escribir lo que aquí dice sumariamente. Y fue después obispo de Astorga.

Nació el infante don Fernando en Alcalá, año 1503, como queda dicho. Estuvo en Alcalá algunos meses, y de ahí lo llevó la reina doña Isabel su abuela a Segovia, y de Segovia lo mandó llevar a la villa de Arévalo, para que allí se criase. Dióle por aya a doña Isabel de Caravajal, mujer que había sido de Sancho del Águila, y por médico al doctor Juan de la Parra. Y mandó a don Diego Ramírez de Guzmán, obispo de Catania, que estuviese con el infante acompañando su persona, y dióle otros criados, no muchos, por ser el infante de tan poca edad.

Hubo de ir el obispo por mandado de la reina con la princesa doña Juana a Flandes, donde ya antes era ido el príncipe don Felipe su marido. Y por la ausencia del obispo, en su lugar entró don Antonio de Rojas, obispo de Mallorca, que después fue el segundo arzobispo de Granada.

Y en el segundo año del infante, que fue el de 1504, murió la reina doña Isabel, y quedó el Rey Católico por gobernador. Y así proveyó en la crianza del infante su nieto, y mandó a don Pedro Núñez de Guzmán, claverero de Calatrava, que fuese ayo del infante y gobernador de su casa.

Fue don Pedro hijo de Gonzalo de Guzmán, señor de Toral, y de doña María Osorio, hija de don Pedro Álvarez Osorio, conde de Trastámara y señor de la casa de Villalobos, y fue hermano de Ramiro Núñez de Guzmán y del obispo de Catania.

Año de 1505 dio el rey don Fernando por maestro del infante a fray Álvaro Osorio, autor de esta relación. Hizo camarero del infante a Sancho de Paredes, natural de Cáceres, que había sido camarero de la reina doña Isabel.

Luego que el rey don Felipe con la reina doña Juana su mujer entraron en Castilla, año mil y quinientos y seis, mandó pasar al infante de la casa en que vivía en Arévalo a la fortaleza, porque sentía mucho descontento en el reino por la mudanza de oficios y gobiernos; y si el rey no muriera tan presto, se echara bien de ver.

Y temiéndose ya estas alteraciones, vino el clavero a besar la mano al rey en Valladolid y ver qué mandaba hacer del infante su hijo; y el rey, con deseo de ver a su hijo, le mandó traer a Valladolid. Hízose así, y llegado el infante, le mandó aposentar el rey en las casas del marqués de Astorga, a la corredera de San Pablo, donde estuvo algunos días.

Privaba con el rey don Juan Manuel y érale opuesto Garcilaso de la Vega, y don Juan procuraba echar a Garcilaso fuera del Consejo del rey y gobernación del reino; y para hacerlo con algún color, trató con el rey que el cargo del infante se quitase a Pedro Núñez de Guzmán y se diese a Garcilaso.

Estaban ya hechas las provisiones en esta manera, que a Garcilaso hacían ayo y gobernador del infante y de su casa con quinientos mil maravedís de partido, y a su mujer, aya con docientos; y a tres hijos suyos daban al mayor el oficio de mayordomo mayor, al segundo, maestro sala, y al tercero capellán mayor, cada uno con cien mil de partido; y daban más a Garcilaso la tenencia del alcázar de Madrid, porque tuviese allí al infante, y con esto echaban fuera al clavero y a todos los de su familia que servían al infante.

Estimó Garcilaso esta merced, y acetóla por favorable, especialmente ofreciéndole que se traería luego el príncipe don Carlos para que se criase en estos reinos, y que se le daría cerca de su persona el mismo cargo; porque venido el príncipe, se había de llevar el infante a Flandes.

Pero hacíansele a Garcilaso estas mercedes con condición que residiese en Madrid y que no anduviese en la corte. Esto se le hizo muy duro, y así dijo que estimaba en más servir al rey en su Corte, que todas cuantas otras cosas le podían dar, y con esto no tuvo efecto lo tratado.

Los Guzmanes sintieron la treta, y el obispo don Diego se agraviaba, quejándose con más libertad de que así quisiesen descomponer a su hermano el clavero. Sosegóse todo con no querer Garcilaso acetar lo que le daban.

Mandó el rey que llevasen al infante a Simancas, donde lo aposentaron en las casas de doña María de Luna, que caen sobre el río, y él partió para Burgos, donde estuvo algunos días gastándolos en fiestas y placeres, que tuvieron lo que suelen todos los gozos de esta vida, que fue el fin y muerte triste y temprana de este príncipe.

Luego que el rey murió comenzaron los bullicios, recelos, tratos doblados y desconfianzas en los corazones, aún de los que eran muy deudos, como siempre sucede cuando en un reino falta la cabeza.

Pusiéronse los del Consejo Real, con parecer del arzobispo de Toledo y del condestable de Castilla y otros grandes, en gobernar el reino, porque ya algunos trataban de las armas, pareciéndoles que a río tan revuelto era cierta la ganancia. El conde de Lemos se apoderó de Ponferrada, siendo de la corona real, con intención de tomar a Villafranca, con el marquesado, que decía ser suyo; contra lo cual proveyó el Consejo y se le quitó todo, y quedó en desgracia del Rey Católico.

También la marquesa de Moya, que llamaron la Bobadilla, cercó el alcázar de Segovia, y le tomó por fuerza a don Juan Manuel, a quien el rey Felipe había dado la tenencia, quitándola a la marquesa. Sucedióle bien, porque esta señora lo hizo con gracia y en servicio del rey don Fernando, a quien ella y su marido sirvieron siempre con gran fidelidad; y después de ella muerta dio el rey los alcázares a don Fernando de Bobadilla, mayorazgo de la marquesa.

Viernes a 25 de setiembre que fue la noche en que el rey murió, a la entrada del día siguiente se supo en Valladolid que el rey estaba desahuciado. dio este aviso Rodrigo de la Rúa, un hidalgo de Asturias y teniente de contador mayor por Antonio de Fonseca. Llegó el aviso al obispo de Catania don Diego Ramírez, y al punto lo dijo a fray Álvaro Osorio, maestro del infante, y le envió a Simancas para que avisase al clavero su hermano.

El cual luego se puso en armas y reconoció el lugar, para la defensa del infante, temiéndose prudentemente de lo que podía suceder, y ver desde seguro los pensamientos de los grandes de Castilla dónde tiraban, y resistirles si acaso intentasen alguna sinrazón en la persona del infante.

Mandó cerrar las puertas y reparar los muros; habló con los naturales poniéndoles delante el servicio de la reina y del infante, y halló en ellos toda voluntad.

Aún no había nueva cierta de la muerte del rey y aquella noche se dijo que venían hombres de armas de ciertos grandes con intención de tomar el lugar y apoderarse de la persona del infante. Y así, estuvieron el clavero y los suyos con cuidado y armas toda aquella noche, y a media noche el obispo de Catania envió un capitán con gente armada desde Valladolid a Simancas, para que ayudasen a su hermano. Con tal cuidado pasaron toda la noche, y al amanecer vieron asomar por un camino alto que de Valladolid va a Simancas, por la parte de las atalayas, de dos en dos hasta veinte y cinco de a caballo de la librea del rey Felipe, que eran arqueros de su guarda que venían con don Diego de Guevara y Felipe de Ávila, caballeros criados del rey.

Y como fueron descubiertos, el clavero acudió a la puerta de la villa, con mucha gente armada, pensando ser más la gente de la que parecía. Llegados cerca del muro, hablólos el clavero de lo alto de él, y les preguntó quiénes eran y qué querían. Respondieron que al clavero de Calatrava. El clavero les dijo qué era lo que querían; respondieron que el rey los enviaba con cierto despacho tocante a su servicio, que mandase abrir la puerta y se lo dirían. Respondió el clavero que retirasen la gente, y que entrasen ellos dos, y así se hizo.

Y entrados, se apartaron a una casa de la villa y hablaron con el clavero en secreto, hallándose a la Junta fray Álvaro Osorio, maestro del infante, y Suero del Águila, su caballero mayor, que después fue, y los dos caballeros sacaron tres cartas y las dieron al clavero, la una del rey, que se sospechó era fingida, porque según la fecha, estaba tan cercano a la muerte que no era creíble haberla podido firmar. Lo que contenía era, que el rey mandaba al clavero que luego pasase al infante su hijo de la casa en que estaba a la fortaleza que tenía con pleito homenaje un caballero flamenco, porque así convenía a su servicio, y que puesto allí tuviese la guarda que los dos caballeros ordenasen. La segunda carta era del arzobispo de Toledo, don fray Francisco Jiménez, que certificaba ser la carta del rey.

La tercera era de don Pedro Manrique, duque de Nájara, y no contenía más de que el clavero hiciese como buen caballero, pues lo era.

El clavero tuvo por cierta la carta del rey, y se allanó a obedecerla como carta de su rey. Pero en cuanto al cumplimiento y a la manera que se había de tener en ello, quería haber su acuerdo. Respondió así el clavero prudentemente, sin resolverse hasta enterarse de la salud y vida del rey o saber su muerte, si era como se decía. Y aunque a los criados del rey pesó de esta dilación, hubiéronse de sufrir a más no poder; y rogaron y requirieron al clavero, que dejase entrar la gente de guerra que estaba fuera de la villa, pues eran criados del rey y de su guarda. El clavero lo rehusaba; pero húbolo de conceder, pensando que aún vivía el rey. Y así entraron y se aposentaron en la villa y convidó el clavero a los dos caballeros que fuesen a palacio y visitasen al infante y comiesen allí, lo cual se hizo así.

Todos estos cumplimientos hacía el clavero hasta tener nueva cierta de la salud del rey. Toda aquella mañana quiso el infante andar armado, con unas coracillas que tenía, que nunca le pudieron quitar la lanza de las manos, ni hacer dejar las armas, siendo niño de cuatro años.

En el tiempo que esto pasaba en Simancas, el obispo de Catania trataba en Valladolid con la Chancillería, que pues el rey era muerto y la reina no tenía sano el juicio para gobernar, que les tocaba a ellos poner en seguridad al infante, pues eran justicia real; y tanto hizo con ellos, que mandaron dar un pregón en Valladolid que todos saliesen con armas y fuesen a Simancas a acompañar al infante, que querían traer a Valladolid, porque allí estuviese más seguro.

Y aquella misma tarde fueron los de la Chancillería con el obispo de Catania a Simancas llevando consigo hasta tres mil hombres de a pie y caballo bien armados. Y llegados a la puente de Simancas, el obispo y los oidores entraron en la villa y fueron donde posaba el infante, y el clavero se juntó con ellos. Y los de la villa pidieron a los oidores que la gente de armas de Valladolid no pasase la puente, porque entre Valladolid y Simancas había ciertos debates, pretendiendo Valladolid que Simancas era suya; y temíanse que si los de Valladolid pasaban la puente habría alguna pendencia peligrosa. Los oidores lo mandaron así, poniéndose guardas en la puente, y los de Valladolid estuvieron en el campo de la otra banda del río hasta la noche.

Por otra parte los dos caballeros don Diego de Guevara y Felipe de Ávila hacían sus requerimientos al clavero que cumpliendo el mandamiento del rey Felipe pusiese al infante en la fortaleza y se lo entregase. El clavero se aconsejó con el obispo su hermano y oidores que eran de su parte, y dilataban las respuestas, esperando nueva cierta de la muerte del rey.

Aquel mismo día pasaron por Simancas unos carros, que llevaban muchos confesos presos por herejes que había mandado traer el obispo de Catania, que era teniente de inquisidor general por don fray Diego de Deza, arzobispo de Sevilla; y venían de Toro a Valladolid. Y queriendo ya anochecer llegó nueva cierta de la muerte del rey.

Y luego que el clavero lo supo, llamó a los dos caballeros y les dijo la triste nueva, con la cual se turbaron mucho. Y que pues el rey era muerto, ya su mandamiento no tenía fuerza, si acaso no traían firma de la reina, a la cual él obedecería. Ellos respondieron que no traían firma de la reina y que desistían y se apartaban de aquel negocio, y pidieron licencia y seguridad para quedar aquella noche allí ellos y los archeros que con ellos venían. Dada, el clavero se subió donde el infante estaba y con él el obispo de Catania y el maestro fray Álvaro su primo hermano, y tomaron al infante trayéndolo en brazos el obispo y sacáronlo de la villa y llevaron a Valladolid, acompañándole los oidores y otros caballeros de Valladolid y gente de armas.

Llegando a Valladolid bien de noche, la villa los recibió con gran alegría, y aposentaron al infante en las casas reales de Chancillería, donde estuvo pocos días.

De aquí envió el clavero a fray Álvaro Osorio a Burgos, para que hablase con la reina y diese cuenta de lo que pasaba y se había hecho sobre la entrega del infante. No pudo fray Álvaro despachar nada, ni se le dio audiencia con la reina, porque era grande la falta que de juicio tenía y con la pasión de la muerte del rey le había crecido la melancolía de manera que no se dejaba ver. Y así se volvió fray Álvaro, sin más respuesta de una que ella dio a doña María de Ulloa, condesa de Salinas viuda, que con ella estaba, en que dijo que tenía por bueno todo lo que el clavero había hecho con el infante su hijo.

Otro día después que el infante fue traído a Valladolid, le pasó el clavero de las casas de la Audiencia al colegio de San Pablo, donde fue alegremente recibido, aunque con alguna dificultad, a causa de las mujeres que venían en servicio del infante, que según los estatutos del Colegio no podían entrar.

Llegó este día una cédula del Consejo Real, que estaba en Burgos, para los regidores de Valladolid, en que les encargaba la seguridad y guarda del infante; con la cual cédula tomaron ocasión de ponerse a quitar el infante al clavero, diciendo que pues el Consejo les encomendaba su guarda, habían de estar dentro del Colegio, y lo habían de tener y guardar juntamente con el clavero, y meter gentes de armas de la villa.

El clavero no venía en ello, pareciéndole que ponía en peligro la persona del infante, y que teniendo parte en la villa algunos grandes naturales se alzarían con él. Y porque el negocio se apretaba, el clavero volvió a enviar a su primo fray Álvaro Osorio a Burgos

pidiendo al Consejo que proveyese en ello. También envió la villa por su parte a Diego Bernal, su regidor, pidiendo la guarda del infante para la villa. Fray Álvaro pedía por el clavero que no se hiciese agravio y que las cosas estuviesen como estaban.

Alcanzó el fraile lo que quería por ser más justa su demanda, y porque le favorecía en ella mosén Ferrer, caballero aragonés, que el rey don Fernando había dejado por su embajador en la corte del rey su yerno, cuando se partió a Nápoles.

El Consejo dio cédula en que de nuevo encomendaba al clavero la guarda del infante principalmente, y a Valladolid juntamente con él. De manera que el clavero con los criados del infante, y los suyos, guardasen y acompañasen la persona del infante dentro del Colegio, y la villa por defuera con doscientos hombres armados, y que pusiese guardas en las puertas de la villa, y dentro del Colegio no se entremetiesen, y que estuviesen aparejados los regidores y vecinos de la villa para la guarda y servicio del infante, cuando por el clavero fuesen requeridos, y que el clavero tuviese al infante en el Colegio o lo pasase a otra casa si necesario fuese, con consejo y acuerdo de la Chancillería; lo cual todo se hizo así.

Trajo con este despacho de Burgos el maestro fray Álvaro doce monteros de Espinosa, de los que estaban en la guarda de la reina, para guarda de la persona del infante, como en estos reinos se acostumbra de tiempo muy antiguo hacer con las personas reales. Los cuales monteros estuvieron con el infante hasta que el rey don Fernando su abuelo volvió de Nápoles, y entonces el mismo rey los asentó por sus monteros y los acrecentó hasta veinte y seis.

Despachada así por el Consejo esta provisión, el infante estuvo en la guarda del clavero pacíficamente sin que se intentasen otras novedades, hasta que el Rey Católico volvió a gobernar en Castilla. Entonces trajo consigo al infante, aunque la reina su madre lo quería tener; mas el rey no lo consintió, porque como ella no tenía el juicio asentado, no le dejaba salir de unos aposentos, y hacíale comer demasiado, y temióse que con tal desorden perdería el niño la salud y aún la vida. Así lo trajo siempre consigo el rey, amándole tiernamente todo el tiempo que vivió, porque el infante era de linda y graciosa disposición, blanco y colorado, bien proporcionado en el cuerpo, derecho y bien sacado, los cabellos rubios mucho y muy bien puestos, la boca grosezuela, el rostro lleno, las narices cortas y bien hechas, los ojos grandes y hermosos, el semblante agradable, que llevaba las voluntades de todos los que le miraban. Era ingenioso y agudo más de lo que su edad pedía, y junto con la agudeza era tanta su memoria, que a cuantos con él trataban, grandes y pequeños, excedía y sobrepujaba en ella con sus agudezas no livianas, como otros niños, sino de mucho seso y peso. De manera que cuando llegó a la edad de nueve años ya parecía capaz para dar y recibir consejo. Era muy sufrido, sabía disimular, inclinado al campo y monterías. Naturalmente era amigo de justicia y de verdad en tanta manera, que cuando algunas veces jugaba con otros niños, y por el respeto que se le debía querían favorecerle a que ganase contra las reglas del juego, no lo consentía, sino todo por razón y justicia.

No era muy liberal, que en esto y en todas las demás condiciones, y en el gesto y en el andar, era un retrato parecido sobremanera a su abuelo el rey don Fernando; que por eso le amó tanto el rey y tuvo los pensamientos que vemos.

Era demás de esto, amigo de algunas artes de manos, como pintar, esculpir, y sobre todo de fundiciones de metal y hacer tiros de artillería y pólvora y dispararlos. Holgaba de que le leyesen corónicas y contasen hechos de armas. Tenía buena memoria. Era muy osado, que casi de nada había miedo. Y aunque caía o se descalabraba no se quejaba como niño, antes se preciaba de sufrirlo.

Comía demasiado. Holgábase de oír locos, y de ver y tener aves diversas y animales fieros. No era recio de fuerzas, antes delicado. Decía algunos dichos, así siendo niño de cinco hasta nueve años, tan agudos, tan sentidos, tan discretos, que todos se maravillaban, aunque después siendo hombre no tuvo tal opinión.

Esto es lo que el maestro Francisco Álvaro escribe del infante y su niñez; lo demás hasta que salió de España diré en el discurso del libro siguiente: y lo restante de su vida y hechos dirá aquél a quien tocara.

LXV

Desafío entre Gaspar Méndez de Salazar y un valiente moro

Algunos años después que se ganó Orán, estando por general en ella el marqués de Comares, alcaide de los Donceles, venían de ordinario moros valientes a desafiar a los españoles que allí estaban, y probarse con ellos en singulares contiendas de armas. Señaladamente vino un caballero moro, valiente y generoso, que decían ser señor del Caruan, de los más principales de África, a desafiar al marqués o a otro cualquier caballero que quisiese pelear con él, cuerpo a cuerpo y lanza a lanza, con que cada una había de tener dos hierros. El marqués respondió al moro que no era su igual para hacerle aquel desafío; pero que le daría caballero principal que pelease con él. El moro lo aceptó, quedando señalado día y campo y padrinos, y lo demás que convenía para su seguridad.

Esto supo Gaspar Méndez de Salazar, vecino de la ciudad de Granada, que hacía en Orán oficio de maestro de campo, y lo hizo años adelante en jornadas del emperador, donde se mostró y ganó nombre de valeroso y valiente caballero. Fue padre de Sancho Méndez de Salazar, que hoy es contador mayor del rey. Y suplicando al marqués le diese esta empresa, se la otorgó.

Vino, pues, el moro al desafío, día señalado, acompañado de muchos moros y alárabes, y de Orán salieron los caballeros que allí había, y demás de ellos la caballería e infantería en orden, para asegurar el campo y acompañar a Gaspar Méndez de Salazar, que a su lado le llevaba el marqués.

Hízose luego plaza de armas cerrada, donde estuvieron de la una parte los españoles y de la otra los africanos, todos puestos a punto de guerra, con mucho concierto y orden.

Por una parte de la plaza de armas entró el moro con gallardo denuedo en su caballo, con lanza de dos hierros y adarga y alfanje ceñido al lado. Por la banda contraria entró Gaspar Méndez de Salazar con las mismas armas con valeroso y bravo denuedo.

Y fueronse acercando el uno al otro con grande ánimo y valentía, porque ambos eran muy diestros y valientes caballeros. Duró gran rato la pelea, y finalmente Gaspar Méndez de Salazar derribó en el suelo al caballero moro muy mal herido. Y saltando del caballo, se puso de pies sobre él, diciendo que se rindiese y le dejaría con vida. El moro respondió que era caballero y que no había de hacer tal vileza; que le cortase la cabeza. Y Gaspar Méndez se la cortó y presentó al marqués con gran contento y regocijo suyo y de los españoles, y tristeza de los moros, que ya sentían el valor de los contrarios y temían la vecindad que con ellos en aquella frontera tenían.

Es Gaspar Méndez de Salazar de linaje de los Chancilleres, de la ciudad de Soria, donde se conservan unas familias nobles y hidalgas de tiempos muy antiguas.